

COLECCIÓN



Palabras
con VOZ



UNA vida DE cuento

Boniface Ofogo Nkama

11732



UNA vida DE cuento

Boniface Ofogo Nkama

Prólogo de Federico Martín Nebras



12708926

Colección Palabras con voz © CIDE CREADE

Coordinación de la Colección: Equipo CREADE

- Monserrat Grañeras
- Mariana Ruíz de Lobera
- Patricia Mata
- Ángela Arredondo
- Martina Tuts



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA

DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN, FORMACIÓN PROFESIONAL

E INNOVACIÓN EDUCATIVA

Centro de Investigación y Documentación Educativa (CIDE)

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Subdirección General de Información y Publicaciones

NIPO: 651-06-354-9

ISBN: 84-369-4357-0

Depósito Legal: BI-2552-06

Imagen de cubierta: Archivo personal del autor

Diseño de cubierta: Charo Villa

Diseño y Maquetación: Charo Villa

Impresión: GRAFO, S.A.

Índice

PRESENTACIÓN 5

PRÓLOGO 7

CAPÍTULO 1

DE SABIOS, VIDENTES Y CHARLATANES 12

CAPÍTULO 2

NO SÓLO DE PAN VIVE EL HOMBRE... TAMBIÉN SE ALIMENTA DE SUEÑOS 42

REFLEXIONES Capítulos 1 y 2

El valor de la oralidad, de los cuentos y de la palabra 68

CAPÍTULO 3

"BONI, CUÉNTANOS UN CUENTO" 78

REFLEXIONES Capítulo 3

Las funciones del cuento

La mediación y la narración oral: dos maneras de tender puentes 104

CAPÍTULO 4

AMÉRICA, LOS CUENTOS Y OTRAS MAGIAS 120

REFLEXIONES Capítulo 4

La transmisión oral entre los afrodescendientes latinoamericanos
y su referente africano 156

REFLEXIONES FINALES

Los cuentos: un espacio para la ternura 172

"A Oihane y a Malem, de los que aprendo diariamente".

Presentación de la colección

Con esta obra se inicia la andadura de la colección “Palabras con Voz”, una iniciativa editorial del Centro de Recursos para la Atención a la Diversidad Cultural en Educación (CREADE).

El CREADE es un proyecto del CIDE-MEC (Centro de Investigación y Documentación Educativa del Ministerio de Educación y Ciencia) que nace como respuesta a las inquietudes de los y las profesionales del ámbito social y educativo respecto a la diversidad cultural y sus implicaciones. Partiendo de un concepto de educación amplio y plural, y de un enfoque comunitario del hecho educativo, se orienta al desarrollo de una nueva ciudadanía, deseable y necesariamente intercultural.

El Centro pretende ser un espacio de diálogo y de reflexión en el que quienes trabajan en este ámbito encuentren referencias, material didáctico, herramientas TIC, bibliografía, experiencias, investigaciones, asesoramiento y, en general, recursos para la actuación pedagógica y la intervención social desde un enfoque intercultural. Con el fin de alcanzar a todas y todos los profesionales implicados, allá donde estén, el CREADE ofrece sus contenidos a través de un portal web: www.mec.es/creade.

Como parte de sus acciones, el CREADE cuenta con una línea editorial organizada en distintas colecciones, según su temática. La finalidad de la colección “Palabras con Voz” es acercarnos a ese otro misterioso y poético modo de re-conocer el mundo, comprenderlo y transmitirlo, que es la tradición oral.

“Palabras con voz” nace apostando por el valor de la palabra como la más hermosa de las estrategias posibles para re-crear competencias



interculturales, para educar en la empatía y para re-conocer la alteridad, el-la-lo otro, lo distinto a mí.

Una historia transmitida oralmente nunca es sólo una e idéntica a sí misma: en cada una de sus actuaciones, la persona que narra enriquece la historia incorporando en parte su yo, su experiencia, su propio equipaje. El escuchante, por su parte, no recibe pasivamente; a través de sus palabras, el narrador le acompaña en un viaje personal, y en cierta medida también colectivo, en busca, ya no de la “verdad”, sino del “sentido”. Un sentido que tampoco es uno, sino múltiple, plural, diverso, cambiante.

El primer volumen de “Palabras con Voz”, que ahora sale a la luz, rescata la experiencia de un narrador curtido, Boniface Ofogo, cuya “vida de cuento” es un ejemplo de esta aparente contradicción que nos ocupa y que él sabiamente describe en sus páginas. Con su voz y sus palabras prendemos la hoguera, y os convocamos a próximos encuentros en este hogar de la memoria.

En Madrid, a 17 de Octubre de 2006

Prólogo

Bajo el rumor del irocó

Dios inventó al hombre para oírle contar cuentos

Dicho popular africano

Los cuentos se contaban para dormir el miedo

De una narradora quechua

Había y no había una vez...

Comienzo de los cuentos populares armenios

En el fondo hay una selva, y en la selva un reloj de sol y después del reloj de sol un irocó y luego del irocó un río, el río Mbam, que baña las llanuras del pueblo Yambassa, y en el río flotan cocodrilos e hipopótamos, y en el fondo del río hay una fuente que guarda antiguos tesoros.

Ocurrió hace muchos años, tantos que ni siquiera había años, que un agricultor llamado Nkama (tarántula) se adentró, muy de mañana, en el río. Le acompañaban sus esposas, no faltaba Bemenouguie (la que cae bien a todo el mundo), y yendo y viniendo por el agua, un cocodrilo entregó once granos de cacao a Nkama (tarántula), y un hipopótamo regaló a cada una de las mujeres una azada.

Bajo el flujo de once lunas con sus nueve lunarios y con ayuda del agua tuvieron once tesoros, que así llaman a los hijos los oráculos del aire y del fuego.

El primer hijo es como una tela de lana y sabe a miel, y Boade (nombre de árbol mítico) se llama.

El segundo es como una tela de algodón y sabe a miel, y se llama Adigono (el que no se casa) y tiene los ojos de pájaro para distinguir las letras (estrellas) de los números (pasos y distancias).

El tercero es como una tela azul y sabe a zumo de mango, y se llama Kesseng (abuela), ya murió.



Danos tus manos
para que las untemos de albeña.
Desátate tu largo ceñidor de seda
para que subas a la cámara del sueño.

El cuarto es como una tela de guela y sabe a hidromiel, y se llama Bebine y es cazador.

Los ojos del leopardo
son de fuego.
La cola del leopardo
nunca duerme.

El quinto es como una tela de hojas de roble y sabe a miel silvestre, y se llama Nkono (robusto) y es agricultor.

El sexto es como una tela de campo de mijo dorado y sabe a leche de coco, y se llama Gueychu (sabio) y es agricultor.

El séptimo es como una tela de sueño y sabe a melaza, y se llama Ofogo Nkama (testigo de la tarántula) y es contador de cuentos.

Siete veces sumergido en el río, siete veces ofrecido a la luna, siete veces nombrado por las aves, siete, siete, siete veces.

El día que nació los cacharros, las calabazas, las ollas, las cucharas y los espejos echaron a correr para lavarse en el río.

A los siete meses balbuceaba:

¡Ndioró, tiará, tió! ¡Guedo, guedo, guedó'o!
¡Mango, mangó! ¡Iro-irocó! ¡Ebosolesole! ¡Ebó! ¡Sole -sole-ebó!

A los siete años, todas las palabras que estaban dentro de él golpeaban sus labios. Una golpeaba a la otra, y la empujaba afuera: la anciana tortuga a la liebre astuta, y la liebre al poderoso león, y el león al eterno baobab, y el baobab a la palmera coronada de frutos y estrellas, y las estrellas bebían en el oloroso y dulce mango. Y el dulce mango perfumaba el aire, y el aire a la luna, y la luna a la lluvia y al fuego. Y el fuego al viento y el viento al irocó.

Escuchad, escuchad el cuento..., escuchad para aprender a obedecer:

Un hombre sensato no puede hablar de cosas serias con otro hombre sensato, sino que debe dirigirse a los niños. Sólo los niños saben ocultar los secretos.



El anciano viento, que es hijo del sol y de la luna, que es sabio y tierno, que sirve de nuestros ojos, de nuestra voz, de nuestras manos, de nuestro corazón y de nuestros pies para andar el cuento (las largas leguas del cuento). Porque el viento, niños, es un secreto, cuenta sus cuentos con las orejas y sabe que los más pequeños saben ahondar en el misterio.

“Otra vez, otra vez, otra vez,”

¿qué otra finalidad tienen los cuentos?

Y vuelta a empezar (la larga lengua del cuento), porque hay que exorcizar al miedo: y el viento y el irocó ríen y los niños también.

¡Ojojó!, el padre de la risa, sabe que mucho silencio produce un gran ruido. Miradas de júbilo suben al cielo, como un enjambre de abejas dulces, y bailan al son de los tambores que tiñen las nubes de verde - azul - rojo - blanco - negro, y cantan:

Traeremos el cielo a la tierra
y la tierra al cielo.

¡Ojojó!, ¡ojojó!, ríen Ofogo Nkama y sus hermanos y hermanas más pequeños: Adala (lozana) que es como una tela de moras negras y buena como el trigo, y sabe a pan.

Y Abogo (conquistadora) que es como una tela de cabellos rojos del maíz y suave como las plumas de las aves, y sabe a dulce de calabaza.

Y Edoa (siempre joven) que es como una tela de mariposas, y sabe a mijo desgranado.

Y Aboumegue (famoso) que es como una tela firme como los ojos de una lanza, y sabe a lluvia temprana.

Somnolientos y cobijados bajo el sombrero de la noche interrogan a las estrellas:

Es más dulce que la miel,
Es más dulce que la sal,
Es más dulce que el azúcar,
Es más dulce que la melaza,
Es más dulce que todo lo que existe,
Es más dulce que ...



—Es el sueño, responde el búho, y cuando llegue, os encantará el mundo dormidos.

Era de noche, la séptima noche del séptimo mes, del séptimo año del número siete, cuando Ofogo Nkama fue convertido en baobab. Dejó a sus hermanos de la selva para recorrer el mundo. Andaba de puntillas para no despertarlos y tenía abrazadas todas sus ramas, como si fuera un haz de leña, para no hacer el menor ruido al irse. Cuando llegó a la orilla de la selva cortó una ramita de un irocó y miró a la luna.

¿Por qué?, ¿por qué?, suspiraban los otros árboles de la selva.

Después, el baobab volvió a ponerse en marcha y atravesó todos los ríos, todos los mares, todas las montañas, todos los poblados de la tierra contando todas las historias que había soñado. Alumbraba la noche con cuentos, que, como él, eran vagabundos y hacían reír y llorar a las gentes:

“Il était une fois une étoile, qui cherchait l'espérance
cachée dans le cœur de l'oubli ...”

¡Ah, las largas y variadas lenguas del cuento!

Y el contador, todos los años, vuelve junto a sus hermanos, y sus sobrinos le ven inmortal como un baobab, firme como un roble, y fraterno como Nelson Mandela.

Y, juntos, se adentran en la selva del reloj de sol, en la selva del irocó, en la selva del río Mbam, donde flotan cocodrilos e hipopótamos, para seguir bebiendo en la fuente que guardan antiguos tesoros.

“Esta historia me la trajo el viento desde la luna, sólo
para vosotros”.

CODA: Ah, (oh), terminar nombrando a Blaise Cendrars, vientos y cuentos en su honor:

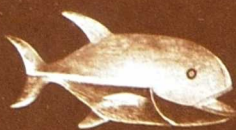
África en su sonrisa de mariposas blancas,

África en su corazón de azúcar negro.

África, hambre y sangre son sus vientos.

Federico Martín Nebrás





CAPÍTULO 1

De sabios, videntes y charlatanes





Siguiendo la carretera asfaltada que une Yaundé, la capital de Camerún, al País Bamileké, en el kilómetro ciento cinco, el atento viajero encontrará una desviación a la izquierda, cuya pista de tierra le llevará a la bucólica aldea de Omassa.

En Omassa viven tres decenas de clanes familiares, con un total aproximado de quinientos habitantes. Tradicionalmente, sus vecinos se han dedicado a las labores del campo: los hombres al cultivo del cacao y a la recolección del vino de palma, y las mujeres a la del maíz, los cacahuetes, la mandioca, el ñame y diversas hortalizas que sirven a la subsistencia de todas las familias.

En Omassa casi nunca ocurre nada, como en la mayoría de las aldeas africanas. La vida diaria transcurre plácidamente entre los trabajos del campo, las manifestaciones rituales y las veladas nocturnas en torno al fuego.

En esa pequeña aldea de agricultores amantes de la palabra y gente humilde, nací a mediados de los años sesenta, en una familia de grandes sabios y hábiles oradores. Como es tradición entre algunas tribus bantú, mi familia enterró mi cordón umbilical bajo un viejo baobab situado detrás de la casa familiar; ese será siempre mi punto de referencia, mi centro del mundo. Viva donde viva, viaje donde viaje, mi cordón umbilical, enterrado a la sombra del viejo baobab, me unirá con la tierra de mis ancestros y con las tradiciones y enseñanzas que de ellos recibí. Ellos son los que siempre me inspirarán en los momentos de duda y en mis grandes ambiciones. A esa tierra tengo el deber de efectuar mi último viaje, porque la hoja siempre ha de morir en las raíces.



Mi abuelo paterno, Ofogo ya Benedoué, fallecido cuatro años antes de que yo naciera, era uno de los oradores de más renombre de toda la comarca Bogondo. En la historia del pueblo Yambassa, es conocido como el fundador de uno de los clanes familiares más grande y arraigado: el clan de los Ofogo, del que soy uno de los cientos de descendientes. El apellido Ofogo es patrimonio exclusivo de nuestro clan. Si el lector encontrase a un Ofogo por el mundo, que sepa que pertenece a ese inmenso clan de los Yambassa, disperso pero unido por la memoria del viejo patriarca. El patriarca Ofogo era respetado y admirado por todos sus contemporáneos, porque sus palabras eran escuetas pero solemnes, sencillas y profundas; a través de ellas transmitía toda la sabiduría ancestral recibida de sus progenitores. Cuentan las leyendas que en las reuniones del Consejo de Ancianos, cuando mi abuelo Ofogo se levantaba para tomar la palabra, hasta los pájaros dejaban de cantar para escucharle¹. Con su elocuencia verbal y su hábil manejo de la retórica, conquistaba hasta al enemigo más temible. Murió libre y noble, dejando como herencia una de las familias más grandes de todos los Yambassa.

Mi abuelo materno Bebine murió cuando yo tenía ocho años; era uno de los videntes más temidos de la tribu de los Yambassa. Nunca salía de su casa sin antes consultar y encomendarse a sus fetiches. Era tal su poder místico, que las autoridades políticas locales tuvieron que pedirle su bendición para las obras de la carretera que cruza el territorio Yambassa. Todo su poder se concentraba en sus palabras. A la edad de seis años, mi madre, Bemenouguie, que heredó algunos poderes místicos de mi abuelo, me llevó ante él para recibir su bendición, como es costumbre entre el pueblo Yambassa. Tras consultar con sus fetiches y amuletos, desgastados y pulidos por el uso, y antes de darme su bendición, mi abuelo sentenció:

—Hija mía, me temo que este niño no es de nuestro mundo. Su destino está lejos de aquí, en tierras lejanas. Que la sabiduría de sus ancestros guíe sus pasos, pero que nunca olvide que Omassa será siempre su centro del mundo.

¹ El árbol de la palabra es una institución tradicional, donde los Ancianos de la aldea se reúnen para deliberar las cuestiones que afectan a la comunidad. Además, en las culturas del África Negra, el acto de tomar la palabra en público es tan trascendente y solemne que el orador suele ponerse de pie.



Ni mi madre ni yo mismo podíamos sospechar el sentido profundo de las enigmáticas predicciones de mi abuelo Bebine. En el contexto rural de los años 60 en Camerún, nuestra imaginación no podía ir más allá de la línea del horizonte. Allá donde alcanzaba nuestra vista, a unos veinte kilómetros, fluían las aguas del mítico Río Mbam, uno de los más caudalosos del país. Era el lugar más lejano al que podía aspirar llegar un muchacho de mi edad y condición. Los muchachos de Omassa que habían “viajado” al Río Mbam, para vender víveres, frutas y gallinas, nos contaban leyendas estremecedoras de la Mami Wata, diosa del agua, que a veces se disfraza de mujer hermosa, de larga cabellera, para seducir a los hombres de moral distraída. Luego, como castigo, los esclaviza en su campamento subacuático. Mi primo Papana era el único de la aldea que había cruzado el río en un viejo trasbordador que se estropeaba con mucha frecuencia. Él había llegado muy lejos, hasta Yaundé, la capital de la República, a ciento veinte kilómetros, para estudiar magisterio.

En aquellos primeros años de la independencia, los ciento veinte kilómetros de carretera sin asfaltar que separan Omassa de la capital, se recorrían en dos días de viaje agotador y lleno de aventuras y peripecias. Nunca sabía uno qué día ni a qué hora iba a llegar. Algunos tardaban meses y los comerciantes perdían con frecuencia la mercancía percedera. Cuando el viejo trasbordador se estropeaba —lo que siempre ocurría durante las crecidas del río, en la época de lluvias tropicales—, tocaba esperar unas semanas, hasta que traían el recambio desde Douala. No cabe duda de que la colonización francesa en África dejó una herencia muy cuestionable. En alguna ocasión, mi primo nos aseguró que él mismo había viajado hasta allí, a Douala, a orillas del Océano Atlántico, a unos cuatrocientos kilómetros de nuestra aldea, lo que suponía una semana de viaje.

Las leyendas del mar contadas por mi primo Papana eran más asombrosas aún. Según su relato, en las noches de luna llena, las aguas del mar iban de viaje al cielo, una vez al día. Las mujeres costeñas aprovechaban esta circunstancia para atrapar furtivamente los peces que quedaban embarrados. A veces, las aguas volvían repentinamente de su viaje celes-



tial, sorprendiendo a las pescadoras desaprensivas. En alguna ocasión, según aseguraba mi primo, esas aguas traicioneras se habían tragado a las mujeres de todo un pueblo. Entonces, pasaban a servir a la Mami Wata del mar, que era más poderosa y temible que la del Río Mbam. El realismo con el que mi primo nos contaba esas historias nos hacía sospechar que debían ser ciertas.

El medio acuático, ya sea en forma de río grande como el Mbam, o de mar, encierra muchas leyendas en las culturas negro-africanas. La de la Mami Wata, o diosa del mar, es la más común y temida y de ella se pueden escuchar distintas versiones en toda el África Negra, desde los Montes Mandara, a orillas del Sahara, hasta Ciudad del Cabo. Ya en los dolorosos tiempos de la esclavitud circulaban muchas leyendas similares, relativas a los numerosos jóvenes negros que eran embarcados a la fuerza en un mar temido y nunca explorado, y nunca regresaban a sus pueblos. Al principio, sus familiares creían que eran conducidos al mar para ser esclavizados en el campamento submarino de la Mami Wata. Otros creían que los Blancos los mataban y utilizaban sus pieles para fabricar esas botas negras y relucientes que siempre calzaban los comerciantes de esclavos. Algunas fábulas aseguraban que tras matarlos en alta mar, sus huesos eran molidos para convertirlos en la pólvora que luego cargaban en sus fusiles para doblegar la voluntad de las poblaciones indígenas.

De pequeño, en las veladas en torno al fuego, a mí me contaron ese tipo de historias. Años después, mucho después de terminar los estudios secundarios, pude descubrir que la realidad de la esclavitud había sido mucho más dura de lo que me habían contado.

Cuentan las leyendas familiares que mi abuelo Bebine murió en sacrificio de la construcción del puente más largo de todo el país, construido sobre la desembocadura del Río Mbam, sobre el Río Sanaga, y que mide más de cien mil metros de largo. Algunos aseguran que participó en esas obras, coordinando al equipo de esclavos de la Mami Wata, siendo él mismo esclavo.

Mi padre, Nkama Ofogo, es uno de los más de veinte hijos de mi abuelo. Pese a que no es el mayor de ellos, fue designado como su sucesor en la



dirección espiritual y el liderazgo del clan. A los veinticinco años, se casó por “intercambio”, sin amor, de acuerdo con el sistema tradicional vigente en una época no tan lejana. Cuando una mujer se casaba, había que compensar a su familia de origen por esta “pérdida humana” ya que la joven esposa pasaba a formar parte del clan del esposo. La manera más común de compensar a su familia era entregarles, a cambio, a una joven soltera que le correspondería a uno de los solteros de la familia de origen de la chica. Así fue cómo a mi padre le tocó su primera esposa, con la que tuvo dos hijos varones, a los que bautizó con apellidos poco significativos para él y para todo el clan.

Al fallecer su esposa, mi padre se volvió a casar, esta vez con una mujer a la que había elegido. Con esta segunda esposa, tuvo una hija a la que dio el apellido de su difunta madre, Kesseng. En segunda posición, nació yo, el primer hijo varón de su matrimonio voluntario. De esta manera, creo que no fue casual la decisión de mi padre de darme el apellido de su difunto padre, quien le había influido enormemente en su personalidad y su formación.

Con todos estos antecedentes, parece significativo que mi padre me haya elegido como el “hijo de confianza”, aquel que le acompañaba a las reuniones más importantes de la tribu y, probablemente, aquél que más tarde ocuparía su lugar en el Consejo de Ancianos. De alguna manera, al elegirme a mí para llevar el apellido y reencarnar al patriarca Ofogo, en detrimento de mis dos hermanos mayores nacidos respectivamente nueve y siete años antes que yo, mi padre estaba marcando unas pautas claras en mi estatus y en mi futuro. A la vez, parece claro que esta elección simbólica me predestinaba a asumir un rol familiar que me conectaba con la figura y la memoria de nuestro patriarca.

La categoría humana de mi padre es reconocida entre todos los Yambassa. Además de gran orador, heredó de mi abuelo la lucidez, el carácter amigable y su fuerte e indomable personalidad. A sus casi ochenta años, el señor Nkama Ofogo sigue siendo un león indomable, un rebelde recalciante, un digno heredero de mi abuelo. Su autobiografía, contada verbalmente, asegura que, de joven, trabajó para una familia de colonos



franceses, en Obala, a unos ochenta kilómetros de nuestro pueblo. Fue fulminantemente despedido por enfrentarse verbalmente a los colonos, y por defender la dignidad de los trabajadores indígenas. Eran los turbulentos años 50. Entonces la colonización francesa de Camerún estaba en pleno apogeo; entre la población indígena de Camerún nacían, poco a poco, ansias de libertad. Francia se enfrentaba a una de las guerrillas más tenaces de toda el África Negra, liderada por el nacionalista de la U.P.C (Unión de las Poblaciones de Camerún), Rubem Un Nyobe.

A pesar de no haber ido nunca a la escuela, y a pesar de no saber leer ni escribir, mi padre supo combinar la sabiduría ancestral heredada de mi abuelo con el sentido práctico y la modernidad que observaba en sus empleadores franceses. De todos los hombres de su generación, es el único que habla francés con fluidez. A la edad de cincuenta años, tras su despido, fue elegido con carácter excepcional miembro del Consejo de Ancianos, en reconocimiento a sus cualidades de orador, de profundo conocedor de las tradiciones y punta de lanza de la modernidad entre todo el pueblo Yambassa.

De pequeño, mi padre me inició a la vida y a las costumbres de nuestro pueblo. En cada reunión mensual del Consejo de Ancianos, yo era su escudero y el encargado de llevar su calabaza de vino de palma². Siempre me decía que yo tenía que acompañarle para servir de testigo, en el caso de que sus palabras fueran tergiversadas por otros miembros del Consejo. Pero hoy sospecho que mi padre escondía intenciones mucho más nobles y didácticas. Sin duda quería convertirme en su sucesor potencial al frente del clan de los Ofogo.

En aquellos años de mi primera infancia, yo acompañaba orgulloso a mi padre a las reuniones del Consejo, ante la envidia de mis hermanos que se tenían que conformar con los trabajos del campo. En primer lugar, era para mí una forma de librarme de tareas mucho más arduas como buscar la leña o acompañar a mi madre en la siembra o la recogida del maíz.

² En las reuniones del Consejo de Ancianos, era costumbre que cada miembro aportase una buena calabaza de vino de palma, que en realidad no es otra cosa que la savia extraída de la flor de la palmera y fermentada dentro de la calabaza, a base de una corteza llamada "gueba".



En segundo lugar, me sentía orgulloso de ser el escudero del hombre al que todos respetaban y admiraban; sobre todo, porque tenía la ocasión de escuchar a los mayores del pueblo debatiendo y deliberando sobre las cuestiones más trascendentes de mi comunidad. Era un privilegiado porque tenía la oportunidad de escuchar a los sabios de mi pueblo, a las personas que, por su edad avanzada y su larga experiencia de vida, disfrutaban de la admiración y respeto de todos los jóvenes de mi generación. Es cierto que no me enteraba de casi nada respecto del fondo de las cuestiones, y lo único que sacaba de aquellas reuniones interminables eran la melodía de las palabras, la elocuencia del discurso, el respeto de los turnos de palabra, la capacidad de escucha y la sabiduría con la que, aparentemente, se expresaban los miembros del Consejo.

En aquellas reuniones celebradas a la sombra del Árbol de la Palabra, se trataban cuestiones tan diversas como el futuro de los jóvenes, las disputas matrimoniales, litigios relativos a la dote, a la herencia, a las linderos, los trabajos comunitarios, etc... Los debates eran muy ordenados, aunque en ocasiones se volvían acalorados; entonces me convertía en hinchado silencioso pero incondicional de mi padre, le daba secretamente la razón, y deseaba que triunfaran sus opiniones, aún sin saber exactamente de qué estaban tratando, ni conocer los argumentos de unos y otros. En esas reuniones la sangre nunca llegaba al río, a pesar de que el tono fuera, a veces, bastante agrio. En el camino de vuelta, mi padre adoptaba una actitud entre didáctica y pedante para explicarme lo que había sucedido en la reunión; entonces, mi frágil nivel de comprensión me permitía vislumbrar que los abuelos de mi pueblo eran tan sumamente sabios que después de horas y horas debatiendo, siempre se acababan poniendo de acuerdo. A veces le preguntaba a mi padre cómo habían podido lograr el consenso después de estas discusiones enconadas. Él me contestaba, filosófico:

—Ya lo comprenderás mejor cuando seas mayor, Yaya³. En la vida cada uno quiere que triunfen sus ideas, pero debes saber que siempre existe

³ Yaya es el apodo por el que me llama mi padre. Significa "Papá"; se debe a que yo llevo el apellido de su padre, y me trata cariñosamente como si fuera el mismísimo abuelo Ofogo ya Benedoué. Entre los africanos, a los padres casi nunca se les llama por su nombre, y siempre se les busca un apodo cariñoso.



una razón por encima de todas: el interés común. Tu abuelo me enseñó que todas las ideas son compatibles.

Las lecciones aprendidas en aquellas reuniones de mayores no eran más que un simple juego de niño para mí, pues aún era demasiado inmaduro para comprender que marcarían para siempre la formación de mi identidad y de mi personalidad. Consciente o inconscientemente, esas lecciones eran una semilla que mi padre estaba sembrando en mí y que, hoy en día, al convertirme en un narrador de cuentos profesional, se convierten en mi principal fuente de inspiración. Ahora soy consciente de que fue en la escuela de los mayores de mi pueblo donde me formé, no sólo como cuentacuentos, sino como persona. La transmisión oral de leyendas, valores y conocimientos, sin duda alguna, fue marcando mi identidad cultural desde la más tierna infancia.

Entre los Yambassa, es costumbre celebrar los funerales de los difuntos meses e incluso años después del entierro. En esas ceremonias, en teoría fúnebres, no se suele rezar por el alma del difunto, sino que se buscan las causas y las consecuencias de su muerte. Acuden representantes de los principales clanes con algún parentesco con el difunto. Cuanto mayor sea el difunto, más festivos serán sus funerales; además de alabar su figura, se comerá, se beberá y se bailará hasta el atardecer. Es un acto en el que se rinde homenaje a la persona. Se invita para tal efecto a un especialista de la palabra, un griot, conocedor de su biografía y experto en oralidad. El griot será el encargado de recitar, en tono épico, los méritos y hazañas de la persona fallecida, engrandeciendo retóricamente su figura.

Mi padre siempre encabezaba la delegación del clan de los Ofogo, en su calidad de líder espiritual y portavoz, designado por el mismísimo patriarca Ofogo, para representarnos y defender nuestros intereses en todos los lugares y circunstancias. Yo era nuevamente elegido para formar parte de esta delegación; mi papel era el mismo, siempre: cargar sobre mi frágil cabeza la calabaza de vino de palma que, vista la extrema generosidad de mi padre, nunca contenía menos de diez litros; pero aunque supusiera una dura tarea, cumplía con ese trabajo con orgullo. Mi madre y algunos tíos solían acompañarnos.



En el caso de personas fallecidas en plena juventud, los clanes mantenían, durante largas horas, un enfrentamiento dialéctico en el que sacaban a relucir la biografía del difunto, su árbol genealógico, cuestiones relativas a la herencia, la suerte de los huérfanos, la dote que nunca se terminó de pagar en el caso de las mujeres, y sobre todo, las causas de su muerte⁴.

Ante mi profunda admiración, mi padre hacía alarde, entonces, de sus mejores técnicas oratorias, de su perfecto conocimiento de las tradiciones y de la historia de la tribu y de su capacidad de recordar hasta los detalles más pequeños de acontecimientos pretéritos. Los funerales terminaban antes del anochecer; en el camino de vuelta, mi padre me instruía sobre las tradiciones funerarias y el culto que los Yambassa rendimos a nuestros muertos.

Uno de los lugares donde aprendí a contar cuentos fue en las veladas nocturnas. En las noches de luna llena, en la estación seca, entre noviembre y abril, época de bonanza en la caza, los numerosos hermanos, primos y vecinos nos reuníamos en torno a una hoguera en el patio para escuchar y contar cuentos. En la época de lluvias, esas veladas se trasladaban al interior de la casa principal. En ocasiones, asistía algún hermano mayor, a veces mi madre o incluso mi padre. Por turnos, íbamos desgranando nuestro amplio repertorio común de cuentos, mientras pelábamos a mano los cacahuets o las pipas de calabaza. Yo había adquirido en la Escuela de los Ancianos las técnicas oratorias que me permitían sobresalir en aquellas veladas en torno al fuego. Cuando llegaba mi turno, sacaba lo mejor de mí mismo para demostrarles a mis hermanos que mi asistencia a las reuniones del Consejo estaba bien aprovechada. Entonces adornaba los relatos, muy conocidos por todos, con las fórmulas de elocuencia copiadas de los discursos de los mayores. Algunas veces, mi padre se encargaba de amenizar esas veladas con sus terroríficas historias de miedo, mezcla de leyenda y de realidad. Tras escucharle, nadie conseguía conciliar el sueño. Nunca olvidaré la leyenda del sanguinario Awu Ntugue, de la que mi padre aseguraba haber sido

⁴ En la concepción antropológica que tienen las culturas africanas, la muerte siempre es el resultado de un maleficio, de un "mal de ojo", y casi nunca se ve como un proceso natural, aún cuando se conozcan las causas científicas del fallecimiento.



testigo, pero lo cierto es que sólo se la oí a él y nunca pude averiguar si era cierta o era fruto de su desbordante imaginación.

Awu Ntugue era un pobre hombre maltratado por sus vecinos; a pesar de ser hijo único y heredero de muchas propiedades, como plantaciones de cacao y grandes rebaños de cabras, poco a poco había sido despo-seído de sus bienes por la codicia de los hombres del pueblo. Para colmo de sus desgracias, las malas lenguas rumoreaban que su mujer se había convertido en la amante pública de los jóvenes del pueblo. Frente a tantas ofensas, Awu Ntugue tramó su propia venganza; fabricó un poderoso arco de madera, diez flechas afiladas y compró un machete nuevo. Una mañana de diciembre, afiló su machete y salió a la aldea con la firme intención de degollar a veinte personas, en venganza por la humillación a la que le habían sometido. Tras asesinar a machetazos y flechazos a doce personas, y conseguir sembrar tal pánico que nadie se atrevía a salir de casa, Awu Ntugue acudió a la iglesia protestante a rezar, para que Dios le mandara más víctimas, hasta conseguir su propósito. Cuando se encontraba en plena oración, se presentó en la iglesia protestante una patrulla de treinta hombres jóvenes y robustos, armados de arcos y flechas. Al verlos, Awu Ntugue creyó que Dios había escuchado sus plegarias y cuando se preparaba para sacar sus armas, fue acribillado por las flechas justicieras de los jóvenes del pueblo. Mi padre contaba esta terrible historia, adornándola con toda suerte de detalles realistas como lugares y nombres de personas, pero no situaba su relato en ninguna época concreta de la Historia.

En la línea de las historias de terror, también nos contaba la de un fantasma con el que se había encontrado en medio del camino, a medianoche, y que medía más de cinco metros. Siguiendo los consejos que le había dado su padre, le tiró una piedra y le pidió paso, con tono firme. Ante su tenacidad, el fantasma se retiró. Aseguraba mi padre que era la noche en la que murió el mismísimo Viejo Ayangma Amantchang, el brujo más temido de toda Omassa. En las noches en las que contaba esos relatos terribles, todos los hermanos nos apretujábamos en la misma habitación para conjurar el miedo a los fantasmas gigantes y a los vengadores sanguinarios y despiadados.



Mi madre, Dedée⁵, contaba historias menos horribles. Eran generalmente fábulas edificantes. En cierta ocasión, cuando llevábamos toda la noche contando historias de la pantera invencible o del león todopoderoso, mi madre irrumpió con una fábula de contenido radicalmente opuesto:

—¿Sabíais que al principio de todo, cuando ni siquiera habían nacido vuestros abuelos, todos los animales vivían en el pueblo con la gente?

—¿Todos los animales, incluidos los leones y los elefantes? —le preguntó mi hermana mayor Kesseng.

—Todos los animales, incluidos los que hoy en día consideramos fieras, —prosiguió mi madre, en tono intimista. Convivían con la gente, de tal manera que compartían las casas y las comidas e incluso en las fiestas populares, hombres y animales bailaban agarrados.

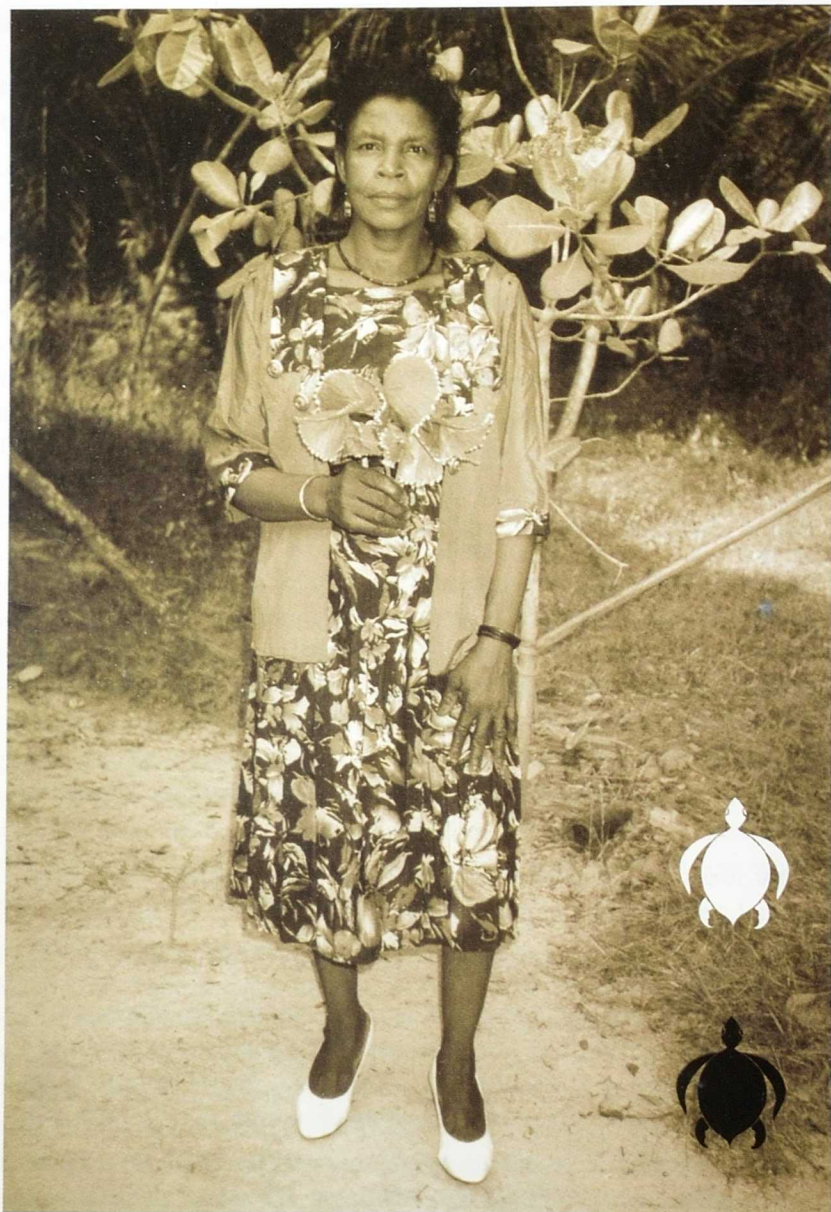
Pero los hombres, que siempre han sido un poco traicioneros, empezaron a sacar ventaja de aquella convivencia. Al principio, obligaron a los animales a trabajar para ellos; luego, los echaron al patio a dormir en época de lluvias: ¡os podéis imaginar qué resfriados cogían los pobres animales! La gota que colmó el vaso fue cuando los hombres empezaron a comerse a sus vecinos animales. En cambio, ellos no se comían a los hombres,... porque sospechaban que la carne humana no merecía la pena.

Entre todos los animales, uno era el más sabio. ¿Sabéis cuál es ese animal tan sabio al que me refiero?

—¡El león, el elefante, la pantera! contestamos todos en coro.

—¡La tortuga! Nos interrumpió en seco mi madre. ¿No sabéis que la tortuga es el animal que más años vive? ¡Y cuantos más años tiene uno, más sabio será! Por eso, vosotros, niños, debéis respetar a las personas mayores, porque ellas saben muchas cosas que vosotros aún no habéis aprendido.

⁵ Ese es el apodo por el que llamábamos a nuestra madre de pequeños, hasta que fue sustituido por el de Doula, en referencia a un viaje que realizó a esa ciudad en los años 90.



Mi madre, Dedée, contaba historias menos horribles. Eran generalmente fábulas edificantes.



Una mañana, harta de tanta injusticia y de tantos abusos —prosiguió Dedée—, la tortuga convocó una asamblea de animales para contarles los motivos de su preocupación.

—¿Os habéis fijado hasta qué punto la convivencia en nuestro pueblo se ha vuelto insoportable? Los hombres se creen los amos de todos nosotros. Al principio nos esclavizaron, obligándonos a trabajar para ellos; como no dijimos nada, nos dejaron dormir a la intemperie; como tampoco protestamos, ahora han empezado a comernos. Ayer, sin ir más lejos, como tenían muchos invitados, no se les ocurrió mejor idea que matar a nuestro hermano Antilope. Se lo comieron en un buen guiso de tomate. Si no protestamos a tiempo, a este paso yo empiezo a vislumbrar el fin del reino animal, porque estos hombres son muy voraces, y no pararán hasta conseguir nuestro exterminio.

Mientras la tortuga pronunciaba su discurso de jefe de tribu, el resto de animales asentía con la cabeza, signo de que compartían la misma preocupación.

En aquella histórica asamblea extraordinaria, se decidió entablar un diálogo pacífico con los hombres. Por votación popular, en nombre del reino animal en las negociaciones, fueron elegidos tres animales de los más representativos: el león por ser el más fuerte, el elefante por ser el más grande, y la tortuga, por ser el más sabio. Ellos serían los encargados de trasladar al Rey del pueblo y al Consejo de Ancianos, el malestar general del reino animal. Una vez en el Árbol de la Palabra, la tortuga empezó a enumerar los motivos del descontento de los vecinos animales. En ese momento el Rey, poco respetuoso con los turnos de palabra, la interrumpió:

—¿Para eso habéis reunido al Consejo? ¿No sabéis que tenemos muchas obligaciones? Vosotros tenéis que saber cuál es el sitio que os corresponde en este pueblo. Nunca olvidéis que sois simples animales y que nosotros somos los hombres, vuestros amos.

—Si las cosas son de este modo —rugió el poderoso león—, los animales nos marchamos del pueblo. Nunca aceptaremos vivir sometidos para toda la vida, ¿verdad, elefante?



—Así es,—vociferó el elefante. ¡Vamos, tortuga! No perdamos el tiempo intentando convencer a estos insensatos. Se darán cuenta de lo que han perdido cuando no estemos en el pueblo.

Antes de que el elefante pronunciase sus últimas palabras, la tortuga ya estaba caminando hacia la selva. Mientras tanto, sus compañeros de delegación se fueron a arengar al resto de animales. Antes de que el sol desapareciese detrás de las montañas, sólo quedaron los animales más cobardes como las gallinas, o los más sumisos como los perros y las cabras. El resto decidió instalarse en la selva, donde no habría hombres que los molestaran. Los árboles serían sólo para ellos y correrían, subirían, bajarían y nadarían en los ríos sin sufrir la más leve de las molestias.

Tras unas cuantas horas de vivir la ansiada libertad, algunos animales empezaron a sentir hambre. No habían pensado en ese problema, porque en el pueblo de los hombres estaban acostumbrados a las comidas preparadas. En aquellos tiempos, los animales ignoraban la posibilidad de comer hierba cruda, hojas frescas o fruta madura.

En una nueva asamblea para buscar salidas, la tortuga volvió a proponer:

—Hace años, alguien me habló acerca de un animal muy extraño que nunca vivió en el pueblo con los hombres. Al parecer ese animal se llama *boa* y, por lo que yo sospecho, estará en algún lugar de la selva. Dicen que carece de pelo y de piernas y que, por vergüenza, nunca sale de la selva. Si siempre vivió aquí, ella nos podría dar la solución a nuestro problema, porque sólo ella sabrá cómo sobrevivir en esa jungla sin hombres. ¿Quién se anima a ir en su busca?

—¡Yo!,— gritó la liebre. ¡Yo soy rápida y tengo buena vista!

—Vale,— dijo la tortuga. ¡Vete rápido y tráenos alguna solución, por favor, que nuestras tripas empiezan a protestar!

La liebre salió con tanta velocidad que dió saltos de más de dos metros, se golpeó contra un tronco caído, rodó por el suelo, se levantó y siguió con la misma velocidad. Unos minutos después, encontró a la boa a la orilla del río.



—¡Hola! Tú debes de ser la boa..., —murmuró la liebre. Mira, verás. Resulta que yo soy uno de los animales que, hasta hace poco, han vivido en el poblado de los hombres. Nos echaron del pueblo esta misma mañana, y hemos venido a vivir a la selva, pero no sabemos qué se puede comer aquí. Alguien nos dijo que tú lo sabías. ¿Nos ayudarías?

La boa le miró fijamente y le confió:

—Yo como hierba, bebo agua y duermo mucho.

—¿Así viviste siempre?, —preguntó, incrédula, la liebre.

—¿Acaso no ves mi cuerpo sano y reluciente? A mi ese tipo de vida me ha dado buen resultado.

Convencida de la respuesta que le dio la boa, la liebre salió disparada. Iba con tanta velocidad que no vio una enorme piedra que le cortaba el camino. Se dio un golpe que la dejó aturdida; cuando recuperó el conocimiento, no recordaba nada del secreto que le había confiado la boa. Al llegar al lugar donde le esperaban, impacientes, los demás animales, éstos le preguntaron:

—¿Qué te dijo la boa?

—Me dio la solución, pero ya no la recuerdo, —balbuceó la liebre. Me he caído en el camino y se me ha olvidado todo.

—Eres un inútil, —habló con autoridad, el elefante. Voy a tener que ir yo mismo. Como soy tan grande, a mí nunca me podrá pasar lo mismo que a ti. Enseguida estaré de vuelta con la solución. Tened un poco de paciencia.

El elefante iba con tanta prisa y tanta ansiedad, que tuvo el mismo accidente que la liebre. Luego fueron los animales más altos como la jirafa, los más fuertes como el león, e incluso los más gordos como el hipopótamo. Pero todos corrieron la misma suerte que la liebre y se olvidaron de la ansiada respuesta que les daba la boa.

Al final, como no quedaba más que la tortuga que, por su legendaria lentitud, no se había atrevido, los animales se resignaron a que lo intentara



también. Su paso era desesperadamente lento, pero seguro. Antes de pisar, miraba y se aseguraba que estaba en terreno seguro. La tortuga es el animal más lento, pero es también el más sabio y seguro. Tardó casi un mes en localizar a la boa.

—Muchos amigos han venido a preguntarte por tu secreto para sobrevivir en esta jungla sin hombres, —dijo la tortuga—. ¡Gracias por tu extrema generosidad, porque me consta que has tenido la amabilidad de compartir ese secreto con nosotros! Pero me cuentan todos que se han caído en el camino y lo han olvidado todo. Así que, por favor, ¿me lo podrías repetir a mí? Te prometo que no vendrá nadie más a verte.

—Amiga tortuga, te lo voy a decir a ti por última vez; que no venga nadie más, porque estoy cansada de repetir lo mismo: yo como hierba, bebo agua y duermo mucho.

En ese momento, la tortuga hizo gala de su don de simpatía, le dio un tierno abrazo de agradecimiento y se despidió. A unos metros, cogió una enorme hoja verde y ayudándose de un palito de madera, escribió en ella: “comer hierba, beber agua y dormir mucho”. Dobló y escondió cuidadosamente la hoja y se puso en marcha. En el camino, aprovechó para comer algunas hojas frescas de lechuga y algunas zanahorias. Al llegar al río, bebió agua y descansó un buen rato. Tras casi otro mes de camino, alcanzó el lugar donde los animales estaban esperando, al borde de la inanición.

—¿Qué te dijo la boa? Preguntó, escéptico y moribundo, el elefante.

—Lo tengo en esta hoja.

Desplegando la hoja con el ansiado secreto y ante el reino animal reunido en pleno en torno a ella, la tortuga leyó con tono solemne:

—¡Me dijo la boa que tenemos que comer hierba, beber agua y dormir mucho!

Todos los animales se lanzaron a devorar la hierba fresca y la fruta, luego bajaron al río a beber agua, después durmieron durante dos días seguidos.



Por eso, —concluyó, filosófica, Dedée— cuando los animales tienen hambre, comen hierba, beben agua y duermen mucho; y la tortuga es el tótem de todos los Yambassa, porque gracias a ella, a su sabiduría y su paciencia, se salvó el reino animal de morir de inanición.

Lo que más escuchábamos y contábamos en las veladas eran las fábulas. Sus protagonistas eran los animales más emblemáticos de nuestra fauna y cada uno de ellos encarnaba una virtud o un defecto determinado. De todos ellos, la tortuga era nuestra favorita. Los ancianos del pueblo nos habían aleccionado acerca de sus numerosas virtudes, como la paciencia y la sabiduría. La conclusión era siempre la misma: había que respetar a los más viejos porque ellos eran los más sabios. Hoy en día, sigo pensando que los ancianos de mi pueblo nos decían la verdad.

Así transcurrieron mis primeros años de infancia, entre las reuniones de los sabios de mi pueblo y las veladas nocturnas de cuentos en torno al fuego, instituciones, ambas, en las que adquirí los valores fundamentales que se transmiten a los jóvenes africanos.

A la edad de seis años, mi padre pensó que sería oportuno añadir un complemento moderno y necesario a mi formación y decidió llevarme a mí y a mi hermana mayor Kesseng, a *l'École Publique de Baliama*, una escuela pública creada, construida y gestionada por la conjugación de los esfuerzos de los padres y de la joven República Independiente. Todos los días, entre los seis y los doce años, mi hermana y yo estuvimos saliendo de casa a las siete de la mañana, para recorrer a pie, en una hora, los seis kilómetros que separaba la escuela de mi casa, para no volver hasta las seis de la tarde. No íbamos solos en el camino a la escuela. En el recorrido, el grupo se ampliaba con muchachos de todas las edades y de otras aldeas, cuyos padres habían respondido masivamente al llamamiento oficial del primer gobierno que rezaba: "*la Escuela es la clave del éxito*". Todos los padres soñaban entonces con convertir a sus hijos en funcionarios públicos, como maestros, médicos, o policías potenciales de la joven administración camerunesa. Pero pronto muchos de esos sueños se verían frustrados porque la mayoría de los niños abandonaban la escuela.



la, antes de terminar el ciclo básico. Del centenar de alumnos de mi promoción en *l'École Publique de Baliama*, sólo una decena pudimos estudiar secundaria y tres tuvimos estudios superiores. El masivo fracaso escolar o la tradicional costumbre de ayudar a las familias en los trabajos agrícolas fueron poco a poco vaciando la escuela, en la que no quedamos más que uná minoría de tenaces y afortunados.

L'École Publique de Baliama era el único símbolo de los nuevos tiempos en la comarca. Tenía tejado de uralita, material muy moderno para la época y la única escuela en la veintena de aldeas, algunas más distantes que otras. En esos primeros años, los maestros eran escasos pero motivados. La mitad de ellos eran funcionarios públicos y a la otra mitad se la llamaba, despectivamente, “benévolos”. Los benévolos eran jóvenes de los distintos pueblos circundantes que habían recibido cierta formación y que daban las clases a cambio de un salario simbólico, pagado por los padres, además de otras ventajas en especies. Algunas veces, los alumnos les teníamos que llevar leña para la cocina, víveres, o incluso acudíamos a sus casas a ayudarles a labrar sus huertas o a recolectar el cacao. A esa última categoría de maestros, desdeñados por todos, pertenecía Monsieur Kiki.

Monsieur Kiki fue, con mucha diferencia, el maestro que más marcó mi etapa en *l'École Publique de Baliama*. Fue mi primer maestro cuando entré en la SIL, y el último al graduarme en CM 2⁶, curso en que obtuve el C.E.P.E⁷. Monsieur Kiki era un hombre enorme, física y profesionalmente; sus pies eran tan grandes que jamás le vimos llevar zapatos cerrados; se rumoreaba que no encontraba su número —el 54— en ninguno de los mercados que se celebraban semanalmente en las distintas aldeas. Estaba condenado a no calzar más que sandalias de goma popularmente conocidos como *sans confiance* (sin confianza), por su poca fiabilidad, de las que era habitual que dos dedos o más salieran por los bordes.

⁶ En el sistema educativo francés, que se aplica en la zona francófona de Camerún, la SIL (*Section d'Initiation au Langage*), equivale a 1º de primaria. CM 2 (*Cours Moyen 2*) equivale a 6º de primaria. En Camerún los alumnos tienen que superar una reválida al final de cada ciclo.

⁷ *Certificat d'Etudes Primaires Elementaires*, equivalente al Graduado Escolar.



L'École Publique de Baliama era el único símbolo de los nuevos tiempos en la comarca. Tenía tejado de uralita, material muy moderno para la época y la única escuela en la veintena de aldeas, algunas más distantes que otras.





Recuerdo su formación como una combinación entre los valores de la tradición y la modernidad. En sus clases, utilizaba el francés y el Yambassa para facilitar nuestra comprensión porque, aunque Francia e Inglaterra nos habían colonizado, los muchachos de las aldeas de Camerún no pudimos aprender el francés y el inglés hasta que llegamos a la escuela. Muchos de los cuentos que yo había escuchado en las veladas nocturnas y en mi idioma materno, Monsieur Kiki nos los narraba en un francés que al principio nos sonaba a chino. Cuando entré en la escuela a los seis años, la única lengua que hablaba era el yambassa. Monsieur Kiki fue la primera persona que me abrió la puerta al aprendizaje del idioma de Molière. Su forma de enseñar era poco autoritaria y con sus alumnos nunca puso en práctica los castigos corporales tan habituales y generalizados en aquella época. Él me quería mucho porque yo era el mejor de todos sus alumnos, el más disciplinado, y yo le quería mucho porque él era mi mejor maestro.

Tal vez mi devoción por Monsieur Kiki se debe a que fue él quien me enseñó a leer y a escribir, complemento necesario a la formación que me inculcaron mis padres y los abuelos del pueblo; y la persona que enseña a leer y a escribir a un niño o a un adulto, le está abriendo los ojos al mundo entero.

Monsieur Kiki me abrió los ojos a una realidad que superaba ampliamente la micro-realidad de mi aldea, porque la lectura me permitió ver que el mundo era mucho más amplio, mucho más asombroso y divertido que las veladas de cuentos y las reuniones de los ancianos de mi pueblo. Algunos muchachos frustrados de mi aldea, cuatro o cinco años mayores que yo, difundieron el rumor según el cual mis buenas notas se debían a que mi padre viajaba a Yaundé con frecuencia para comprarme pastillas que me ayudaban a tener buena memoria y a aprobar con facilidad los exámenes.

Monsieur Kiki sabía que estos rumores no eran fundados. Es cierto que mi padre era uno de los hombres más modernos de todo el pueblo Yambassa; pero no creo que ni él mismo supiera de la existencia de tal posibilidad científica. Estos rumores, aunque infundados, fueron creando en mí una



especie de estigma de “chico listo y preferido del maestro” que, a la larga, me convirtió en un niño tímido y retraído, que pasaba las horas de recreo en el aula, por miedo a las reprimendas de los alumnos de más edad. A medida que iba avanzando de curso, mis compañeros de clase eran cada vez mayores, hasta tal punto que algunos tenían barba: lo habitual en aquellos años era encontrar alumnos de diecisiete años que llevaban tres en un mismo curso. Al abandonar la Escuela de Baliama, tenía la convicción de que, después de mi padre, Monsieur Kiki era la persona que más influiría en mi formación, porque creyó en mis posibilidades y supo siempre expresarme para sacar lo mejor de mí.

A los doce años, tras la obtención del C.E.P.E, mi padre decidió matricularme en el *Collège Champagnat* de Ombessa. Estaba situado a siete kilómetros del pueblo, distancia que también recorría diariamente a pie. La elección de un colegio privado, en detrimento del instituto público que acababa de ser creado, no fue un mero capricho familiar. En Camerún la corrupción política y económica condena a los hijos de aquellos que no tienen poder político, económico o social, a estudiar en escuelas privadas que, salvo excepciones, suelen ser de peor calidad, con más efectivos, pues son meros negocios para sus dueños. El poder y la autoridad de mi padre como hábil orador y miembro del Consejo de Ancianos no sobrepasaban los límites de la comarca Bogondo. El Instituto Público se encontraba fuera de su jurisdicción y no pude tener acceso a él. Pero existían honrosas excepciones al enfoque monetario de los colegios privados. Éste era el caso de *Champagnat*. Los Hermanos Maristas habían creado una estructura simple y eficaz, donde la disciplina, la limpieza y el rigor garantizaban el éxito. La mayoría de ellos eran de Québec; los demás eran un francés y un yugoslavo. El resto del profesorado, lo componían jóvenes diplomados cameruneses contratados por la Orden.

En *Champagnat* viví mis mejores años pero también mis primeros conflictos de preadolescente. A los doce años, todavía no había usado pantalones largos. Esa prenda noble era un privilegio exclusivo de los chicos que ya tenían vello en las piernas, por tanto edad suficiente para salir con chicas. Y yo sólo tenía doce años, mientras la mayoría de mis compañeros de clase tenían más de quince, vello en las piernas, llevaban



pantalones largos y tenían novias. Un día, mi profesor de matemáticas, un joven Yambassa como yo, me ridiculizó delante de toda la clase porque según él, a un colegio de secundaria no se podía ir en pantalones cortos. Me recordó que la etapa de primaria se había acabado, y que tenía que olvidarme para siempre de ellos. Aunque estábamos en el primer trimestre, en el que no era obligatorio el uso del uniforme, conté el incidente a mi padre, y éste decidió poner fin a la humillación: al día siguiente estrené mi uniforme de colegio, compuesto de una camisa azul celeste y pantalones largos de color azul marino. Al entrar en la clase, todos los compañeros se pusieron de pie, y con cierta ironía, cantaron el himno nacional.

En esta etapa de mi formación escolar, mis padres ya creían firmemente en mis posibilidades de triunfar en la vida gracias a los estudios. Mi padre se había convertido en el hombre más orgulloso del Consejo de Ancianos. No en vano él era el único de toda Omassa que había conseguido colocar a un hijo suyo en la prestigiosa escuela de los Hermanos Maristas. Creía tanto en mis capacidades intelectuales que pronto me convirtió en su escribano particular. Cuando recibía alguna carta de mi primo Pavana, que vivía en la ciudad, yo era el encargado de leérsela en versión original; a mi padre nunca le gustó que yo le tradujera ningún documento; algunas veces me costaba entender la difícil caligrafía médica de mi primo; entonces mi padre me regañaba, tal maestro que regaña a su alumno por no aprenderse bien la lección:

—¿Para qué te he mandado a la escuela si no puedes leerme una simple carta?, —me gritaba mi padre.

Todas las cartas, documentos oficiales, denuncias, Actas, memorias, etc... que se le ocurrían, pasaron a ser tarea mía. Gracias a que yo sabía escribir, mi padre introdujo la escritura en una institución tan propia de la tradición oral, como lo era el Consejo de Ancianos. Todas las reuniones, acuerdos, debates, consensos y deliberaciones pasaron a ser sancionados por un Acta redactada por mí, leída y traducida de viva voz para que los miembros del Consejo dieran su aprobación. A los doce años, yo me convertí, en la práctica, en un miembro más de la institución más prestigiosa



de mi pueblo. A esa temprana edad, había pasado de la tradición oral más arraigada a la redacción de escritos altamente especializados. De todos los alumnos de mi promoción, yo era el único que sabía distinguir entre el género epistolar, una denuncia judicial, un Acta o un testamento. Una mañana de domingo, cuando mi madre había ido al mercado, mi padre me llamó a su habitación y me entregó un bolígrafo y un cuaderno nuevos:

—¡Siéntate! Voy a escribir mi testamento.

Por primera vez, tuve miedo a quedarme huérfano. En esa época, mi profesor de francés, Frère Philippe Lambert, nos acababa de enseñar la canción *Pauvre Martin*, de Georges Brassens donde el cantautor se refiere al testamento del protagonista. Por tanto yo sabía perfectamente el significado de esta palabra. A los doce años, la idea de la muerte y la angustia ante la posibilidad de la desaparición de los progenitores te rondan por la cabeza. Además, mi miedo venía de la falsa creencia de que sólo escribe su testamento aquel que siente inminente su muerte. Yo tuve la sensación de que mi padre sentía la llamada del más allá.

—El día que me muera, quiero que me entierren a la manera de nuestros ancestros, es decir directamente en el suelo, envuelto en sábanas. No quiero ser enterrado en estos inventos modernos como el ataúd. Yo quiero estar en contacto con la tierra de nuestros antepasados, porque así enterré yo a mi padre. ¡Ah!, muy importante: el día de mi entierro, quiero que toda mi familia esté presente y alegre. Que la gente baile al ritmo de nuestros tambores, que beban y coman hasta la saciedad. He trabajado toda la vida y me moriré orgulloso de dejar una familia unida. Mi muerte no debe ser una ocasión para llorar, sino para divertirse, porque me habré reunido con nuestros antepasados.

Así de macabro empezaba el testamento de mi padre redactado por un preadolescente como yo, y que introduciría una verdadera revolución en las costumbres familiares y aldeanas, pues hasta entonces todos los testamentos en el pueblo habían sido verbales, y contados de viva voz a todos los descendientes, reunidos para dicha circunstancia. Una vez más mi padre, el más firme defensor de las tradiciones y de la oralidad, se



convertía en un verdadero vanguardista de su época. Cada vez que vivía algún acontecimiento negativo, como un conflicto con un vecino o una disputa con mi madre, me llamaba a su habitación para redactar una nueva página de su testamento. En él nunca hablaba de herencias materiales, ni del reparto de propiedades, sino de ideas, de su legado moral e inmaterial, de la gestión de los asuntos familiares en su ausencia, de recomendaciones tales como: “No os dejéis dominar por nadie”, o también “os dejaré sin deudas de ningún tipo, y como no debo nada a nadie, que nadie venga a reclamaros nada”, o esa otra: “he vivido libre, y moriré libre. Así quiero que vivan mis hijos”.

Mi padre y yo dejamos de redactar el testamento cuando a los dieciséis años me tuve que trasladar a estudiar en la capital. Desde entonces, las nuevas páginas de su testamento son exclusivamente verbales, y las “escribe” en las grandes ceremonias familiares.



Una vez más mi padre, el más firme defensor de las tradiciones y de la oralidad, se convertía en un verdadero vanguardista de su época.



A esas alturas, la casi totalidad de mis hermanos y de los demás muchachos de mi aldea habían abandonado los estudios. Algunos ya estaban casados y se dedicaban al cultivo del cacao. Otros simplemente habían cedido ante la tentación del éxodo rural, tan de moda en los años 70 y 80 en toda el África post-colonial. Habían acudido a la llamada de las nuevas metrópolis urbanas, donde engrosaban las filas de los obreros mal pagados de las nuevas fábricas, o simplemente se dedicaban a la limpieza urbana, o al pequeño comercio ambulante. Daba igual el estatus social al que pertenecían en la ciudad, porque a su vuelta a la aldea durante las vacaciones, exhibían modales y aires de grandeza, que nos hacían pensar que debían ser importantes.

Una vez más, yo me encontraba en la situación del hijo privilegiado, esta vez por mis propios méritos, y no porque mis padres hubieran apostado directamente por mí en detrimento del resto de sus hijos. Yo era su última esperanza de tener un funcionario en la familia y, conscientes de ello, mis padres nunca dudaron en endeudarse para pagar la matrícula de aquel colegio privado, o comprarme los libros de la Escuela, en detrimento del resto de los hermanos. Quizás al convertirme en su escribano particular a los doce años, mi padre se convirtió asimismo en mi mejor maestro no sólo en la transmisión oral, sino también en la cultura escrita, cosas aparentemente antagónicas; pero mi trayectoria personal y académica demuestra que son complementarias. Para mí el amor y la práctica de la oralidad agudizaron y prepararon el terreno a mi posterior devoción por los libros y por la lectura.

Como mis padres son ágrafos, al final de cada trimestre me pedían que les leyera mis notas y, por suerte, nunca tuve necesidad de engañarles como cabría esperar de un muchacho de mi edad, porque mis notas eran dignas de su confianza y sacrificio; si mis padres tenían alguna duda al respecto, ahí estaba la beca anual que me concedían los Hermanos Maristas, como a los mejores alumnos de cada clase. Esa beca era de trece mil quinientos francos⁸ CFA, y se cobraba en una paga única, al finalizar el curso. Aunque su importe era insignificante, para mí esa beca

⁸ Equivalente a 21 €.



tenía un valor económico y simbólico incalculable; con ella tenía el privilegio de comprar todos los libros de texto del curso siguiente, cuando la mayoría de los alumnos carecía de ellos; para mis padres en cambio, era la prueba de que la Escuela empezaba a reportarme suculentos beneficios, y que en el futuro se podrían multiplicar hasta el infinito. El único punto negro en mi expediente académico eran las matemáticas.

Una vez en clase de “*Cinquième*”⁹, al leer a mis padres mis notas de fin del primer trimestre, les dije que había suspendido una asignatura llamada “matemáticas”. Mi madre no tiene idea de qué son las matemáticas; pero debió ofenderse porque yo las hubiera suspendido y decidió que había que poner fin a esa humillación. Ella quería que fuera el mejor en todo y no soportaba la más mínima competencia. Al reiniciarse las clases en el mes de enero, tras las vacaciones navideñas, mi madre me entregó para el profesor de matemáticas un recipiente con una cabeza de cerdo bien guisada con salsa de tomate. Eran los restos de las fiestas navideñas. Mi madre creía que en el colegio Champagnat se podía hacer lo mismo que en la escuela primaria: en la “*École Publique de Baliama*”, era costumbre mandar comida a los maestros como parte del pago por su trabajo; por eso mi madre nunca me confesó sus buenas intenciones, pero yo era lo suficientemente grande como para darme cuenta de que una cabeza de cerdo era argumento suficiente para comprar la voluntad de un profesor de matemáticas en el Camerún de los años 80.

Pero a mí me daba mucha vergüenza entregar la cabeza de cerdo a mi profesor de matemáticas, no sólo porque en aquellos momentos el profesor era como un dios para sus alumnos. Además, yo tenía miedo de que el profesor aprovechara el episodio de la cabeza de cerdo para volver a ridiculizarme delante de mis compañeros. Durante todo el día estuve valorando la posibilidad de dársela a otro profesor, y llegué a la conclusión de que ninguno la querría; casi todos eran Blancos, y mi lógica infantil me hacía sospechar que ellos, los Blancos, tienen otra manera de preparar la cabeza de cerdo. Por mi timidez, porque tenía hambre y por todas las razones que acabo de enumerar —fundadas o no—, decidí, a la

⁹ 2º de secundaria en el sistema español.



salida de clase esconderme detrás de un enorme baobab, a unos cien metros del sendero que me llevaba a casa, y dar buena cuenta de la cabeza de cerdo. Jamás una cabeza de cerdo me había parecido tan succulenta. Me la comí entera, intuyendo que mi madre jamás tendría la oportunidad de preguntarle personalmente al profesor qué le había parecido aquel guiso. Los contactos entre padres y profesores eran casi inexistentes y yo era consciente de ello.

Al llegar a casa, mi madre me preguntó, expectante:

—¿Entregaste la cabeza de cerdo a tu profesor?

—¡Sí, Dedée!— le contesté. Le gustó mucho el detalle, y dijo “muchas gracias”.

Sorprendentemente, a mi madre no le extrañó mi falta de apetito de aquella noche.

Pasaron los años y afortunadamente mi madre nunca me volvió a preguntar acerca de mis notas de matemáticas. Debió dar por buenos los efectos persuasivos de aquella cabeza de cerdo que, con tanto esmero, había guisado para el profesor de matemáticas. Si me lo hubiera preguntado, se habría dado cuenta de que su cabeza de cerdo no había dado los frutos que ella esperaba, porque yo seguí suspendiendo matemáticas trimestre tras trimestre, curso tras curso.

En el Colegio de los Hermanos Maristas, mi formación como narrador de cuentos siguió enriqueciéndose y fortaleciéndose. A esas alturas, yo sabía leer y escribir; por tanto tenía que leer y contar en francés y en inglés -ambos idiomas oficiales de Camerún- cuentos de otras partes de África, pero similares a los que ya había contado y escuchado en las veladas nocturnas. El primer libro de lectura obligatoria que teníamos en el programa de francés era “*Les contes d’Amadou Koumba*”, del senegalés Birago Diop¹⁰. Era una recopilación de cuentos y fábulas de tradición oral del África Occidental, llevados con brillantez a la literatura escrita

¹⁰ Diop, Birago (1972). *Les contes d’Amadou Koumba*, Présence Africaine. Paris.



por el gran etnólogo, escritor y ensayista senegalés. Los cuentos recopilados por él, como "*Los de Mor Lam*"¹¹, han marcado dos generaciones de jóvenes de toda el África Negra francófona.

De la misma manera, en inglés teníamos un libro de texto titulado "English for French speaking Africa", que contenía muchos cuentos de tradición oral de las antiguas colonias británicas como Nigeria y Ghana. En la escuela secundaria, gracias a la lectura de este tipo de libros, pude descubrir que el África Occidental es la verdadera cuna de la oralidad en todo el continente. Ávido de enriquecer mi repertorio de nuevos cuentos, para triunfar en las veladas nocturnas de mi aldea, yo leía y releía mis libros una y otra vez, con pasión e interés renovados, hasta tal punto de que al terminar cada curso, yo era capaz de contar de memoria los cuentos que incluía cada uno de los libros de texto. Por regla general, esos libros eran los únicos que caían en nuestras manos. La biblioteca del colegio sólo nos ofrecía viejas enciclopedias y tebeos canadienses pasados de moda, como las Aventuras de Michel Strogoff.

Más tarde, a la edad de quince años, pude leer a otros grandes autores de cuentos como el camerunés Francis Bebey¹², el marfileño Bernard Dadié, o el francés Jean de Lafontaine a través de sus fábulas; luego vendría el descubrimiento de la poesía de los clásicos franceses como Molière, Vigny y Racine. El primer libro no obligatorio que leí entero fue "Veinte mil leguas de viaje submarino", de Jules Verne. Formaba parte del lote que me había correspondido al final del curso de "*Cinquième*"; a los mejores alumnos nos solían regalar libros, cuadernos, bolígrafos y tebeos canadienses. Entonces yo tenía catorce años. Aquellos libros regalados por los Hermanos Maristas me parecían un verdadero tesoro.

En las veladas nocturnas de esa época de mi adolescencia, mis hermanos y compañeros de la aldea me miraban como si hubiera salido de otro planeta. No sólo había añadido a mi repertorio cuentos nuevos que

¹¹ "El hueso de Mor Lam", o la crónica del egoísmo llevado hasta el extremo.

¹² Bebey, Francis. (1967): *Le fils d'Agatha Moudio, La poupée Ashanti*. Editions Clé. Yaoundé. Traducción al inglés: 1971 (Heinemann, Londres).



nadie, salvo yo, conocía, sino que, además, en un alarde de fanfarronería, me atrevía a contarlos en francés o en inglés. Quizás por ese motivo, por mi actitud falsamente ilustrada y un tanto pedante, las veladas de cuentos fueron poco a poco perdiendo interés entre los adolescentes de mi edad, porque ellos se dieron cuenta de que no existía rivalidad. Además, la propia adolescencia empujaba a la mayoría de ellos hacia otro tipo de intereses muy alejados de la oralidad. Fue de esta manera cómo fuimos pasando el testigo de la preservación de la memoria colectiva a las nuevas generaciones de niños de Omasa.

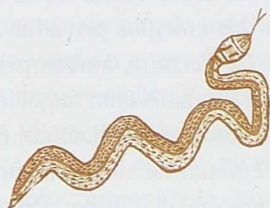
A los dieciséis años, tras mi graduación en el Colegio de los Maristas, mi familia tomó la difícil decisión de mandarme a la capital para terminar los estudios secundarios. A mi padre no le resultó nada fácil desprenderse de su secretario particular. Pero como hombre clarividente, él era consciente del paso que significaba mi traslado a Yaundé. Yo tenía la posibilidad de convertirme en el primer muchacho de toda la historia de Omasa que obtendría el título de bachillerato. Por eso, pese a la pérdida que le suponía a corto plazo, mi padre decidió en un consejo familiar que continuara mis estudios en la capital.



CAPÍTULO 2

No sólo de pan
vive el hombre...
también se
alimenta de sueños





Mis primeros años en la capital no fueron fáciles. Al principio, sentía gran fascinación por el modo de vida urbano; saliendo de una pequeña aldea como Omassa, todo me resultaba novedoso: desde el ferrocarril que pasaba a un centenar de metros del domicilio familiar, hasta la luz eléctrica, el agua corriente, las únicas escaleras mecánicas del país, las del Supermercado Prisunic T. Bella, el estadio de fútbol donde la selección nacional de fútbol había cosechado sus mayores glorias, y que sólo quedaba a medio kilómetro de nuestra casa, el palacio presidencial, etc... Con frecuencia recorría a pie los cinco kilómetros que separaban mi barrio, *Omnisports*, del centro urbano sólo para contemplar y empaparme del bullicio de la ciudad. No me cansaba de observar las maniobras de las locomotoras y los autobuses urbanos que se sucedían unos a otros en las paradas, vomitando un enjambre de personas de todas las edades y procedencias tribales.

La fascinación inicial que ejercía la vida urbana sobre mí se convertiría pronto en un camino de amargura, de penurias, de soledad y de melancolía, que me llevó a añorar profundamente la vida sencilla, solidaria y comunitaria de mi aldea natal.

Tras una larga y agotadora peregrinación por distintos institutos de la capital, mi hermano mayor y yo nos topamos con una realidad difícil de tragar. A los institutos públicos, los liceos heredados de la colonización francesa, que eran los únicos que ofrecían cierta garantía de calidad, sólo podían acceder los hijos de los altos funcionarios del Estado o los que pagaban un cuantioso soborno que oscilaba entre cincuenta y cien



mil francos. Hoy en día, este tipo de corruptelas se ha institucionalizado no sólo en el ámbito educativo, sino en todos los sectores de la sociedad, de la política y de la economía. Había dos colegios privados reservados para la élite política y social: *Vogt* y *La Retraite*, ambos pertenecientes a la Iglesia católica. El resto de colegios privados eran negocios que reportaban pingües beneficios y de los que los dueños no dudaban en llenar las aulas de efectivos, hasta alcanzar el centenar de alumnos por aula, si hacía falta. A esta última categoría pertenecía el *Collège Protestant Johnston*, al que fui a parar.

—¿Tienes los boletines de notas?, —Me preguntó, aparentemente frío y desinteresado, el director.

—¡Sí, señor Director!, —contesté yo con tono de quien confía en su buen expediente. Acabo de aprobar el B.E.P.C. en Champagnat.

Tras echar un vistazo fugaz y distraído en mi voluminoso expediente, el Director sentenció:

—Si pagáis quince mil francos, que es la primera cuota de la matrícula, puedes empezar las clases mañana mismo. ¡Ah!, se me olvidaba: los uniformes cuestan diez mil francos cada uno, y te los podemos vender aquí mismo. Uno es de color marrón, y el otro —de color azul celeste— es para los jueves, día de culto obligatorio. La segunda cuota de la matrícula se abonará antes de enero. Aquí tienes la lista de libros. Puedes conseguirlos a buen precio en nuestra librería que está detrás del templo.

Quince mil francos de matrícula, más veinte mil en uniformes, y aproximadamente otros veinte mil para los libros, y algo de dinero de bolsillo... Mi hermano y yo echamos rápidamente las cuentas y llegamos a la conclusión de que necesitábamos urgentemente unos sesenta mil francos para que yo pudiera iniciar los estudios de bachillerato y mantener vivas las esperanzas de toda la familia. Esta cantidad suponía una verdadera fortuna para un hijo de campesino como yo, en pleno mes de septiembre, época de vacas flacas para todo productor de cacao en África. Mi padre, el gran orador reputado entre todos los Yambassa, hijo del patriarca Ofogo, disponía de un patrimonio inmaterial, social y cul-



tural incalculable; pero su patrimonio material era muy escaso: se basaba en una vieja plantación de dos hectáreas de cacao, de las que sacaba anualmente un par de toneladas de cosecha, que únicamente se recogían y se vendían a un vil precio fijado por decreto presidencial, entre los meses de noviembre y enero. La mayoría de las familias campesinas de África viven durante estos tres meses su época de bonanza económica; el resto del año se vive de ello, sin holgura. Y aún estábamos en octubre, a sólo un mes de la lluvia de francos; en esas circunstancias, no le quedaba a mi padre más que el recurso a los mecanismos económicos de solidaridad, vigentes en todo el país.

Este sistema de solidaridad tribal, conocido popularmente en Camerún como *njangui*, o *ikuene* entre los Yambassa, es un sistema de ahorro y de solidaridad en el que varias personas unidas por el clan, la tribu, o el trabajo, se ponen de acuerdo para crear un fondo común en el que cada miembro va aportando dinero según sus posibilidades. Este sirve para préstamos a los miembros o a terceros, con un interés mínimo, generalmente del uno por ciento mensual. Los préstamos siempre han de ser debidamente justificados, ya sea para cubrir necesidades tales como la que a mí se me estaba planteando en el colegio Johnston, o para renovar el tejado de la vivienda familiar. Al final del año natural, se suele deshacer el fondo, y cada miembro recupera lo invertido más un pequeño beneficio proporcional. A veces, los beneficios se destinan a obras de interés común, como la construcción de una escuela, el saneamiento de una fuente de agua, o simplemente una fiesta comunitaria. Se trata de una respuesta popular ante las deficiencias del sistema bancario convencional, las trabas burocráticas para obtener un crédito, y la poca fiabilidad que ofrecen las instituciones bancarias. Este sistema tradicional mueve tanto capital al margen de los circuitos oficiales, que las propias instituciones financieras como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, se han interesado por él, presionando al Estado para regularizarlo.

Cuando se trataba de un gasto escolar, era sabido que mi padre no dudaba en endeudarse a través de esta fórmula. Fue así como en menos de tres días, pudo reunir el dinero necesario para que yo pudiera engrosar



la lista del centenar de alumnos que estudiábamos, hacinados en la misma aula de poco menos de 50 metros cuadrados. Los pupitres eran tan escasos y estrechos que se compartían entre tres alumnos, lo que nos obligaba a madrugar para conseguir asiento. Con frecuencia a mí me tocaba compartir pupitre con dos mujeres que me llevaban cuatro años cada una, y cuyo trasero era el exponente más evidente de la buena salud y de la exuberancia de la mujer africana. Los demás alumnos, los que habían optado por dormir media hora más o aquellos que tenían que atravesar toda la ciudad para llegar al colegio, se tenían que conformar con sentarse en el suelo, sobre las cajas de cartón que traían ellos mismos de los mercados cercanos. El colegio Johnston era una de esas numerosas instituciones educativas conocidas popularmente en toda la capital como «cuadras». Los alumnos éramos lo más parecido a ganado.

Así transcurrieron mis tres años de bachillerato, hacinado en barracones escolares, y malviviendo en un pequeño estudio para una familia de seis miembros; los jueves iba a clase impecable y orgullosamente vestido de azul celeste para asistir al culto semanal obligatorio, del que salía espiritualmente bien alimentado, pero con el estómago casi siempre vacío. Entonces me acordé de aquel versículo bíblico que tanto nos habían repetido los Hermanos Maristas: *No sólo de pan vive el hombre*. De aquel culto obligatorio de los jueves, como de las misas del Colegio Champagnat, lo único que me gustaba eran los cánticos de las melancólicas voces de las mujeres africanas. Fueron tres años en los que descubrí el hambre. En mi pueblo natal siempre existía la posibilidad de echarse al monte, en busca de frutas silvestres como mangos, papayas, o bananas; en cambio en la gran ciudad, todas estas frutas se vendían en el mercado y no había monte al que echarse. Mis tutores, unos tíos lejanos, eran muy pobres; me habían acogido a pesar de que ellos mismos pasaban penurias y todo ello en nombre de la solidaridad africana. Perteneían a esa categoría de jóvenes aldeanos que habían acudido a la ciudad, respondiendo a la tentadora llamada del éxodo rural, sin formación académica ni capacitación alguna y, como tales, estaban condenados a realizar los trabajos peor remunerados de la gran ciudad. Él era mozo de carga en el almacén de la estación de ferrocarril y su mujer, ama de casa. Era tal la necesidad



de comer que algunas veces me vi obligado a vender algunos libros de texto para comer buñuelos con alubias¹ durante el recreo.

Pero mis primeros años en la ciudad no sólo fueron marcados por el hambre y la melancolía. También me permitieron abrir la mente, conocer otras realidades que iban más allá de la tradición oral en la que me habían educado mis padres. Mi patrimonio cultural se enriqueció notablemente con el descubrimiento del cine y la literatura escrita; en una palabra, yo había entrado de lleno en el imperio de la modernidad. El hecho de vivir y estudiar en la capital fue lo que me abrió las puertas para soñar con otros mundos y otras culturas. Descubrir el cine a los diecisiete años me resultó deslumbrante; en aquellos tiempos, aún existían en Yaundé seis salas de cine; hoy no queda más que un viejo y destartado cine donde se dan cita los jóvenes de las clases pudientes. Las películas más taquilleras eran las de espionaje, como las protagonizadas por James Bond, las de acción como las del dúo Bud Spencer y Terence Hill, o las de Bruce Lee. Algunas veces, sacrificando el poco dinero obtenido de la venta de algún libro, me escapaba de clase para ir al cine. Las películas que más me atraían eran las prohibidas a los menores de dieciocho años. El día que cumplí esa soñada edad, un compañero de clase y yo acudimos a un cine de barrio para explorar juntos los misterios que escondía ese tipo de películas. Salvo alguna escena erótica o algún centímetro de pierna femenina descubierta más arriba de la rodilla, debo confesar que me defraudaron para siempre las películas no aptas para menores.

Los tres años de bachillerato me confirmaron mi amor por la literatura, antes en su versión oral y ahora en la escrita. Con el descubrimiento de los grandes escritores negros como el senegalés Cheikh Hamidou Kane², el camerunés Mongo Beti³, el norteamericano Richard Wright⁴, o el antillano Aimé Césaire⁵, empecé a ampliar mis horizontes sobre la problemática

¹ Desayuno muy energético, típico y tradicional de las clases populares de Camerún. A veces se acompaña con una papilla dulce de maíz.

² Cheikh Hamidou Kane.-*L'aventure ambiguë*. Julliard, Paris, 1961.

³ Mongo Beti.-*Ville cruelle*. En su última novela, *Trop de soleil tue l'amour*, publicada en 1999, tres años antes de su muerte, hace un virulento alegato contra la corrupción que se ha instalado en la sociedad camerunesa.

⁴ Richard Wright.-*Black boy*. Harper, New York, 1945.

⁵ Aimé Césaire.-*Cahier d'un retour au pays natal*. Présence Africaine, Paris, 1971.



de la esclavitud, la negritud, la colonización, la descolonización y, en general, sobre el contacto entre el mundo occidental y mi continente. Ya empezaba a comprender que aquel comercio triangular⁶ del que, de una manera aséptica, nos habían hablado los profesores de Sociales del primer ciclo de secundaria, tenía implicaciones más desgarradoras e indelebles en el actual desequilibrio del mundo. En algunas ocasiones, me preguntaba, sin obtener nunca respuestas claras, cómo era posible que nuestros antepasados hubieran aceptado el estado de sumisión al que les condenaba la relación con los colonos europeos. Empecé a hacerme preguntas acerca de la situación de los negros de la diáspora. ¿Eran felices en sus nuevas tierras de acogida? ¿Se acordaban de la tierra de sus antepasados? ¿Seguirían contando los mismos cuentos y cantando las mismas canciones que nosotros? ¿Serían concientes de sus raíces? La única pista que calmaba mis inquietudes era la fama que rodeaba a algunos músicos o deportistas de élite negros cuya prosperidad era manifiesta a juzgar por las imágenes de televisión. Yo me enorgullecí pensando que, de alguna manera, esos negros famosos, ricos e idolatrados, eran hermanos nuestros que la historia y la codicia de los hombres habían arrancado trágicamente de nuestras tierras. De alguna manera, los sentía unidos a África no sólo por la sangre, sino por los sentimientos.

La proyección en la joven televisión camerunesa de la serie “Raíces”, verdadera crónica de la esclavitud, con su realismo sangrante y sus escenas deshumanizantes, convulsionó a los africanos de mi generación. En mí y en mucha gente joven nacieron, poco a poco, sentimientos de rebeldía. En una ocasión, un arquitecto italiano que trabajaba en unas obras de carretera me recriminó porque estaba observando de cerca la maquinaria; después de haber visto la víspera el capítulo semanal de la serie, aquel incidente me revolvió tanto que le insulté, gritándole: «¡racista!»

⁶ El comercio triangular era una práctica comercial entre los siglos XVI al XVIII, que llevaba a los mercados europeos a América, donde compraban o se apoderaban del oro, para venderlo en Europa. Con parte del dinero conseguido, organizaban expediciones a África, donde capturaban o compraban esclavos, que luego vendían en América, y vuelta a empezar. Las estimaciones más optimistas, basadas en el inventario de los que alcanzaban las costas americanas, calculan que veinte millones de jóvenes y fornidos africanos se convirtieron en mercancía del Comercio Triangular. Nunca se sabrá cuántos perecieron o fueron sacrificados durante la travesía.



Con la lectura de algunos filósofos occidentales como Platón, Jean Paul Sartre, Emmanuel Kant, Hegel, o de novelistas como Franz Kafka, yo empezaba a adquirir cierta conciencia crítica. Mi naciente espíritu crítico me llevaba a darme cuenta de que las relaciones entre África y Occidente se habían basado en la dominación y el engaño permanente. Viviendo en mi pueblo natal, con la compañía y las sabias enseñanzas de los adorables abuelos, con las veladas mágicas de cuentos, jamás había imaginado el mundo que la ciudad, las lecturas y la escuela estaban desplegando poco a poco ante mí.

A pesar del mal sabor de boca y el sentimiento de rebeldía que me dejaba la lectura de algunos libros anteriormente mencionados, también descubrí otro tipo de literatura, más optimista, conciliadora, humanista y tolerante. Antoine de Saint-Exupéry y su *Terre des hommes*, donde el humanismo universal y generoso lleva al protagonista a hermanarse con el otro, por muy diferente que sea, me reconcilió con la cultura occidental. Como la lectura de un libro siempre me llevaba a otro, pude descubrir que Saint-Exupéry también era autor de un libro mágico que había hecho volar la imaginación de generaciones enteras de europeos; me refiero a *El Principito*, con cuyo protagonista conecté de entrada, por su ternura y su imaginación desbordante. Debo confesar que vuelvo a leer estos dos libros y me reafirmo en la convicción de que a las personas mayores a veces nos cuesta entender a los niños, porque ellos son unos genios y son sabios.

Mi afán por saber más sobre la cultura occidental, a la que a veces aborrecía por la historia reciente de mi continente, pero que siempre me fascinaba por su literatura, me llevó a abonarme a las bibliotecas de los dos únicos centros culturales que existían en la capital: el Centro Cultural Francés y el Centro Cultural Americano. Al primero acudía una vez a la semana a ver los vídeos de los grandes músicos jamaicanos como Bob Marley and The Wailers, Peter Tosh, Jimmy Cliff, todos ellos en concierto o dando entrevistas incendiarias en las que clamaban por el vínculo o incluso por el retorno a África. Ahí estaban, en una pantalla grande, mis ídolos musicales, políticos y espirituales, aquellos mismos que se habían convertido en la voz de la conciencia negra, por lo menos para



los jóvenes de mi edad; sus discursos no hacían más que agudizar mi conciencia crítica respecto a la historia de África. Me imagino que al proyectar ese tipo de videos con contenido político, los responsables del Centro Cultural Francés eran conscientes del impacto que podían producir en nosotros. Pero entonces, ¿por qué los proyectaban? ¿Qué buscaban al ofrecernos la oportunidad de ver videos que de otra manera nunca veríamos? Nunca, ni siquiera de adulto, encontré respuesta a estas inquietudes.

Los franceses no facilitaban el préstamo de libros a domicilio y había que leerlos in situ. Todo mi tiempo de ocio transcurría entre los dos centros culturales, leyendo libros y viendo videos. En el Centro Cultural Americano, las películas que se proyectaban eran de otro tipo; su contenido giraba casi siempre en torno al proyecto estrella del presidente Ronald Reagan: la "guerra de las galaxias". Por rebeldía frente a todo lo que representaba el poder militar occidental, yo sentía simpatía por el régimen soviético, del que, debido al control político, sólo nos llegaban leyendas. Por ejemplo nos contaban que en el sistema soviético no existía la propiedad privada, que todo era de todos, que no existían ni ricos ni pobres. Era tan férreo este control, que la propia embajada de la U.R.S.S. era un lugar prohibido para los cameruneses. Aquellos que eran sorprendidos en conversaciones de cualquier tipo con los rusos tenían que dar explicaciones bajo tortura en las dependencias de los Servicios Secretos. La muralla que rodeaba la representación diplomática soviética era tan alta que era imposible ver desde fuera lo que ocurría dentro. Todo esto contribuía a reforzar la sensación de que el imperio soviético era cerrado, opaco y por tanto, malo. A los diecisiete años, a uno le suele atraer precisamente todo lo malo y prohibido. Muchos jóvenes de mi generación nos sentíamos comunistas por simpatía con el mundo soviético.

A diferencia de los franceses, los americanos sí nos ofrecían la posibilidad del préstamo a domicilio, aunque en su biblioteca nunca encontré libros de mi interés.

A esas alturas de mi formación académica e ideológica, yo estaba muy alejado de la oralidad que, bajo la dirección iluminada de mi progenitor, me



habían inculcado los mayores de mi pueblo natal. Había transitado de la influencia de una tradición marcada por la oralidad más primaria hasta la literatura universalmente conocida. Casi nada tenían que ver las novelas de Kafka y Saint-Exupéry, o la poesía de Racine y Vigny, con los cuentos y fábulas que habían marcado mi infancia. El tránsito de la oralidad a la escritura lo había realizado de manera casi inconsciente y natural.

Cuando en 1985 ingresé en la Universidad de Yaundé, mi bagaje literario se había enriquecido notablemente con las lecturas más variadas: desde la literatura africana de la liberación hasta el absurdo kafkiano, desde las fábulas más edificantes al humanismo generoso de Saint-Exupéry. Mi formación en las instituciones tradicionales de mi pueblo, unida a mis lecturas académicas y personales, me predestinaba al estudio de las letras. Además, mi decisión de elegir los estudios de Filología Hispánica determinó todo lo que, muchos años después, ocurriría en el proceso de construcción de mi identidad cultural.

A lo largo de la carrera, además de la lectura de los grandes escritores españoles, desde el Siglo de Oro hasta la Generación poética del 27, pasando por la Generación del 98, lo más destacable fue mi acercamiento a la literatura hispanoamericana. Desde mis primeras lecturas del indigenista José María Arguedas, supe que un vínculo fuerte —tal vez ciertas similitudes en los procesos históricos y culturales— unía a la literatura africana con la del otro lado del Atlántico.

Al licenciarme en Filología Hispánica, se me ofrecieron dos opciones: ingresar en la Escuela Nacional de Traductores e Intérpretes, cuya oposición acababa de superar con éxito, o marcharme a España, cuya Cooperación Oficial me acababa de conceder una beca para realizar el tercer ciclo. La primera opción garantizaba una salida laboral digna, pues los diplomados de esa Escuela eran directamente contratados por la Administración del Estado. La segunda opción era tentadora, pero no dejaba de ser una aventura emocionante cuyo desenlace no se podía predecir.

Mi familia estuvo dividida al respecto. La inmensa mayoría se pronunció a favor de mi incorporación en la Escuela de Traductores, pues a los tres años yo me convertiría en un alto funcionario del Estado. La liber-



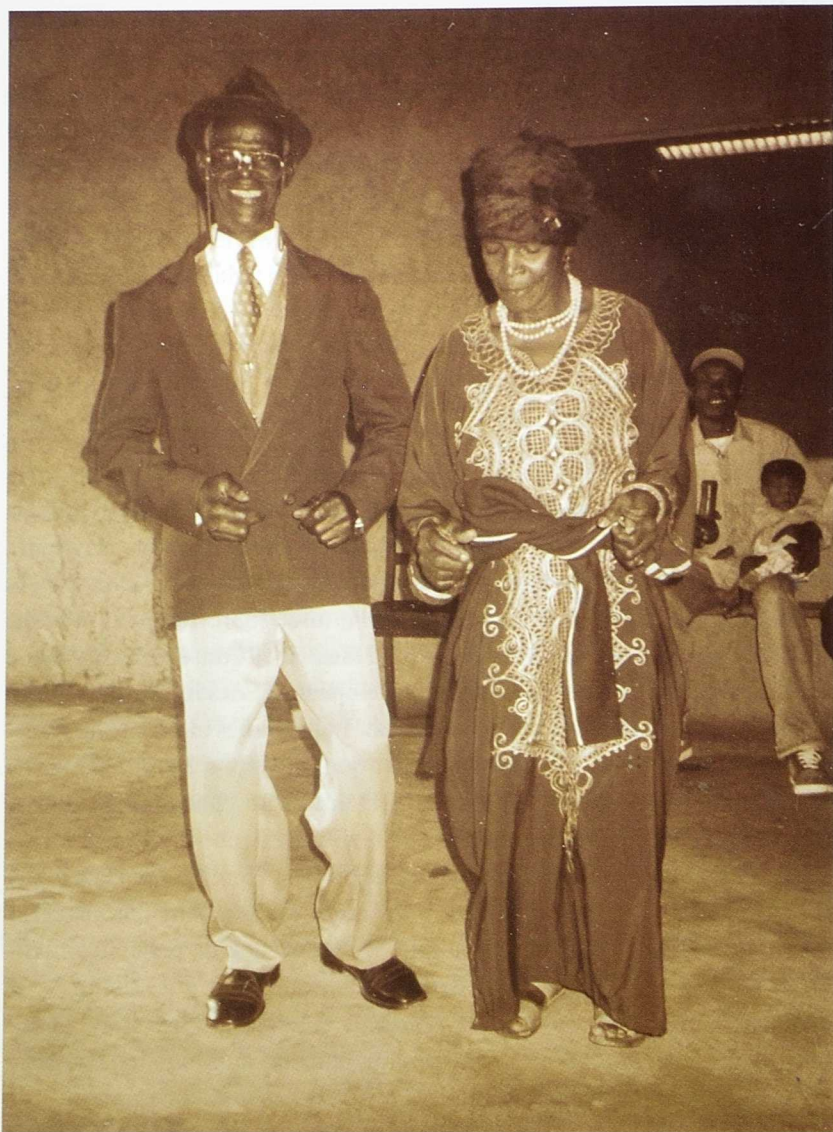
tad individual para elegir el propio destino es algo que no existe en las culturas africanas. El clan, la familia, el grupo, siempre tiene la última palabra en la vida privada del individuo. Aquel miembro de la sociedad que elige su destino individual, sin contar con la aprobación explícita o implícita del grupo, corre el riesgo de convertirse en una especie de *paria*. Y si el grupo rechaza al individuo, éste se puede considerar civilmente muerto, porque sólo existe en función de aquél. Yo tenía veintidós años, edad suficiente para tomar mis propias decisiones sin consultar con mi familia; la mayoría de mis hermanos más jóvenes ya estaban casados y habían formado sus propias familias, y aunque personalmente me inclinaba por el viaje a España, no me sentía libre para tomar unilateralmente una decisión de tanta trascendencia. En la larga historia del clan de los Ofogo, por primera vez uno de sus miembros tenía la oportunidad de trasladarse a otro continente, no en un viaje de ida y vuelta, sino para una larga temporada que suponía al menos cinco interminables años. Semejante viaje tenía muchas implicaciones simbólicas y prácticas, tanto a nivel personal como a nivel familiar. Por ejemplo, en la familia eran muchos los que sospechaban que ese viaje a Europa supondría la ruptura con un orden establecido, con una larga tradición, el inicio de algo nuevo que, a los ojos de muchos, tendría consecuencias inciertas. Y la incertidumbre de cara al futuro atenazaba a mi familia entera.

Todos los hijos, sobrinos, y demás descendientes del patriarca Ofogo habían vivido según manda la tradición, y se habían casado con mujeres de la tribu de los Yambassa. Y yo ya tenía suficiente edad para casarme. Por tanto, muchos familiares veían mi viaje a Europa como una huida de mis responsabilidades de perpetuar nuestros genes, a la vez que una pérdida simbólica, una especie de duelo. Flotaba en el ambiente la sensación de que en el contacto con la cultura occidental, dejaría de pensar y actuar conforme a las enseñanzas que me prodigaron los abuelos de la tribu; los más pesimistas —que en estos casos suelen ser los familiares más alejados— tenían incluso miedo a que mi estancia en Europa terminase en un matrimonio con una mujer europea; y este es el principal miedo histórico de todas las familias africanas que mandan a un hijo o una hija a estudiar a Europa; por desgracia, la historia de las relaciones entre África y Europa nos ha enseñado a desconfiar.



Más tarde, descubrí que ese mismo temor que coarta a las familias africanas frente al matrimonio con los europeos, también atenaza a las familias europeas. Se trata pues, de un miedo recíproco, miedo a lo desconocido, miedo al otro, miedo al mestizaje, miedo a perder nuestra esencia, nuestra supuesta pureza racial y cultural. En el fondo, es temor a mirar al otro a los ojos como si de un espejo se tratara y reconocernos a través de él, descubrir que no somos tan distintos. El miedo es el principal obstáculo para los cambios sociales. Pero en todas las culturas y en todas las sociedades siempre surgen agentes de cambio, verdaderos revolucionarios que se atreven a desafiar el miedo, dan el paso y hacen ver a los demás miembros del grupo que el otro no es un ogro, sino simplemente alguien diferente con el que es posible dialogar, relacionarse, convivir, e incluso enriquecerse.

Mi padre es uno de estos agentes de cambio, visionario y a la vez hijo de su tiempo, pero con la mirada puesta en el futuro. Él era consciente de que mi alejamiento del país echaba por tierra todos los nobles y legítimos planes que él tenía respecto a mi futuro, sobre todo en relación con la posible asunción de responsabilidades en el Consejo de Ancianos o en la familia. No en vano se había empeñado, desde mi más tierna infancia, en inculcarme los valores más importantes de nuestra tradición. En su fuero interno, él debía saber que mi viaje a Europa me cambiaría por dentro, que lo que él me había enseñado chocaría con la cultura europea; mi padre sospechaba que a mi vuelta, no vería nuestra realidad tradicional con la misma mirada que antes. Por experiencia propia, mi padre sabía que los africanos y los europeos tenemos dos maneras distintas de pensar y de ver el mundo. Recuerdo que de pequeño, cuando él se ponía nostálgico, nos contaba una anécdota que, según él, le demostró que los europeos y los africanos tenemos valores muy distintos. Según nos contaba mi padre, una mañana de domingo, en un gesto de hospitalidad propia de las culturas africanas, acudió a casa de su jefe, un joven colono francés recién llegado a África, para regalarle una cesta de huevos frescos. Al recibir la cesta repleta de huevos, su jefe, incrédulo, le preguntó:



Mientras yo preparaba inquieto e inseguro las maletas, desconcertado por no saber qué se podría necesitar para un viaje a Europa, mis hermanos, primos, tíos y padres bebieron, comieron y bailaron desenfrenados hasta el amanecer.



—¿Todos estos huevos gratis?

Mi padre le contestó:

—¡Sí, patrón, es un regalo de mi parte! Desde que usted llegó a nuestro país, hace casi tres meses, no le he hecho ningún regalo. Nosotros siempre agasajamos a los forasteros con regalos, comida o con una buena fiesta. Estos huevos son para compartir en el desayuno de los domingos con su familia y sus amigos griegos, porque yo sé que el desayuno de los domingos es la única ocasión en la que usted se reúne con sus amigos griegos.

Según el relato gráfico de mi padre, su jefe entró corriendo a su habitación, de la que salió unos instantes después con una moneda de diez francos; al entregársela a mi padre, y sin dejarle opción de rechazarla, le susurró al oído:

—¡No puedo aceptar gratis tantos huevos! ¡Los huevos cuestan muy caros en el mercado! Con este dinero te comprarás lo que quieras en el próximo mercado.

Este pequeño incidente dominical con un colono francés debió convencerle para siempre de que los europeos odian que les regales cosas sin esperar nada a cambio.

Por encima de las pequeñas diferencias que nos separan, y regalos aparte, mi padre era consciente de que las posibilidades de regresar a Camerún con una esposa blanca eran muy altas, porque yo tenía edad para casarme y mi estancia en Europa no duraría menos de cinco años. Y esto no era un asunto menor; la mayoría de las familias africanas no están dispuestas a transigir sobre los gustos matrimoniales de sus hijos, y siempre intentarán imponer sus criterios, casi siempre basados en el clan o la tribu. También en ese terreno, la libertad individual brilla por su ausencia.

Mi padre era consciente del desafío que representaba mi viaje a Europa, pero también intuía los beneficios de todo tipo que, para la familia, generaría un hijo que hubiera vivido y estudiado en Europa. El mayor de estos beneficios era, sin duda alguna, el prestigio. Mi padre quería convertirse en el primer padre de Omassa en mandar a un hijo a estudiar



a Europa. Por eso puso en una balanza los argumentos a favor y en contra, y se pronunció a favor de mi viaje a España con este pensamiento entre resignado y pragmático:

—Aunque decidas volver con una mujer europea, no pasará nada. Lo más importante de una mujer es que sea hermosa, inteligente y que os entendáis bien entre vosotros. Da igual la raza o la cultura a la que pertenezca. Esto sí, has de saber que a tu vuelta, algunos estaremos muertos y, si tienes suerte, encontrarás a algunos vivos. Esta es la ley de la vida, y por tu propio bien, olvídate de los que quedamos atrás mientras estés ahí. Concéntrate en tus estudios. Serán más importantes que todo lo que dejas aquí en tu país.

Una vez más mi padre, el hombre más viejo de la familia, se revelaba como el más vanguardista y clarividente. Yo me disponía pues, a emprender un nuevo viaje en busca del saber. Toda mi vida había sido marcada por las continuas migraciones para aprender algo. De pequeño, acompañaba a mi padre a las ceremonias rituales que se celebraban a decenas de kilómetros de distancia. Ahí, en la “escuela de los sabios” aprendí las lecciones tradicionales de los abuelos. Luego, me matriculó en una escuela primaria a seis kilómetros de casa a la que, durante seis años, acudí diariamente para recibir las lecciones de M. Kiki. A los doce años, ingresé en el Colegio Champagnat de los Hermanos Maristas, a siete kilómetros de mi pueblo. A los dieciséis años, me tuve que trasladar a la capital, a ciento veinte kilómetros de mi aldea, trampolín desde el que me disponía a dar el salto al vacío, es decir, a Europa. El viaje a Europa sí que me parecía una verdadera aventura.

Las únicas referencias que tenía de ese continente, las había sacado de las lecturas, de las películas y de los estudios. No conocía a nadie a quien recurrir en caso de necesidad, ni sabía cuál era el modo de vida, cómo había que proceder para hacerse amigos, ni tampoco tenía idea de cómo eran las relaciones entre hombres y mujeres. Con todas estas dudas pero con la maleta llena de sueños, me disponía a emprender mi aventura iniciática más lejana.

Convencida del momento histórico que significaba mi viaje, toda la familia, con mi padre al frente, se reunió la víspera en la capital para



celebrar una despedida que, como la mayoría de los acontecimientos diarios de los pueblos africanos, se acabó convirtiendo en una macrofiesta que se alargó hasta el amanecer. Mientras yo preparaba inquieto e inseguro las maletas, desconcertado por no saber qué se podría necesitar para un viaje a Europa, mis hermanos, primos, tíos y padres bebieron, comieron y bailaron desenfrenados hasta el amanecer. La ocasión lo merecía. No existían antecedentes familiares de una despedida tan importante como la que se había organizado en mi honor. A mí, en realidad, todos estos festejos lo único que consiguieron fue cargarme de más responsabilidad. Significaban que mi familia tenía depositadas muchas expectativas en mí, y que no tendría justificación alguna la posibilidad de defraudarla.

La despedida en el aeropuerto confirmó mi presentimiento; lejos de ser triste como cabría esperar en esas ocasiones se convirtió en otra fiesta, pues la mayoría de mis familiares estaban viendo de cerca un avión por primera vez. Otros nunca habían pisado el aeropuerto y se sentían orgullosos de saber que yo, su hermano, primo o hijo, viajaría dentro de esa nave de la Cameroon Airlines que estaba estacionada frente al hall principal. En aquellos tiempos, el aeropuerto de Yaundé era tan pequeño que se accedía al avión directamente por la pista. Las despedidas eran más cálidas, puesto que los familiares más directos tenían la oportunidad de despedir al viajero justo al pie del avión.

Viajé con un compañero de universidad, oriundo de otra aldea cercana a Yaundé como la mía, al que el mérito personal había agraciado con una beca de estudios. A mi llegada a Madrid el 22 de septiembre de 1988 a las tres de la tarde, en señal de bienvenida, tuve la primera fuerte contrariedad de mi aventura europea. Yo venía preparado y vestido para afrontar el duro y frío clima europeo. Nada más pisar la Puerta del Sol, a la que nos llevó un bondadoso taxista madrileño, descubrí que la temperatura era bastante más alta que la que yo había dejado en las verdes colinas de Yaundé. Ante nuestro desconcierto, el taxista nos condujo a un hostel cercano llamado "Soledad". En aquellos tiempos, había taxis y gente amable en Madrid.



El Hostal Soledad estaba situado entre la Puerta del Sol y la Plaza Mayor. Yo no sé los motivos por los que el taxista eligió ese hostel, cuyo nombre nos pareció creado especialmente para gente de nuestra condición y que parecía una premonición de lo que nos ocurriría después. Nuestro capital conjunto no sumaba más de cuarenta mil pesetas, con las que esperábamos sobrevivir hasta el pago de la primera mensualidad de la beca, quince días más tarde. Cada noche de hostel en nuestra habitación compartida nos costaba tres mil pesetas. Y a la hora de comer, siempre nos dirigíamos a uno de los numerosos restaurantes que pueblan el Madrid de los Austrias. Nuestra ingenuidad y falta de experiencia nos llevaban a suponer que en los restaurantes europeos era obligatorio sentarse y comer como Dios manda: es decir, un primero, un segundo y el postre. De esta manera, nunca conseguimos comer por menos de dos mil pesetas, ni siquiera cuando decidimos no entrar sino en aquellos restaurantes que tenían un aspecto más descuidado y aparentemente barato. Nadie nos habló de las suculentas tapas o de la posibilidad de comprar un simple bocadillo. En una palabra, tras siete días de estancia en el Hostal Soledad, y comiendo todos los días a cuerpo de rey en los restaurantes para turistas, nuestro exiguo capital se había evaporado, y aún nos faltaban otros siete días para cobrar la beca. En ese momento de penuria y de soledad, empecé a darme cuenta de que había hecho mal mis maletas desde Camerún. Por ejemplo, me di cuenta de que me sobraban los dos tomos de una edición barata de *El Quijote* que había comprado en Yaundé, porque formaban parte de las lecturas obligatorias de la carrera. Tras un breve paseo por las calles del centro de Madrid, pude comprobar que abundaban las librerías en cuyas vitrinas se veían múltiples ediciones de *El Quijote*. En cambio, empecé a arrepentirme de no haber echado en la maleta aquel *nam ngon*⁷ que con tanto amor, a fuego lento, había cocinado mi madre. También echaba de menos mi abundante colección de cintas de música africana, comprada durante mis seis años de estancia en

⁷ El *nam ngon* es un pastel salado hecho a base de pipas de calabaza, con carne o pescado ahumado, todo envuelto en hojas de plátano, cocido y luego dorado a la brasa durante una noche entera. Aunque es típico de las regiones centro y sur de Camerún, hoy se ha convertido en uno de los platos más representativos de toda la gastronomía camerunesa. Tradicionalmente, las madres lo solían preparar a los hijos o maridos que emprendían un largo viaje.



la capital. Por encima de todo, añoraba mi colección completa de Dina Bell, para mí el mejor exponente del *makossa*⁸ más auténtico. Todo esto constituía el precioso capital sentimental que había quedado atrás. Las dos cosas que más añoramos cuando estamos lejos de nuestra tierra, tienen que ver con los sentidos; son, sin duda alguna, la comida y la música.

Tras la superación de aquellos episodios iniciales de intendencia, empezaron los años de la terrible soledad universitaria. En primer lugar, llegó el invierno. Yo compartía un piso estrecho con otros dos compatriotas en el barrio madrileño de Delicias. Sólo disponíamos de una estufa de butano para calentarnos por turnos. Todas las mañanas, en la radio, informaban de la temperatura de la ciudad: tres grados, cero grados. Yo era incapaz de imaginarme qué sensación provocaba una temperatura tan baja. La temperatura más baja que se había registrado en el microclima de Yaundé era de veinte grados. Era tal la sensación de frío en nuestra vivienda que a veces ni tenía ganas de pisar la calle. La mañana que anunciaron que había nevado, me aventuré a salir a la calle con la intención de descubrir qué aspecto tenía la nieve, y ese día descubrí que la sensación de frío era mayor en casa que en la calle. Desde aquel día, no volví a saltarme las clases por miedo al frío.

Mis primeros años de universidad fueron marcados por la terrible soledad. La mayoría de los compañeros habían estudiado en los mismos colegios, y formaban círculos cerrados de amigos en los que era casi imposible entrar. En aquellos años, tenía un sueño recurrente con aquel maestro de primaria, Monsieur Kiki, que tanto me influyó en *l'École Publique de Baliama*. Estos sueños representaban para mí una manera de replegarme sobre mí mismo, y de refugiarme en los recuerdos de infancia. Era tal la necesidad de relacionarme con personas autóctonas, que al cabo de un año acabé en las garras de un grupo de carácter religioso ultra conservador. Un día, mientras estaba en el aula esperando la llegada del profesor de Historia de la Lengua, se acercó una compañera de clase a saludarme; me preguntó si era de Guinea Ecuatorial. Le contesté:

⁸ El *makossa* es el ritmo tradicional de los pueblos de la Costa de Camerún, que hoy se ha convertido en uno de los ritmos más modernos de África, en parte gracias a la figura internacional de Manu Dibango.



—No, yo soy de Camerún, justo al norte de Guinea Ecuatorial, pero somos bastante parecidos, salvo en la cuestión de los idiomas oficiales.

—Mi novio y yo estuvimos en Guinea Ecuatorial el año pasado, de cooperantes —me contestó mi hábil compañera, como queriendo dejar claro que ella tenía novio—. Tenemos un grupo de amigos de la universidad que se reúne los miércoles por la tarde. El próximo verano haremos el Camino de Santiago, y lo estamos preparando. ¿Te gustaría venir con nosotros?

Por mis lecturas, sabía de la existencia e importancia cultural e histórica del Camino de Santiago. Sabía de manera superficial que se trataba de un itinerario que, en tiempos remotos, había recorrido mucha gente de toda Europa hasta Santiago de Compostela. La invitación para recorrer ese camino en compañía de un grupo de estudiantes de mi propia universidad me brindaba algo con lo que yo había soñado desde que llegué a España: relacionarme con gente de mi edad y condición.

—¡Claro que sí!, —contesté yo, procurando que no se notara mi exceso de entusiasmo.

El miércoles siguiente, llegué puntual al lugar del encuentro, un aula del edificio B de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Poco a poco fueron incorporándose a la reunión jóvenes estudiantes de ambos sexos, aparentemente de distintas facultades. Empezó la reunión bajo la dirección de una tal Guadalupe que mantuvo, con mucha seguridad, un discurso impenetrable para mis intereses: habló de valores espirituales, de la importancia de asistir a la sacristía, de la Escuela de Comunidad, etc... Tras una hora de debates en los que se subrayó unánimemente la importancia histórica del encuentro del Papa Juan Pablo II con la juventud mundial⁹, además en un lugar tan insigne como Santiago de Compostela, tomó la palabra un joven estudiante con estética "scout", para explicarnos paso a paso los detalles prácticos del camino.

⁹ En julio de 1989, el Papa Juan Pablo II celebró en el Monte do Gozo, a las afueras de Santiago de Compostela, un multitudinario encuentro con la juventud mundial. Según estimaciones de los organizadores, acudieron más de quinientos mil jóvenes cristianos de los cinco continentes.



Esta segunda parte de la reunión respondía más a mis intereses y a mis expectativas. Se pasó una lista con todo el material que necesitaba un buen peregrino: una palangana, un chándal, zapatillas cómodas, una toalla, jabón, una Biblia, etc... Yo eché un vistazo rápido pero emocionado a la interminable lista que ocupaba folio y medio. Desde ese momento, a casi un mes del evento, la palabra "peregrino" entró a formar parte de mi realidad cotidiana y de mi vocabulario. Algunos compatriotas residentes en España han seguido llamándome durante muchos años, no sin cierta ironía, «peregrino», o «el hombre que saludó al Papa». Cuando yo vivía en Camerún, recuerdo que se hablaba del peregrinaje anual de los musulmanes cameruneses a la Meca durante la época del *Ramadán*, y el concepto de peregrinaje siempre lo había relacionado con el Islam. Además, aquellos musulmanes cameruneses que habían completado exitosamente el peregrinaje a la Meca disfrutaban de un estatus social, político y religioso privilegiado. Generalmente, la peregrinación a la Meca sólo la emprendían aquellos fieles cameruneses lo suficientemente ricos como para costearse un pasaje de avión y una estancia en los lugares santos del Islam, o aquellos que, a base de sacrificios, conseguían ahorrar toda la vida para cumplir con ese deber de todo buen musulmán.

Pero mi ilusión por recorrer el Camino de Santiago no tenía una motivación espiritual como la que movía a mis compañeros de la universidad; me había unido a ellos únicamente por interés sociocultural. Veía en el Camino la oportunidad de acercarme por fin a los jóvenes españoles, conocer de cerca a las chicas de mi universidad, en una palabra, socializarme. Yo iba al Camino de Santiago con espíritu aventurero... No en vano la distancia a recorrer en diez días era de trescientos kilómetros. Según mis cálculos ingenuos, yo tenía que ser muy torpe para que en diez días de camino en medio de las montañas de León y los bosques de Galicia no consiguiera conquistar a alguna muchacha del grupo. Me las prometía felices, cuando en el verano del 89 salí de mi casa con una enorme mochila en la espalda, cargado de ilusiones y de sueños, ante la admiración y la envidia de mis compañeros de piso.



Pero pronto los acontecimientos me demostraron que mis previsiones habían sido demasiado inocentes. El traslado de Madrid a Astorga se hizo de madrugada en un viejo tren alquilado a la RENFE por no sé quién; según me contaron los organizadores de mi grupo, el 8, el tren transportaba a unos ochocientos jóvenes peregrinos de distintos grupos, sólo de la Universidad Complutense. Antes de emprender la marcha desde Astorga, alguien desplegó una enorme pancarta en la que se podía leer: "COMUNIÓN Y LIBERACIÓN". También se sacó una enorme cruz de madera que medía casi dos metros, en la que estaba escrito en letras doradas: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*. Una compañera que actuaba de maestra de iniciación —ya que yo me sentía un verdadero neófito— me aseguró que esa cruz había sido bendecida por el mismísimo Papa Juan Pablo II para nosotros, y que cada miembro de nuestro grupo la llevaría durante un tramo del camino. Tras sólo un kilómetro andando, justo cuando estaba entablando mis primeras conversaciones con unas muchachas vistosas, la larga comitiva se detuvo de repente y un nuevo personaje, al que nunca había visto, entró en escena; subió a un montículo y, ante el silencio general, proclamó con tono solemne:

—Iniciaremos el Camino con una hora de silencio; cada uno se tiene que escuchar a sí mismo y preguntarse cuáles son los motivos que le han traído a esta peregrinación. Luego pararemos a las doce para la Eucaristía, antes de comer...

Estaba claro que ese personaje era el cura de nuestro grupo. Más tarde, mi tutora me informó de que se trataba del Sacristán de la Facultad de Filología, al tiempo que líder del movimiento "Comunión y Liberación", popularmente conocido como «CL», presente y muy activo en toda la Universidad Complutense. A esas alturas de mi aventura compostelana, estaba claro que yo me había equivocado de grupo. Aquella hora de silencio sinceramente me sobraba; no necesitaba hacer un examen de conciencia para saber los motivos que me habían llevado a recorrer el Camino; tenía claro, desde un principio, que eran motivos totalmente mundanos; por eso, esa hora de silencio me resultó interminable; incapaz de guardar silencio, me fui quedando cada vez más rezagado, en



busca de algún cómplice a quien confiarme, hasta que di con un joven peregrino navarro que, aunque formaba parte del grupo, estaba igual de contrariado que yo. Nos contamos mutuamente nuestra desilusión por estar metidos en un grupo tan religioso. Ambos coincidimos en que para nada nos movía la fe en ningún Dios. Como yo, mi amigo navarro había emprendido el camino con un propósito aventurero. Éramos muy distintos: yo venía del trópico y él de la fría Navarra; pero nos unía nuestro rechazo hacia los asuntos relacionados con la cristiandad.

Así transcurrieron los nueve primeros días de Camino, entre momentos de silencio, interminables oraciones y eucaristías diarias. Era tal la repetición de las mismas oraciones, vísperas, ángelus, padrenuestro, Dios te salve María, que aunque yo sólo movía los labios para no dar la nota, llegué a aprendérmelas todas de memoria. En cada eucaristía, mi amigo navarro y yo nos escapábamos a un bar cercano para beber y ahogar nuestras penas comunes. Tenía asignadas permanentemente a dos personas que, aunque intentaban disimularlo, tenían la misión de tutelar-me. El único momento en que despistaba a mis vigilantes era durante la Eucaristía, porque supongo que, en su lógica, era el único momento en el que quedaba fuera de toda sospecha. El resto del tiempo, tenía sensación de falta de libertad; cada vez que me acercaba a una chica para conversar, al minuto se presentaba inmediatamente alguno de los tutores. Era tal el ambiente de opresión que, a falta de un kilómetro para entrar triunfalmente en Santiago de Compostela, aproveché la oportunidad que me ofreció el creciente bullicio urbano para escaparme con un grupo de peregrinos agnósticos franceses. Con ese grupo viajé de vuelta a Madrid, frustrado en mis expectativas, pero feliz por haber conocido la Galicia más profunda y la bella ciudad de Santiago de Compostela. En nueve meses de estancia en España, ésa había sido mi primera salida de Madrid.

El incidente con CL me marcó para siempre. Nunca pude averiguar a ciencia cierta a qué tendencia, secta, o rama de la Iglesia Católica pertenecía ese movimiento ultra conservador que se atrevía a criticar hasta las homilias de Juan Pablo II. Desde aquel verano del 89, yo empecé a desconfiar de todos aquellos que se acercaban a mí para ofrecerme su



amistad, porque siempre sospechaba que querían venderme algo que no satisficiera mis intereses y, la verdad, mis sospechas eran casi siempre fundadas. Tuve, por ejemplo, distintos encontronazos con unos vecinos testigos de Jehová que quisieron evangelizarme, o con los mormones que con frecuencia recorrían el campus universitario en busca de jóvenes despistados para convertirlos en adeptos. También entré en contacto con un tal *Partido Humanista*, que de partido político no tenía casi nada. Por la desconfianza que arrastraba desde el episodio con CL, los fui rechazando sistemáticamente a todos.

En 1992, tras cuatro años de estancia en España, conocí a Paloma.

Paloma era una joven estudiante de quinto de Filología clásica. La conocí en el Colegio Mayor Nuestra Señora de África, que entonces era el epicentro de todos los movimientos culturales relacionados con África. Paloma era presidenta de la Asociación de Alumnos de su Facultad. Como buena estudiante de Filología Clásica, a Paloma le atraía la tradición oral, las leyendas y fábulas africanas.

—¿Puedes venir a contarnos unos cuentos africanos en la semana cultural de Filología Clásica?, —me preguntó.

—Bueno, me gustaría, —balbuceé. Lo que pasa es que nunca he contado cuentos africanos en español; de pequeño tenía costumbre de contar cuentos en las veladas en torno al fuego pero los contaba en mi lengua materna.

Lejos de desanimarla, mi respuesta no hizo más que despertar la curiosidad de mi interlocutora.

—¡Eres precisamente la persona que yo andaba buscando! Queremos a alguien que venga de la tradición oral, que no sea profesional, y que lo haga de manera natural.

—Pero es que hace más de diez años que no he vuelto a contar cuentos. Además no estoy seguro de hacerlo en un español fluido.

—No importa— me tranquilizó, asertiva, Paloma. Elige un cuento, te lo preparas, yo te ayudaré si me necesitas.



Esta vez, me había puesto un traje tradicional camerunés. Conté y triunfé con la fábula de la tortuga. No era consciente de que estaba abrazando mi futura profesión...





Fue así como Paloma consiguió embarcarme en una aventura que cambiaría para siempre mi vida.

El día del acto, me presenté en el Paraninfo de la Facultad de Filología vestido con pantalón blanco, camisa fucsia, y una chaqueta de lino príncipe de Gales. El salón estaba lleno a rebosar; delante un micrófono fijo conté la fábula de la tortuga que, más de veinte años antes, nos había contado por primera vez mi madre en una noche de luna llena. Por aquel cuento contado en la Universidad en 1992 percibí dos mil pesetas, muchos aplausos y un premio inesperado: el nacimiento de una profesión.

Al finalizar el acto en el Paraninfo, muchos fueron los que se acercaron para pedirme el teléfono; unos me aseguraban que tenían una hermana maestra de colegio a la que le podría interesar mi contacto, otros un amigo bibliotecario que organizaba sesiones de cuentos, etc... Como fruto de aquel cuento contado en el paraninfo, una semana después sonó mi teléfono:

—¿Eres Boniface Ofogo?

—¡Sí, soy yo mismo! ¿Quién pregunta por mí?

—Mira, me llamo Jorge Riobóo. Trabajo en Televisión Española. Me habló de ti una sobrina que estudia en la Universidad Complutense. Me ha dicho que cuentas muy bien los cuentos africanos. Resulta que la próxima semana, un grupito de amigos, amantes del libro infantil y juvenil, nos vamos a reunir para contar unos cuentos. Nos gustaría contar con tu participación.

—Pues, la verdad es que yo sólo he contado un cuento en España, en la Universidad —me disculpé; tengo más cuentos en mi repertorio, de los que aprendí de niño, pero necesitaría tiempo para prepararlos.

—No importa, —me tranquilizó Jorge Riobóo. Puedes contar el mismo que contaste en la universidad la semana pasada.

Cuando me presenté en Colegio Mayor Chaminade, lugar de reunión del “grupito de amigos del libro infantil y juvenil”, encontré el salón lleno, con un aforo de más de trescientas personas. Allí estaba la flor y nata



del naciente movimiento de cuentacuentos en Madrid: Ana García Castellano, Enrique Tapia, Magdalena Labarga, etc... También estaban muchas bibliotecarias, pioneras en España en la organización de sesiones de cuentacuentos: estaba Blanca Calvo, entonces directora de la Biblioteca Provincial de Guadalajara, organizadora del maratón de cuentacuentos más largo del mundo.

Esta vez, me había puesto un traje tradicional camerunés. Conté y triunfé con la fábula de la tortuga. No era consciente de que estaba abrazando mi futura profesión...

Reflexiones Capítulos 1 y 2

El valor de la oralidad,
de los cuentos y
de la palabra



La palabra oral frente a lo escrito

La palabra hablada convoca universalmente a la colectividad, mientras que la lectura de textos escritos es una aventura individual.

En una sociedad de tradición oral primaria como la africana, la palabra se transmite en grupo. Mientras que la lectura es un acto individual, íntimo, e incluso egoísta para las culturas africanas, tan acostumbradas a la vida comunitaria, la narración oral convoca a la comunidad entera a compartir la palabra y a ritualizarla¹. La oralidad, bajo su forma de cuentos narrados de viva voz, o bajo otras formas como las canciones populares, es capaz de crear, dinamizar, y fortalecer al grupo.

En la mayoría de las culturas antiguas, la narración oral de cuentos ha sido tradicionalmente una actividad familiar, reducida al hogar, en la que los miembros del clan se reunían en torno a un elemento simbólico o unificador, como el fuego o el árbol de la palabra. Esta vieja actividad, propia de la especie humana, contribuye a reforzar la pertenencia al grupo, a la vez que nos reafirma en nuestra condición de humanos como seres sociales. En otras culturas, igual de antiguas y también basadas en la oralidad como, por ejemplo, en el mundo árabe, esta actividad se ha

¹ Bien es cierto que algunos expertos en Animación a la lectura como Ana Padovani o la socióloga francesa Michèle Petit, en su *Elogio de la lectura*, relatan enriquecedoras experiencias de lecturas grupales entre colectivos de adultos de barrios marginales de Europa y América Latina, precisamente como método de fomento a la lectura, donde se combinan técnicas propias de la oralidad con la escritura. Pero en sí misma, la lectura es una aventura individual.



trasladado hasta los espacios públicos como las plazas y los mercados, con la finalidad idéntica de compartir en grupos más grandes las aventuras de los seres fantásticos, emocionarse con ellos y al mismo tiempo, con los miembros del propio grupo que escucha.

En Marrakech, existe una importante plaza, a la que deberíamos acudir para “iniciarnos” todos aquellos que nos queremos dedicar a este viejo oficio. En ella, cientos de personas de todas las edades y condición social se dan cita diariamente y de forma espontánea, para escuchar cuentos narrados por personas mayores, hábiles en el manejo de la palabra. Cualquiera oyente, incluso no perteneciente a la cultura árabe, quedará embaucado por la habilidad narrativa, la expresividad y las miradas del narrador, que nunca termina su historia, porque siempre quedan en suspenso, para que el público sienta la necesidad de volver al día siguiente para escuchar el final.

Se ha supuesto erróneamente que la escritura es una muestra de la evolución del ser humano camino del conocimiento. Pero desde el punto de vista de las formas del discurso, es difícil establecer la supremacía de la escritura sobre la oralidad.

La escritura posee ventajas para la fijación y el almacenamiento de textos, mientras que en la transmisión oral ésta recae exclusivamente en la capacidad de la memoria de los individuos, y en el vínculo intergeneracional. La transmisión escrita, dispone además de herramientas fiables y duraderas para la difusión de la información, como el libro. Pero ninguna forma de escritura sobreviviría sin el eficaz sustento de la oralidad. Ambas formas de expresión, la oralidad y la escritura, se retroalimentan mutuamente. No en vano uno de los lugares donde más se cultiva la oralidad en nuestros tiempos, es precisamente en las bibliotecas, es decir, en los templos de la «cultura escrita».

Algunos autores explican la prevalencia de la oralidad sobre la escritura en las culturas africanas, precisamente por las costumbres comunitarias de estas culturas, al margen del analfabetismo y de las dificultades que tienen para acceder al soporte libro. Según estos autores—entre ellos Leopold Sedar Senghor y el propio Jean-Paul Sartre— los africanos se



inclinan más por las actividades que convocan a la comunidad, en detrimento de aquellas que, como la lectura, son destinadas al goce individual. Por eso, conscientes de este "comunitarismo histórico", los poderes públicos africanos recurren con frecuencia a fórmulas de representación y de oralidad en espacios abiertos, para mandar distintos mensajes, por ejemplo en la lucha contra el SIDA.

Refiriéndose a las ventajas de la escucha en grupo, Ana Pelegrín acuña el acertadísimo concepto del «oído grupal»². Cada grupo, aunque compuesto por una multitud de individuos distintos entre sí, tiene colectivamente su peculiar forma de escuchar, sus reacciones grupales ante la emoción, el dolor, el miedo, etc. Por la fortaleza de este «oído grupal», por su capacidad de retroalimentación con el narrador, nunca es posible que el mismo cuento se desarrolle de la misma manera, ante dos grupos distintos.

Tras más de diez años contando cuentos a todo tipo de grupos —desde niños de preescolar hasta jóvenes universitarios, pasando por mujeres, ancianos, o colectivos marginados—, he llegado a la conclusión de que la narración oral de cuentos genera una fuerte corriente de simpatía, como la denomina Sara Bryant, y por consiguiente juega un papel de catarsis en la dinámica grupal y comunitaria. En múltiples ocasiones, he comprobado el poder de conquista de los cuentos, hasta en los grupos de adolescentes más indomables. Esto es así porque, aunque cada una de las personas que asiste a la función prefiere pensar, de forma egoísta, que el narrador se dirige particularmente a él, en el propio grupo se produce un efecto balsámico que se contagia de unos a otros.

El poder de retroalimentación entre público y narrador es un factor importante. Yo soy partidario de dirigirme siempre a los grupos formando un semicírculo, emulando las asambleas que los ancianos de mi aldea celebraban a la sombra del árbol de la palabra, o las veladas en torno al fuego. De este modo, se crean las condiciones necesarias para una retroalimentación visual y emocional, entre el narrador y el grupo, y entre los miembros del propio grupo. Mientras el narrador mantiene un contacto

² Ana Pelegrín.—"La aventura de oír. Cuentos y memorias de tradición oral".-Madrid: Editorial Cincel.- 1982.



visual con cada uno de los miembros del público, ellos a su vez tienen la posibilidad de ver reflejadas todas las emociones y sensaciones en las caras de sus compañeros de viaje.

Escuchar cuentos nos abre las puertas hacia un viaje interior, una mirada hacia nosotros mismos, nuestros miedos, debilidades, zonas sensibles, y también nos permite soñar.

En un acto celebrado en 2002, entre un centenar de mujeres del Centro de Día de Mujeres de Madrid cuyas problemáticas eran comunes –malos tratos, procesos desgarradores de separación, soledad–, y teniendo en cuenta el denominador común de esas mujeres, que era la falta de autoestima, confeccioné un repertorio coherente con las circunstancias del público. Todas las historias eran protagonizadas por mujeres, que sin llegar a ser heroínas, luchaban y al final conseguían vencer el orden establecido, dominado por el machismo atávico. La reacción final del grupo acabó superando ampliamente mis propias expectativas y las de los organizadores del evento. Muchas mujeres se sintieron reforzadas, expresaron su alivio por escuchar historias de las que las protagonistas eran mujeres, pidieron información sobre los sitios donde se contaban cuentos, confesaron que no eran conscientes de que los cuentos eran así, y hubo algunas que querían convertirse en «cuentacuentos»:

—Más de un hombre debería tomar nota de estos cuentos, —me aseguró una mujer absolutamente convencida del poder del género femenino. Escuchar cuentos a veces se convierte en una especie de masaje para el alma.

La narración oral de cuentos ofrece la ventaja de la inmediatez, de la casi interlocución, del «directo» en términos audiovisuales. El narrador de cuentos establece un diálogo con el público, éste tiene la posibilidad de participar, co-narrando la historia con aquél. No es posible conectar con el público de la narración oral si no estableces este diálogo con él. De ahí la diferencia con otras artes escénicas como el teatro³, donde no

³ El autor utiliza como referente de teatro, las fórmulas de teatro clásico. Si bien es cierto que en la actualidad existen modalidades de teatro más interactivo y directo que rompe con la división rígida entre espectadores y actores y actrices.



existe la posibilidad de interlocución entre el artista y el público. El público infantil, en especial, siente la necesidad de participar en la narración de la historia; aquel narrador que se niegue a darles la palabra a los niños y niñas, se arriesga a que la acaben tomando por las buenas o por las malas.

El narrador oral interpela al público, le habla de tú a tú, de corazón a corazón; hace que la palabra cobre vida y emotividad; improvisa, recoge el aliento y el estado de ánimo del público; a través de la narración oral de un cuento, ya sea literario o de tradición oral, siempre descubriremos el encanto y la personalidad del que lo está narrando, por el acento que le imprime a determinados aspectos de la historia. Ningún narrador cuenta el mismo cuento de la misma manera que otro narrador, porque siempre surgirán matices derivados de la sensibilidad, de la subjetividad de las percepciones, de las convicciones, de los valores, de los intereses personales e incluso de la ideología política. Cuando contamos una historia, estamos dando nuestra lectura de la misma. Quién cuenta un cuento primero tiene que hacerlo suyo, apropiárselo, «domesticarlo» e imprimirle sus emociones, sus propios sentimientos, para luego regalárselo al otro, al que lo escucha. Además de un oficio cada vez más digno y mejor remunerado, contar cuentos es, para mí y para mucha gente, un acto de generosidad. Y escucharlos un acto de complicidad.

Las otras formas de la oralidad, como los proverbios, adivinanzas, cantos, epopeyas, dichos, chascarrillos, rondallas, chistes, etc.... también necesitan de la participación de al menos dos personas para llevarse a cabo. La lectura, en cambio, se hace habitualmente en solitario.

Sara Bryant, excelente narradora oral con más de veinte años de experiencia contando historias en las escuelas americanas, encuentra en la narración oral ventajas fundamentalmente técnicas y lo expresa con brillantez en los siguientes términos:

“Con muy pocas excepciones, los niños prefieren la narración de un cuento a su lectura. Incluso una declamación o una representación no tienen para ellos el encanto que emana de una persona capaz de



contar cuentos... La principal diferencia, que comprende otras de menor importancia, estriba en el hecho de que el narrador es libre en su interpretación; el lector, en cambio, queda ligado: el libro en las manos o las palabras en la memoria, le traban. El narrador, por el contrario, no está limitado por nada, se levanta, se sienta, es libre de observar a su auditorio, de seguir el texto o de modificarlo, servirse de sus manos, de sus ojos, de su voz para mejor ayudar a su expresión. Incluso su espíritu es libre porque sus palabras fluyen sin forzarlas, según la intensidad con que haya asimilado el tema... Por estas razones, un cuento contado será mucho más espontáneo que uno leído, y, por consiguiente, la corriente de simpatía que se establece entre el narrador y el auditorio es mucho más rápida e intensa que cuando la letra impresa de un libro se interpone entre los dos⁴.

En las sociedades modernas, caracterizadas por la incomunicación, la soledad, la falta o pobreza de discurso y de diálogo, la palabra tiene un valor más crucial que nunca. Los narradores de cuentos y de otras formas de oralidad contribuyen, a un nivel micro, a cultivarla. Forman parte de esta cadena de transmisores a la que se refiere Ana Pelegrín:

“La palabra fundacional. El Verbo creador... Los cuentos transmiten una visión del mundo, un conocimiento primero, una forma cultural, una intención socializadora, que ha estallado y se ha desintegrado, como se ha desintegrado su misión en esta sociedad misil... La vida se ha atomizado, las estructuras familiares-sociales han cambiado, no hay porqué reunirse, no hay fuego donde congregarse. La voz mínima para el oído-grupo está liquidada; otros son los que poseen la palabra, controlan, manipulan y multiplican. Su poder no es ya crecer en el viento, sino dominar, o afincarse en los dominios precisos e indispensables de la tecnología. Sin embargo, la palabra antigua, conocimientos tan primarios, ¿no significan nada para las nuevas generaciones de esta galaxia cultural?”⁵

⁴ Sara Cone Bryant. -“El arte de contar cuentos”, 11ª edición, Barcelona: Hogar del Libro, 1992.

⁵ Ana Pelegrín, op.cit.



En la historia de las grandes civilizaciones antiguas y de los imperios dominantes, observamos precisamente que escuchar cuentos era la diversión predilecta en la vida diaria, tanto de reyes y emperadores como de los siervos. Las mil y una noches constituyen un ejemplo patente de que los cuentos también gustaban a los señores feudales, que estaban dispuestos a aplazar las tareas más urgentes como una ejecución, si alguien con mucha habilidad les entretenía con cuentos apasionados y truculentos.

Los cuentos y su función en el desarrollo cognitivo e intelectual

Según algunos estudios psicológicos, realizados por Bruno Betelheim y Milagros Gárate, entre otros, parece existir un amplio consenso sobre que la audición y lectura de cuentos contribuyen al desarrollo cognitivo e intelectual de los niños y niñas. Sostiene Betelheim que los cuentos pueden enriquecer la vida del niño:

“Para que una historia mantenga de verdad la atención, ha de divertirla y excitar su curiosidad. Pero para enriquecer su vida, ha de estimular su imaginación, ayudarla a desarrollar su intelecto y clarificar sus emociones; ha de estar de acuerdo con sus ansiedades y aspiraciones; hacerle reconocer plenamente sus dificultades, al mismo tiempo que le sugiere soluciones a los problemas que le inquietan. Resumiendo, debe estar relacionada con todos los aspectos de su personalidad al mismo tiempo...”⁶

Los cuentos refuerzan y estimulan la capacidad de imaginación de los niños y niñas, aspecto sumamente importante en su desarrollo personal y cognitivo. Los cuentos evocan imágenes a través de las palabras, y el niño convierte automáticamente dichas imágenes en realidades “subjetivas”.

⁶ Bruno Betelheim.- “Psicoanálisis de los cuentos de hadas”, 9ª edición, Barcelona, Crítica, 1988.



Los cuentos siguen una secuencia, una estructura lógica que ayuda al niño a ordenar sus ideas, y así, a ordenar su pensamiento. Según Ana Pelegrín, la necesidad de conquistar la realidad es la que lleva al niño a pedir siempre el mismo cuento, *“hasta que es comprendida en su interioridad, y lentamente retenida en su memoria”*⁷. *“Esa apetencia de la reiteración del cuento se emparenta con la necesidad de reiteración que tiene el niño, de conocer, reconocer, asegurarse, conquistar la realidad, crecer”*.

En el caso de los cuentos maravillosos, como los cuentos de hadas o las fábulas, el niño se siente reconfortado porque sabe anticipar el final, el personaje malvado nunca se sale con la suya. Desde un punto de vista psicológico, el niño aprende que lo lógico es que el bien acabe triunfando sobre el mal, y esto satisface su deseo natural de justicia. Muchos psicólogos defienden la idea de que los cuentos de miedo, contados con gran dosis de ternura y humor, ayudan precisamente al niño a exorcizar sus temores. Al identificarse con el protagonista doliente, el niño o la niña sentirá un alivio final si la historia termina bien, porque los personajes malos reciben el castigo merecido.

Los cuentos y su sentido antropológico

En África la palabra hablada tiene un papel casi sagrado. Se valora. Los ancianos de mi pueblo siguen conservando la costumbre de levantarse para tomar la palabra, porque saben que se trata de un acto ritual, y los rituales siempre van acompañados de solemnidad; al levantarse, ellos saben que de su boca sólo deben salir palabras muy pensadas, porque comprometen su honor. Un hombre tradicional africano sólo vale en función del respeto que da a sus palabras.

El acto de contar cuentos es un fenómeno comunitario que adquiere una categoría de ritual. Los seres humanos necesitamos actos rituales; por-

⁷ Ana Pelegrín, op.cit.



que a través de ellos, nos reafirmamos en nuestra condición de miembros pertenecientes a un mismo grupo, a una misma sociedad.

El momento más importante del día es precisamente el momento en el que tengo cita con el público, independientemente de las edades o condición social, para compartir con él mis historias favoritas. En compañía del público, realizo un ritual antiguo, emprendo una aventura comunitaria por los caminos de la imaginación. Juntos, el público y yo, rendimos un homenaje a nuestros antepasados, manteniendo viva la correa de transmisión que nos une a ellos. Contando las historias que ellos inventaron hace miles de años, les estamos diciendo: «vuestra memoria sigue viva y la transmitiremos a las futuras generaciones».

Por encima de todas las consideraciones, y desde el punto de vista antropológico, contar cuentos es importante porque mantiene viva la memoria colectiva de los pueblos del mundo. Los cuentos tradicionales forman parte de nuestro patrimonio inmaterial, que nosotros tenemos el deber de mantener vivo y transmitirlo a las jóvenes generaciones. La transcripción de estos cuentos, su recopilación o grabación en audio, por otra parte necesarias para protegernos de «las pérdidas de memoria colectiva», u «olvidos voluntarios», nunca podrán sustituir su narración, con toda la fuerza de la palabra y la riqueza individual que el narrador le imprime.

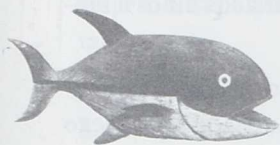
El narrador de cuentos forma parte de una cadena de transmisión que se remonta al origen mismo del ser humano, cuando por primera vez fue capaz de traducir sus pensamientos en palabras.



CAPÍTULO 3

“Boni, cuéntanos un cuento”





En los cuatro años que transcurrieron entre 1993 y 1997, mi nuevo oficio de cuentacuentos se fue consolidando.

En primer lugar, decidí profundizar en el estudio del cuento literario latinoamericano, desde el punto de vista teórico. La elección del curso monográfico «Teoría y práctica del cuento latinoamericano» me permitió abrir una gran ventana en un tipo de cuento en el que el realismo mágico, lo fantástico y lo social son constantes. Poco a poco, fui introduciéndome en el universo cultural latinoamericano que, desde el primer momento, ejercía sobre mí un sentimiento a caballo entre la familiaridad y la fascinación; no sólo leía sino que frecuentaba sus ambientes culturales de Madrid, como la Casa de América, o el Colegio Mayor Guadalupe. Esta inmersión cultural me permitió conocer personalmente a Bryce Echenique y Julio Ramón Ribeyro, que no dudaron en ayudarme con consejos y documentos, en mis investigaciones literarias.

En 1995 fui invitado a participar en el Maratón de Cuentos de Guadalajara, donde descubrí con asombro que ese movimiento era mucho más importante de lo que yo había imaginado. Ahí conocí a excelentes narradores españoles, pero lo más asombroso fue encontrar a cientos de personas sentadas durante horas, a veces de madrugada, dispuestas a escuchar todo tipo de cuentos, desde los más truculentos hasta los más inverosímiles.

Tras los momentos de euforia inicial, vino la travesía del desierto. Muchos amigos me sugirieron que me presentara en las bibliotecas públicas que organizaban sesiones de animación a la lectura. Pero a mí todos



estos conceptos como «animación a la lectura», o «narración oral» entonces me sonaban a chino. Hasta ese momento, no era consciente de que contar cuentos pudiera «fomentar la lectura» o empujar a los niños a lanzarse a devorar los libros.

Está comprobado que tras una sesión de cuentacuentos en una biblioteca, se prestan más libros que ningún otro día. Otra cosa es que luego estos libros sean leídos en casa.

Entre los profesionales del oficio, se ha mantenido en los últimos años un encendido debate acerca de si los cuentos, transmitidos de forma oral, fomentan o no la lectura, si pueden ser utilizados para otros fines que no sean simplemente el placer de escucharlos y la necesidad de fantasear y soñar inherente a nuestra especie.

Los colegios, las ONG y los sindicatos estaban empezando a considerar la actividad de cuentacuentos como una poderosa herramienta para transmitir mensajes y valores, o simplemente para amenizar sus actividades comunitarias o extraescolares. Las primeras entidades que recurrieron a mí fueron Intermón, Entrepueblos y sobre todo la CGT de Valladolid, en actos de defensa de la escuela pública. Durante tres años, fui el cuentacuentos de cabecera de estas entidades. Cada vez que se organizaba un acto público de sensibilización sobre África o sobre cualquier otro tema como el comercio justo o la inmigración, siempre recurrían a mí para reforzar el acto con cuentos africanos.

A fuerza de participar en eventos relacionados con la solidaridad, fui redescubriendo poco a poco el gran tesoro que encierran los cuentos. Tanto con los niños como con los adultos, descubrí que era más fácil transmitir un mensaje a través del cuento que a través de largas charlas o conferencias. Por sus características de género breve, conciso y denso, porque juega a la vez con la imaginación y la realidad, porque va directo al grano, sin rodeos, porque hunde sus raíces en el sustrato mismo del origen de nuestra especie humana, porque rescata nuestra memoria colectiva, y por miles de motivos todavía sin explorar, me he ido dando cuenta de que el cuento es una poderosa herramienta para trabajar valores que de otra manera sería muy difícil abordar. También, hoy descubro



que muchos de los valores éticos o morales que los abuelos pretendían transmitirnos, como el respeto a las personas mayores, la paciencia o el respeto a la palabra dada, estaban «ocultos» en los cuentos que nos contaban.

En las campañas de la ONG Intermón sobre África, en medio de actividades que hablaban de la cruda realidad de este continente, yo me limitaba a contar cuentos: relatos cortos de ficción, de hechos que nunca ocurrieron en la realidad. Según la evaluación que han hecho los propios organizadores de este tipo de actividades, a través de encuestas entre el público infantil, el hecho de escuchar cuentos de África suele ser la actividad que más les ayuda a acercarse y a concienciarse respecto a la realidad de ese continente. Los cuentos, como lo pude comprobar en muchas ocasiones, juegan con el imaginario, y despiertan nuestra conciencia individual y colectiva.

Pero los cuentos no sólo son interesantes para los niños; ni tampoco tienen siempre esta función didáctica o de sensibilización. Se trata de una forma de expresión artística que se puede aplicar a una variedad infinita de actos de la vida cotidiana. Algunos compañeros del oficio han sido invitados a actuar en reuniones de grandes empresas, en seminarios académicos, en congresos internacionales y en grandes convenciones.

En el año 2000, tras muchos años acudiendo a contar cuentos en la Biblioteca Municipal de Zamora, la bibliotecaria convenció a los políticos municipales de que ella conocía a una persona negra que podía hacer de Baltasar en la Cabalgata de Reyes de la ciudad. Una vez que los políticos estaban convencidos, fueron a buscar mi consentimiento. Lo máximo que había llegado a realizar en ese campo fue una mini cabalgata en tres pequeños pueblos de Valladolid, junto a dos maestros de la CGT.

—Tú hablas muy bien a los niños, —me decía Rufi, la bibliotecaria de Zamora. Tu tono de voz, la magia que transmites cuando les cuentas cuentos, estoy segura de que será una sensación, porque aquí nunca hubo un rey negro de verdad, y es importante que los niños te vean vestido de rey mago.



—¡No Rufi, es que estoy en Bilbao y quiero aprovechar estas vacaciones para descansar!

—El concejal dice que te manda un coche con chofer.

Fue así como me embarqué en la aventura más emocionante a la que me ha llevado mi profesión de cuentacuentos. Antes de la cabalgata propiamente dicha, tres horas antes, ya vestidos de reyes, subidos en coches de lujo y escoltados por la plana mayor del ayuntamiento, visitamos un hospital infantil, una residencia de ancianos y un centro de menores protegidos. Algunas abuelas octogenarias me gritaban:

—¡Tú eres mi rey! ¡Este año ha venido un negro de verdad!

La propia cabalgata duró dos horas; tiempo suficiente para que yo llegara a sentirme un auténtico rey. Era tal el fervor del público, tanto de los niños y niñas como de los adultos, que llegué a no sentir el frío siberiano de la capital zamorana. Luego llegó la entrega de regalos a los hijos e hijas del funcionariado municipal, y el hijo de la bibliotecaria, de nueve años de edad, le confesó a su madre:

—Mamá creo que los demás reyes no son de verdad. ¡Pero Baltasar sí!

Cuando todo el evento terminó, después de tantas emociones, al quitarme el atuendo real, y cruzar la plaza mayor de Zamora, nadie se percató de quién era yo; nadie me pidió una foto, ni un autógrafo; en ese momento en el que volví a caer en el anonimato más absoluto, me sentí un rey destronado. Por lo menos pude comprobar que la magia de los cuentos va en consonancia con la que viven millones de niños en la noche de reyes.

Si los cuentos me habían conducido hacia el mundo de las ONG, éstas acabaron conduciéndome a un mundo que hasta ese momento era totalmente desconocido para mí y para la mayoría de los agentes sociales españoles: la mediación intercultural. En 1995, bajo la dirección del antropólogo Carlos Giménez, se abrió en Madrid la primera escuela de mediadores interculturales en España: la EMSI (Escuela de Mediadores Sociales para la Inmigración). Por simple curiosidad, y animado por las lecciones recibidas de los abuelos de mi pueblo en cuanto a la utilidad



de la palabra para la resolución pacífica de conflictos, acudí a la sede de la EMSI para informarme en qué consistía ese invento de la mediación intercultural. Las explicaciones que me proporcionaron los responsables de formación me convencieron de que tenía habilidades necesarias y una predisposición cultural para ejercer ese nuevo oficio. Fue así como decidí compaginar el estudio de la mediación con el oficio de cuentacuentos, dos actividades humanas viejas como el mundo, pero absolutamente rompedoras en España. Ambas utilizan la palabra como principal herramienta.

La mediación intercultural y la narración oral son las dos actividades profesionales a las que me he dedicado en la última década. Ambas me han permitido, cada una desde su propia dinámica, ir al encuentro con el ser humano, descubrirle en sus angustias y desigualdades sociales, profundizar en las cosas que le unen con los demás, en el caso de la mediación, y explorar sus ansias de fantasía y su deseo de retornar a la infancia en el caso de la narración oral.

En mediación y gracias al poder de convicción que nos ofrece la palabra, tendemos un puente hacia las partes en conflicto, abrimos caminos y alternativas que puedan facilitar la resolución de sus diferencias. Con la palabra facilitamos la comunicación entre las partes, buscamos el acercamiento de sus posturas, poniendo de relieve los intereses comunes. La palabra es la herramienta con más poder de convicción con la que cuenta un mediador, y en general cualquier profesional de la comunicación.

La palabra sirve para limar asperezas entre las partes, para tender puentes, convertir en positivos los planteamientos y discursos negativos, reformulando los argumentos de unos y de otros. Por eso la habilidad principal que se requiere a un mediador es el buen manejo del discurso. Un buen mediador es aquel que tiene la capacidad de síntesis; su narrativa debe ser clara y comprensible para las partes; por esa razón debe manejar a la perfección las técnicas de la narración.

En el ámbito de la mediación social y comunitaria, la palabra construye itinerarios de diálogo y de acuerdos, permitiendo que las distintas comunidades y grupos sociales que conviven en un mismo espacio y tiempo, y



que en ocasiones ni siquiera tienen un conflicto, se conozcan, se valoren y trabajen codo con codo, a pesar de sus diferencias culturales, generacionales, sociales o ideológicas. En sí misma, más que un simple vehículo de los mensajes, la palabra es un elemento mediador, porque tiene la capacidad de unir a las personas (aunque también puede desunirlas).

En cuanto a la escucha, se trata de la técnica más imprescindible a la que siempre recurre el mediador para facilitar la comunicación entre las partes en conflicto. Si éstas no son capaces de escucharse de verdad, es decir de forma activa, respetando los turnos de palabra y haciendo un esfuerzo por oír, entender y asimilar el discurso del otro, y no sólo guardando silencio mientras se buscan argumentos para la réplica, el proceso de mediación está abocado al fracaso, y en estas circunstancias, es responsabilidad del mediador suspenderlo o aplazarlo hasta la definición de nuevas reglas de juego. Habitualmente, cuando un conflicto enfrenta dos partes, cada una de ellas se obsesiona por tener razón, por hacer oír sus argumentos, e incluso por imponerlos a la otra. Es frecuente olvidarse que el otro también tiene una sensibilidad, una posición, unos intereses y que en algún aspecto de la cuestión, puede estar en lo cierto. Es responsabilidad del mediador conseguir que las partes tomen conciencia del discurso del otro, ayudándolas a “escucharse” mutuamente. Una buena escucha en un proceso de mediación implica la necesidad de una retroalimentación circular, es decir: entre las partes, y entre el mediador y las partes.

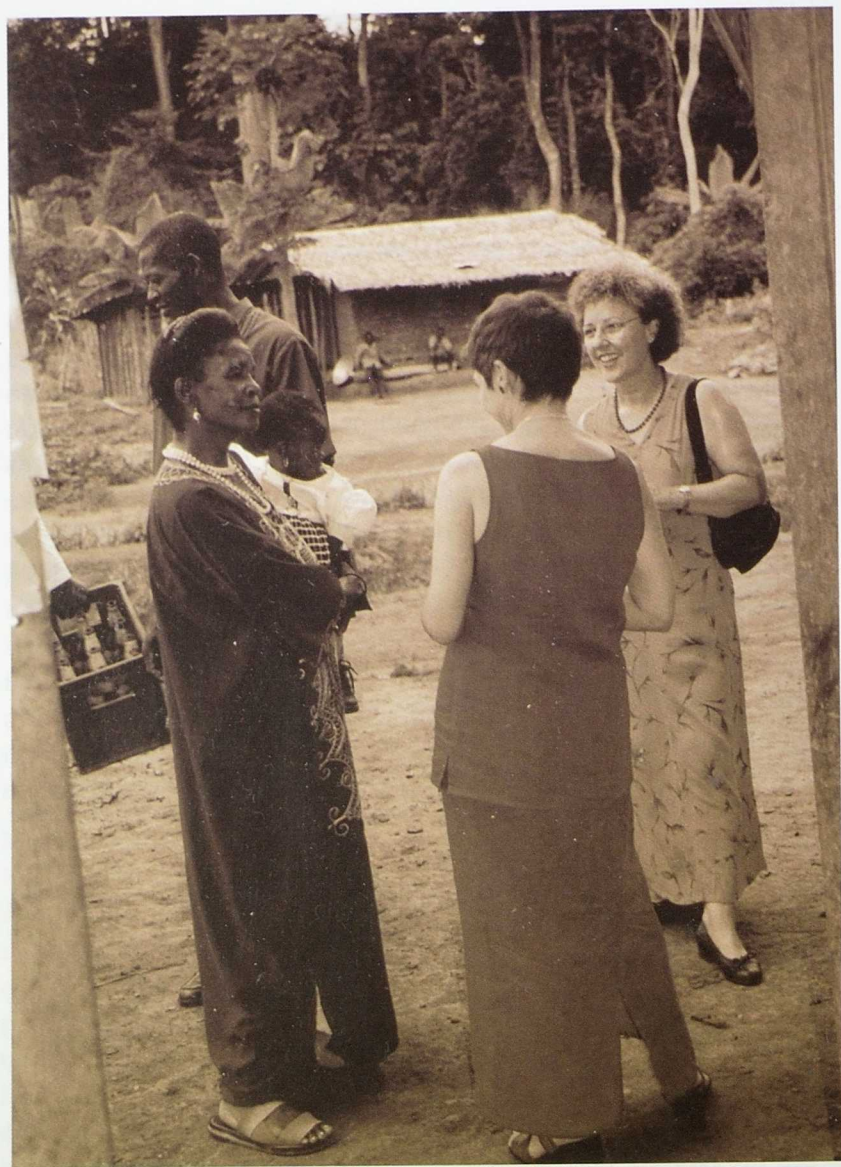
Mientras estuve realizando durante ocho años mi trabajo de mediador intercultural primero en el Ayuntamiento de Madrid y posteriormente en el de Móstoles, tuve el privilegio único de conocer, valorar, y aprender y compadecer con personas y colectivos sociales procedentes de ámbitos culturales muy dispares: desde el mundo árabe hasta la cultura china, pasando por los latinoamericanos y los propios subsaharianos. Las tremendas historias de vida y las truculentas crónicas de supervivencia que he escuchado de boca de sus propios protagonistas, los relatos desgarradores de sus periplos y peripecias en busca de un futuro mejor, junto con la ineficacia estructural de las administraciones para afrontar sus problemáticas, me han procurado abundante materia para desarrollar hacia



ellos una fuerte capacidad de empatía, y a través de ellos, hacia la propia condición humana. Con la mediación intercultural, mi cometido fundamental fue tender un puente entre personas, instituciones públicas, comunidades o colectivos sociales culturalmente diferenciados. El objetivo último de este puente era modificar la naturaleza y las reglas de las relaciones entre unos y otros, haciéndolas más igualitarias y justas.

La narración oral, por otra parte, y en mi modesta opinión, es la más propicia actividad humana para crear vínculos estrechos, o dicho en términos de Sara Bryant, crear una sólida “corriente de simpatía”. Mediante los cuentos seleccionados de mi amplio bagaje construido desde mi más tierna infancia, y enriquecido con la lectura, he logrado establecer una memorable corriente de simpatía en distintos países, y entre gentes de distintas edades y condición social. Dicha corriente de simpatía va más allá del ego de un humilde narrador; es la simpatía con África, un continente olvidado y castigado por la Historia. En una ocasión en la que me invitaron a contar cuentos en un Instituto de Enseñanza Secundaria de la provincia de Cáceres, el jefe de estudios me advirtió de la existencia de un núcleo duro de cabezas rapadas en el centro, que mantenían un discurso radical contra la inmigración y a favor de la superioridad de la raza blanca. A medida que los alumnos fueron entrando en el salón donde se realizaba la actividad, el precavido jefe de estudios se colocó a mi lado para ir señalándome con discreción los miembros de dicho movimiento, con el fin de que yo tratara de evitar cualquier incidente con ellos.

No sólo la sesión transcurrió sin incidentes, sino que se produjo una sorpresa agradable. Al finalizar la sesión, entre los alumnos y alumnas que se acercaron para pedirme mi dirección de correo electrónico, felicitar-me, o simplemente para agradecerme por los cuentos que les había narrado, figuraba el presunto cabecilla del tan temido movimiento de “los cabezas rapadas”: “¡Muchas gracias por los cuentos y te felicito por lo bien que los cuentas!”, me susurró casi al oído, mientras me tendía la mano para estrecharla. Parece que aquella sesión de cuentos sencillos pero que tocaban temas de su interés, había conseguido algo extraordinario: conquistar la amistad de aquel adolescente de dieciséis años.



El regreso a Camerún me ofrecía, además de la recogida del visado, la oportunidad del reencuentro con mis raíces, mi familia y amigos de infancia.



En paralelo con la vorágine en la que yo me había embarcado en España, en mi país natal, Camerún, se estaban viviendo años de turbulencias políticas. En toda el África Negra en general, en los años 90 se estaba produciendo lo que los analistas políticos denominaron «la *perestroika* africana». Empujados por poblaciones hambrientas y ansiosas de libertad, los regímenes políticos heredados de la colonización se habían visto obligados a legalizar a los partidos de la oposición. Después de más de tres décadas de gobiernos de partido único, estaban floreciendo centenares de partidos, algunos más atomizados que otros.

En el caso de Camerún, este proceso de reivindicaciones políticas se tradujo en una revuelta popular que paralizó el país durante casi dos años. El bloqueo de los grandes núcleos urbanos entre 1992 y 1994, que se llamó popularmente «operación ciudades muertas», convulsionó todos los sectores de la vida nacional: la economía, la política, la universidad, etc... Bajo la presión del Fondo Monetario Internacional, con la píldora amarga ideada para países pobres, tristemente conocida como «medidas de ajuste estructural», la moneda fue devaluada un cincuenta por ciento y los sueldos de los funcionarios bajaron otro tanto; la miseria que se apoderó de las clases populares aún sigue golpeando el país y se tardará años en superarla. Ni siquiera el pueblo tuvo el consuelo de conquistar la democracia tan añorada. El poder autocrático intentó convencer a las clases populares de que la mera existencia de muchos partidos políticos implicaba que se estaba viviendo en democracia. Pero no se cambiaron las reglas de juego. Detrás del manto del multipartidismo, se escondía en realidad un sistema de partido único, donde mandaba la élite política heredada de la colonización. El pueblo, pragmático, no se tragó ese cuento gubernamental; simplemente optó por aparcar momentáneamente sus anhelos democráticos, para dedicarse a cuestiones más urgentes, como la simple supervivencia, la lucha contra las enfermedades y la pobreza.

En estas circunstancias turbias, toda mi familia me recomendó no correr ningún riesgo. «Aquí ya no hay futuro, si vuelves ahora, te arrepentirás toda la vida», me amenazaban. Los funcionarios pasaban meses sin cobrar sus raquíuticos sueldos; los estudiantes recién graduados estaban



condenados al paro, a la venta ambulante o a la emigración. El sueño de emigrar que se apoderó de la juventud camerunesa en aquellas circunstancias ha ido aumentando año tras año. Hoy, la mayoría de los jóvenes urbanos siguen acariciando esta idea y pasan noches a la intemperie, frente a los consulados europeos, o simplemente emprenden, desesperados, el camino del desierto. Hace años que perdió toda vigencia el slogan post-colonial que aseguraba: *La escuela es la llave del éxito*. Afloraron los estafadores de todo tipo: nació el fenómeno conocido localmente como la «feymanía»¹. Los nuevos ricos cameruneses, como ocurre en España, no son precisamente personas distinguidas por su valor académico o profesional; mientras los intelectuales son marginados y condenados al ostracismo o al exilio forzoso, han surgido nuevas maneras de ganar dinero con facilidad sin el mínimo esfuerzo.

En mayo de 1997, tres meses antes del viaje exploratorio que tenía programado realizar a Camerún, fui interpelado en un tren TALGO Madrid-Valladolid-Gijón, por dos policías de inmigración que me pidieron la documentación. Mi tarjeta de estudiante había caducado tres años antes; el resguardo de solicitud de un permiso de trabajo que les presenté no era válido. Fui detenido y conducido a la Comisaría de Policía de Valladolid. En aquellos años, era conocido en toda la ciudad y la provincia de Valladolid. En menos de una hora, Teresa Yagüe, una profesora de francés y miembro de la CGT, coordinadora de un programa de ayuda a inmigrantes, consiguió movilizar a toda la ciudad; fueron presentándose en la comisaría los secretarios generales de Comisiones Obreras, de UGT, los responsables de las distintas Organizaciones No Gubernamentales con las que yo venía colaborando, todos ellos para exigir mi libertad. Al mismo tiempo, los colegios en los que ya había contado cuentos empezaron a reaccionar; al cabo de veinticuatro horas, el despacho del subdelegado del Gobierno, fue inundado por centenares de fax de alumnos y profesores de toda la provincia, algunos escritos de su puño y letra

¹ La feymanía es una forma de estafa que consiste en que el estafador, popularmente conocido como "feyman", convence a su víctima de que posee productos químicos que le permiten multiplicar el dinero. Como la primera prueba siempre es "concluyente", la víctima no duda en apostar todo su capital, cayendo así en la trampa.



por niños y niñas de seis o siete años, que decían «Boni, cuéntanos un cuento». Al día siguiente, la noticia apareció en el periódico El Norte de Castilla: «Boni, el cuentacuentos camerunés, detenido por la policía». Un grupo de niños del colegio público de Iscar, acompañado de sus maestros y padres, se manifestaron frente a la Delegación del Gobierno en Valladolid, con pancartas que rezaban: «Boni, nuestro amigo» o «Todos somos Boni».

Fue tal la presión popular que, en veinticuatro horas, al delegado del gobierno no le quedó más remedio que ponerme en libertad, con una obligación de abandonar el territorio español en quince días.

Era primavera de 1997. Lo primero que necesitaba era un visado para poder vivir y trabajar en España. Para ello, tenía que presentar en el Ministerio de Trabajo una oferta de empleo y regresar a Camerún para recoger el visado. Ésta era una lógica administrativa que ni yo, ni los alumnos que me interrogaban de forma empática, lográbamos entender. «Pero si ya estás aquí, ¿por qué tienes que volver a tu país para recoger el visado? ¿No te lo pueden dar aquí sin que tengas que viajar?», —me preguntó una alumna de instituto. Estaba claro que la burocracia era totalmente ajena a la profunda amistad que me unía con el mundo de los colegios y de las ONG. Pero hasta los acontecimientos más tristes de la vida tienen su lectura positiva; el regreso a Camerún me ofrecía, además de la recogida del visado, la oportunidad del reencuentro con mis raíces, mi familia y amigos de infancia. Hacía nueve años que me había marchado y el regreso a mi pueblo me ofrecía la oportunidad de recopilar nuevos y viejos cuentos y de volver a España con bases más sólidas. En una palabra, tenía que recibir la bendición de mis progenitores para esta nueva aventura y volver a emprender mi proceso migratorio. Nueve años antes, había salido de mi país con un proyecto académico; ahora tenía que empezar de nuevo con un proyecto laboral.

Al carecer de oferta de empleo por cuenta ajena, cosa que ocurre con frecuencia a muchos inmigrantes, decidí convertirme en mi propio empleador; elaboré un original, minucioso y voluminoso proyecto de autoempleo como cuentacuentos. Era la primera vez en España que un inmigrante pretendía regularizar su estancia con un proyecto de cuentacuentos;



en el libro de profesiones de la Seguridad Social y de Hacienda, no figuraba ninguna referencia a esta profesión; el único epígrafe que el funcionario de turno encontró cercano a la descripción que yo le había hecho, ponía literalmente: "recitadores, caricatos, charlatanes, excéntricos, y otros". En toda la Comunidad Autónoma de Madrid, no constaba que nadie estuviera dado de alta como autónomo de cuentacuentos, aunque ya había muchos profesionales que vivían del oficio. Al leer la memoria descriptiva de mi ambicioso y novedoso proyecto, los funcionarios del Ministerio del Trabajo se quedaron perplejos, y tras consultarse unos a otros, me preguntaron escépticos:

—¿Alguien puede ganarse la vida contando cuentos?

—¡Claro que sí! Yo llevo cinco años contando cuentos por toda España.

—Si nos traes cincuenta cartas de instituciones o empresas que se comprometan a contratarte como cuentacuentos, daremos luz verde a tu proyecto de autoempleo, —me aseguró el funcionario que me atendió.

En menos de una semana y con la ayuda de los sindicalistas de Valladolid, reuní más de doscientos compromisos de contratación de colegios, institutos, sindicatos, bibliotecas, casas de la cultura, bares, asociaciones de vecinos, particulares, etc... Incluso conseguí un escrito de adhesión a mi causa de la mismísima Cristina Almeida, entonces diputada de la coalición Izquierda Unida, que estaba de paso por la ciudad. Apuntalé el expediente con unos recortes de periódicos de tirada nacional, en los que hablaban de mis actuaciones en bibliotecas y colegios. Estaba seguro de que al Ministerio de Trabajo no le cabía más que una salida: autorizarme a ejercer legalmente el oficio que tanta pasión estaba despertando entre el público. Y no me equivocaba.

Ya estaba listo para realizar el viaje más emocionante de mi vida, para reencontrarme con los míos. Mi familia no me esperaba y por eso la alegría del reencuentro fue aún mayor. Todos mis hermanos se habían convertido en hombres y mujeres. A algunos ni siquiera les pude reconocer. Al explicarles que sólo había viajado para verlos y que tenía que regresar a España, mi madre me preguntó:



—¿Qué vas a hacer allí? ¿Tienes una mujer o un trabajo?

—Bueno, tengo un trabajo, —balbuceé.

—¿Eres profesor o funcionario? —prosiguió, ansiosa, mi madre.

—No. Cuento cuentos.

En ese momento intervino mi padre:

—¿Cuentas cuentos y... te pagan?

—¡Sí, me pagan!

—¿Qué te pagan? dinero, ¿o qué?

—Me pagan dinero, comida, hoteles, billetes de avión.

—Los Blancos se han vuelto locos, —concluyó lacónico mi padre.

Su incredulidad me recordó a la del funcionario del Ministerio de Trabajo. Separados por un océano cultural, ambos coincidían en considerar ilógico ganar dinero con uno de los oficios más antiguos de la humanidad. A mi padre le parecía un abuso cobrar dinero por algo que era tan natural como respirar. Al funcionario le parecía tan poco importante el acto de contar cuentos que nadie tenía que pagar a nadie por ello.

Acto seguido, mi padre echó mano de su memoria prodigiosa para contarnos anécdotas de los Blancos, extraídas de la época colonial, allá por los años 50. Nos contó por ejemplo que cuando él trabajaba con los colonos franceses, le extrañaba ver cómo cuando volvían de vacaciones a su país, se llevaban artículos sin importancia: juguetes de madera que fabricaban los niños negros o máscaras que tenían mucho significado para los negros, pero ninguno para ellos. Mi padre se preguntaba entonces si los Blancos no tenían árboles en sus países para fabricar sus propias máscaras de madera y que, con todas las máquinas que poseían, resultarían más bonitas. Todo este comportamiento de los Blancos, a mi padre le resultaba muy infantil.

Al día siguiente de nuestra conversación, fue a buscarme a primera hora y, en tono de confesión, me dijo:

—Mira, Boniface, después de la revelación que nos hiciste anoche, de que los Blancos te pagan por escuchar tus cuentos, yo tengo un cuento con el que podrías ganar mucho dinero.



Y mi padre me contó esta leyenda:

Al principio de los tiempos, no existía el fuego en la Tierra. Cuando llegaba la época de frío, los humanos no tenían con qué calentar sus casas y sus comidas y no tenían más remedio que tomarlas frías y crudas. Un día, decidieron mandar a un hombre al cielo a buscar el fuego. El hombre elegido para esta misión se llevó para el viaje agua y alimentos.

En aquellos tiempos del principio, el cielo tenía muchos pisos, como los rascacielos de hoy.

Al llegar al primer piso, el hombre se dio cuenta de que sus habitantes eran distintos a los de la Tierra. Ellos sólo tenían la mitad longitudinal del cuerpo: no tenían más que un ojo, una oreja, un brazo, una pierna, media cabeza y medio tronco. El enviado de la Tierra no pudo aguantar la risa, ante aquellos humanoides celestiales:

—¿Dónde está la otra mitad de vuestros cuerpos? Sois verdaderamente raros... Los de la Tierra, como podéis comprobar, tenemos los cuerpos enteros.

El hombre se estuvo riendo de ellos un buen rato, antes de interrogarles acerca del fuego. Ellos le mandaron al segundo piso. Ahí, el enviado de la Tierra descubrió que la gente caminaba al revés, con las piernas hacia arriba y la cabeza en el suelo.

—¿Estáis borrachos? No entiendo por qué camináis de esta manera, en vez de hacerlo como nosotros, con la cabeza hacia arriba.

El enviado de la Tierra se estuvo riendo de estos seres raros durante un buen rato y luego les preguntó por el fuego. Ellos le mandaron al tercer piso. Ahí, se encontró con un ser supremo llamado Mulungu.

Mulungu era el único habitante del tercer piso. El hombre le explicó que andaba buscando el fuego para que pudieran calentar sus casas y sus comidas. Mulungu le señaló una esquina en la que estaban colocadas varias vasijas y calabazas. Le dio permiso para elegir al azar un solo recipiente, y si dentro encontraba fuego, sería para él y para toda la humanidad. El hombre estuvo buscando en la esquina hasta que encontró la vasija más bonita, decorada con marfil y perlas. Al abrir-



la, se dio cuenta de que, en vez de fuego, sólo contenía cenizas. Y todos sabemos que las cenizas no son exactamente el fuego, y sabemos que no pueden calentar una casa, ni asar un cordero. Indignado y sintiéndose ridículo, el hombre interpeló a Mulungu:

—¿Me tomas por tonto? Me has hablado del fuego y en esta vasija tuya sólo encuentro cenizas. ¿Qué clase de broma es ésta?

Con toda la calma que le caracteriza a un ser supremo, Mulungu le contestó al enviado de la Tierra:

—Mientras subías al cielo, te encontraste con mis hijos y mis hermanos; algunos de ellos tenían medio cuerpo y otros caminaban con la cabeza; ¿te acuerdas de las burlas y de los comentarios despectivos que has hecho? ¿Tal vez has venido al cielo a decirnos que todos los de la Tierra sois perfectos? ¿Acaso te crees mejor que los del cielo?

El hombre no supo qué contestarle a Mulungu, porque sabía que en la Tierra nadie es perfecto. Como castigo a su actitud poco respetuosa, tuvo que volver sin el fuego tan ansiado.

A su vuelta al pueblo, el frío era tal que ya nadie se aventuraba a salir de su cabaña. Mandaron a un segundo hombre, que también regresó sin fuego. Fueron mandando a más y más hombres, hasta que la situación se volvió crítica, porque la mitad del pueblo tenía las manos congeladas de frío, entonces tuvieron que mandar a una mujer.

Ella se llevó para el viaje lo mismo que los hombres: agua y alimentos. Pero además se llevó una canción que acostumbraba a cantar a sus niños por la noche. La iba cantando en el camino para combatir la soledad del viaje:

Kondo yitso

Kondo yitso

Kondo yitso

Elomo kondo ya banimonimo

Moto unkime ale na guenemo

*Yomo muate nde na guenemo*².

² Canción original en lengua yambasa, una de las más de doscientas que se hablan en Camerún, y que significa: "Nuestro mundo/nuestro mundo/nuestro mundo/es un mundo de imperfectos/cada uno tiene su defecto/yo también tengo mis defectos".



Cuando alcanzó el primer piso del cielo, se encontró con los humanoides de medio cuerpo. Pero en lugar de reírse de ellos, ella les aseguró que había conocido a todo tipo de personas en la Tierra, y le parecía que en el cielo también debía haber todo tipo de personas. Les cantó y les bailó la canción *kondo yitso* y muchos se animaron a bailar con ella. Cuando preguntó por el fuego, le enseñaron amablemente el camino al segundo piso.

Ahí se encontró con aquellos seres que caminaban al revés. También mantuvo una actitud respetuosa con ellos, porque recordó haber visto en la tierra gente que no podía caminar. Cuando preguntó por el fuego, le enseñaron el camino al tercer piso y le desearon suerte en su viaje.

Cuando Mulungu la vio, le preguntó cuál era el motivo de su viaje al cielo. Ella le explicó que estaban pasando mucho frío en la Tierra y necesitaban fuego para calentar sus hogares. Mulungu le dio las mismas instrucciones que a los hombres. Pero nada más acercarse al rincón, la mujer se dio cuenta de que ese era el lugar sagrado de Mulungu; con la prudencia que caracteriza a las mujeres, ella no quiso tocar ninguna de las vasijas y calabazas del rincón de Mulungu y se conformó con una vieja calabaza rota y sucia y al abrirla, brilló ante sus ojos el fuego. Le dio un abrazo tierno a Mulungu, el cual le regaló una vaca.

Por la noche, Mulungu le enseñó a hacer el *ngolo ngolo*³. Al día siguiente, ella bajó a la Tierra con el fuego y la vaca, cantando:

Kondo yotso

Kondo yitso

Kondo yitso

Elomo kondo ya banimonimo

Moto unkime ale na guenemo

Yomo muate nde na guenemo

³ Hacer el amor.



Persona con traje ceremonial yambassa.



Al volver a la Tierra, los hombres avergonzados por la hazaña de la mujer, se encargaron de encender una enorme hoguera en la que calentaron sus comidas. También llegaron a la conclusión de que las mujeres son más sensatas. Poco a poco, la noticia de que había llegado el fuego a la Tierra se difundió por el mundo, y acudieron personas de todas las edades y condiciones a buscarlo para calentar sus hogares”.

Mi padre concluyó:

—Por eso, desde aquel día, cuando hace frío, tenemos algo con lo que calentar nuestras casas y nuestras comidas.

Y así aproveché mi estancia para renovar mi repertorio de cuentos. Aunque comprobé que, poco a poco, perdía vigencia la costumbre de las veladas en torno al fuego, recorrí la aldea de arriba abajo, en busca de nuevas historias. En principio, ni los jóvenes ni los mayores entendían el interés por los cuentos tradicionales de alguien venido de Europa. Al explicarles que ése era mi nuevo oficio en España, todos se echaban a reír.

A principios de 1998, regresé a España. No sólo estaba en posesión de un visado que me permitía vivir y trabajar sino que, además, me sentía mucho más seguro de mí mismo. La vuelta a mis raíces, el contacto con mi padre y otros ancianos de la aldea, me habían fortalecido.

Una semana después de mi regreso a Madrid, me incorporaba al equipo del SEMSI (Servicio de Mediación Social Intercultural) como mediador del distrito de Moncloa. La práctica de la mediación intercultural, sobre todo en el ámbito educativo, no era totalmente ajena al oficio de cuentacuentos. En ambos casos, se trataba de tender puentes entre comunidades y grupos.

Durante una década entera, he podido sobrevivir al estrés causado por la intervención social en contextos conflictivos, gracias al refugio que me ofrecía la narración oral; muchas tardes y fines de semana, tras una dura jornada escuchando historias deprimentes, y en la mayoría de los casos con la angustia de no poder ofrecer alternativas, me “escapaba” literalmente a contar historias a los niños en bibliotecas, a los abuelos en una residencia, a jóvenes universitarios en un café, etc...



Durante mucho tiempo, creí equivocadamente que contar cuentos era para mí una manera de desconectar de la dura realidad social de la inmigración, de “cambiar de chip”. Si en la mediación lo que hacía básicamente era escuchar a las personas, en la narración se cambiaban los papeles: yo me convertía en el narrador y las personas tenían que escucharme a mí. Si en la mediación la mayoría de las historias eran verídicas y tristes, en la narración se trataba más bien de “pasarlos bien”, de soñar, independientemente de si los cuentos narrados tenían un final feliz o no: pertenecen al ámbito de la ficción, y el espectador siempre tiene el consuelo de pensar: “menos mal que no es verdad”. Digamos que a través del oficio de narrador oral, yo intentaba espantar o redimir los sentimientos negativos experimentados en la práctica de la mediación.

Mi incursión en la mediación terminó al cabo de seis años, al darme cuenta de que era imposible compaginar ambos trabajos. Había llegado la hora de vivir con intensidad un solo oficio y de profesionalizar mis actuaciones. Cuando decidí abandonar la práctica de la mediación intercultural a favor de la narración oral, creí que pasaba definitivamente una página de mi vida. Carlos Giménez, pionero en mediación intercultural en España, me abrió los ojos, con una de esas frases lapidarias con las que acostumbra zanjar los debates: “Tú no estás dejando la mediación; a partir de ahora, la harás de otra manera”. Entonces busqué los vínculos que pueden existir entre la mediación y la narración oral, y descubrí que la narración oral es para mí, mucho más que una vía de escape al estrés causado por la mediación.

La narración oral tiende un puente entre los contemporáneos y los ancestros. A nivel particular, me permite beber permanentemente en las fuentes de mis raíces, realizar un viaje interior, redescubrir quién soy y de dónde procedo.

La narración oral es otra manera de mediar, de “tender puentes”, porque conecta a unas culturas con otras... Las conecta porque permite ir al encuentro del ser humano.

El final del siglo veinte fue testigo de un verdadero boom de cuentacuentos en España. En Madrid, las bibliotecas, los bares y cafés progra-



maban veladas de cuentos con frecuencia. Incluso algunos festivales alternativos de teatro y de música étnica reservaban un espacio para la narración oral. En este ambiente fue donde conocí a un personaje que a la postre resultaría decisivo en mi profesión. Me refiero a Federico Martín Nebras, antiguo maestro, uno de los mejores conocedores de literatura infantil en España, crítico literario, erudito, militante de la oralidad, hombre incisivo y polémico, respetado y venerado por muchos maestros, y narrador de historias. Descubrí el mundo que andaba buscando desde hacía muchos años. Descubrí una manera distinta de trabajar los cuentos en la educación, de editar libros y de fomentar la lectura. Todos los discípulos de Federico me aseguraban: «si Federico aprecia tu forma de contar cuentos, esto quiere decir que eres bueno, porque él es muy exigente y no se casa con nadie».

Esa línea de trabajo es la que intento seguir desde aquel momento... Entendí que había que hacer caso a lo que dicen los niños y niñas, porque ellos viven en un universo que los adultos ya no entendemos. Aprendí las lecciones dadas por *El Principito* de Saint-Exupéry. En el British School de Pozuelo de Alarcón, conté a un grupo de niños y niñas de siete y ocho años la terrible historia de un padre de familia que se deja engañar por un hábil cocodrilo y acepta ayudarlo metiéndose en el agua. En realidad, aquel hombre no se había percatado de que se trataba de una trampa mortal. A medida que se iba adentrando en el río, el hombre le preguntaba al cocodrilo:

—Bama, ¿te puedo dejar aquí?

Y el tramposo del cocodrilo siempre le contestaba:

—¡Nooooo, un pasito más por favor!

En este preciso instante de la narración, en medio del suspense general, cuando la historia iba a alcanzar el clímax, una niña asertiva me preguntó:

—Pero Boni, ¿los cocodrilos de África hablan castellano?

Yo comprendí que para trabajar con los niños, tenemos que penetrar en su mundo y en su lógica aplastante. Aquella niña de Pozuelo que estaba aprendiendo dos idiomas a la vez, no encontraba lógico que un coco-



drilo africano pudiera expresarse en castellano. Me sentí realmente ridículo y al llegar a casa, decidí cambiar la estructura de la historia. Desde ese día, las palabras del cocodrilo las digo siempre en yambasa, —con la correspondiente traducción al castellano— lo que le da a la historia más verosimilitud.

Los cuentos me crearon una necesidad añadida: la de adquirir técnicas teatrales. Con los años comprendí que una cosa era reunir a un grupo de amigos o de hermanos en torno al fuego para contarles cuentos, y otra bien distinta tener a un público de mil personas o subirse a un escenario de diez metros por cinco, con la palabra como única herramienta. Mi incursión en el fascinante mundo del teatro duró dos años, tiempo en el que aprendía mientras hacía un papel en la obra “David y Goliat”, escrita y dirigida por el joven director valenciano Adolfo Simón, y en la que abordaba la problemática de la intolerancia racial. Parece que todos los caminos me han conducido al trabajo sobre valores.



Boni visto por un niño después de una sesión de cuentos en un colegio.



Cada viaje por España y por América me ha ofrecido la oportunidad de crear lazos de amistad, tender puentes interculturales y reflexionar sobre lo distintos pero cercanos que podemos ser los humanos. En el interior de la provincia de Almería, lindando con la provincia de Murcia, existe una zona en la que se han instalado amplias poblaciones de ingleses de todas las generaciones. Además de los ingleses, en la zona es frecuente encontrarse por la calle con inmigrantes pakistaníes y latinoamericanos que trabajan en las canteras de mármol y en la agricultura. Paradójicamente, en todos los pueblos de la zona se respira una atmósfera de creciente rechazo hacia la colonia de ingleses, mientras el resto de extranjeros pasan casi desapercibidos. El director de un Instituto de Enseñanza Secundaria y el dueño de un establecimiento hotelero trataron de explicarme esta aversión hacia el mundo anglosajón:

—Mira, son muy raros, muy distintos. Son muy suyos, y forman una piña. Lo suyo es suyo y lo tuyo también. Para la construcción de sus casas, sólo contratan a sus compatriotas, porque aquí ya tienen de todo: albañiles, electricistas, etc... En los barrios que han construido, a tres o cuatro kilómetros de los pueblos, en medio de la nada, sólo viven ellos. Luego te llevo allí para que veas. Tienen costumbres muy extrañas; por ejemplo, cuando se sientan para beber, no paran hasta que están completamente borrachos. No tienen término medio; si son veinte, cada uno invita a una ronda. Por ejemplo, si una familia española sale a cenar, luego tomarán alguna copa, pero no van a ir titubeando delante de sus hijos. En el tema de la familia, se nota que no tienen sentimientos. A los dieciocho años, echan a sus hijos de casa. A sus familiares que vienen a visitarlos, los traen aquí al hotel, para que no les molesten. Yo les he visto celebrar aquí la muerte de un familiar. Tenían la urna con las cenizas sobre la mesa, se emborracharon hasta ponerse a cantar.

—Nosotros también celebramos con una fiesta la muerte de las personas mayores, intenté contrarrestar los argumentos de mis dos interlocutores. Cuando un anciano muere, entre los africanos es costumbre organizar festejos, bailes y grandes comidas, en homenaje al fallecido.

—¡No es lo mismo! Me contestó el dueño del hotel.



Esta última matización me enterneció. No podía menos que sobrecogerme, pensando que mi amigo andaluz encontraba más cercanas, y más “normales”, las costumbres del África ancestral y, le resultaban extrañas las de sus «hermanos» británicos. Me acordé de mis primeros años de adolescencia transcurridos en Ombessa, en el colegio de los Maristas. En aquella ingenua etapa de mi desarrollo personal, me extrañaba ver que dos Blancos que se cruzaban por la calle no siempre se saludaban; para mi lógica de aquella época, todos los Blancos del mundo debían ser hermanos, igual que a todos los Negros del mundo nos une la pertenencia a una raza común. Empecé a preguntarme si era cierta aquella frase que alguna vez leí en una exposición en el Museo Municipal de Madrid, que rezaba: *Las diferencias que más importan son invisibles*. Me preguntaba cómo era posible que una persona de raza negra como yo, con un oficio tan poco común como el mío, y una cultura aparentemente distinta, pudiera convertirse en un verdadero cómplice para unos andaluces recién conocidos, para despoticar contra los pacíficos ingleses.

Mi trabajo de narrador oral también me ha llevado a descubrir y observar de cerca la realidad social y cultural de algunas regiones de la España olvidada, con el prisma de un profesional de la mediación intercultural.

En la comarca de Calamocha, en Teruel, existe un pequeño pueblo con el poético nombre de Ojos Negros. Al principio, yo apostaba por que ese nombre tuviera algo que ver con la descripción física de una muchacha que en tiempos remotos habría dejado boquiabiertos a los hombres del lugar. En Ojos Negros di una inolvidable sesión de cuentos en familia, en la biblioteca municipal, a la que acudieron más de veinte personas, todas ellas unidas en algún grado de parentesco con la bibliotecaria del pueblo. A medida que iban llegando, ella me los iba presentando uno a uno:

—Este es mi padre, este es mi abuelo, esta mi tía, este mi cuñado, así hasta completar la veintena de personas que habían acudido a la biblioteca.

Tras la sesión de cuentos en familia, no pude resistir la tentación de preguntar al público a qué se debía esta extraña coincidencia de que una



familia entera se encontrara en la biblioteca del pueblo, para escuchar cuentos. Entonces me explicaron que para ellos era un orgullo que la bibliotecaria del pueblo fuera de la familia. Además, según subrayaban, la transmisión oral era muy fuerte en su familia, y que todo el saber tradicional que atesoraban les había sido transmitido de padres a hijos. Les expliqué que yo también era hijo de la tradición oral, les hablé de mis abuelos, de mis padres y de las veladas nocturnas en torno al fuego. Entre estos ancianos de la olvidada provincia de Teruel y yo se produjo un hermanamiento instantáneo por la vía de la palabra y la oralidad. Ya que ellos, los abuelos de la bibliotecaria, hijos de la tradición oral, eran como una biblioteca viviente, aproveché para indagar acerca del origen del nombre del pueblo. Entonces me explicaron que el nombre de *Ojos Negros* se debía a la existencia de antiguas minas de hierro, que se remontaban a la época de los romanos, y que con el paso del tiempo, tras ser abandonadas, fueron quedando cada vez más diminutas y ennegrecidas, como si de ojos negros se tratara.

En el año 2004, tomé la decisión de renunciar a mi puesto de mediador social intercultural. Siempre que tomamos una decisión vital nos sentimos liberados de una presión. En este caso, junto a la decisión de marcharme de Camerún a los veintidós años, se trataba de la elección más importante de mi vida. Había sin embargo una importante diferencia entre ambas: la decisión de marcharme de Camerún fue una decisión familiar, colegiada, influida por el liderazgo de mi padre. En cambio, la decisión de abandonar un puesto de trabajo que muchas personas aspiraban conseguir, era personal. Me habían ayudado muchos amigos con sus consejos y argumentos; pero la última palabra, la tuve yo. Jamás me había sentido tan orgulloso de una decisión. Ahora me quedaba un paso muy importante, cómo explicar a mi familia que prefería contar cuentos en vez de trabajar en un ayuntamiento. Estaba seguro de que no entenderían mi actitud. Me tacharían de irresponsable, o peor aún, de loco. Aquel muchacho que había nacido en una pequeña aldea de Camerún, que se había criado bajo la influencia de la sabiduría ancestral y la oralidad de los abuelos, ahora se había convertido en un



hombre adulto, dueño de su destino. ¿Qué dirá mi padre? —pensaba yo, mientras entregaba en el Departamento de Personal del Ayuntamiento de Móstoles la escueta nota en la que comunicaba mi renuncia voluntaria:

«Gracias por los años de colaboración. El azar me lleva lejos, y a partir de ahora, los cuentos guiarán e iluminarán mis pasos hacia otros mundos».

Reflexiones Capítulo 3

Las funciones
del cuento

La mediación y la
narración oral: dos
maneras de
tender puentes



Las funciones del cuento

Los cuentos sirven para algo más que para educar o para el simple entretenimiento. Sara Bryant defiende la función primordialmente artística del cuento, en tanto obra de arte:

“¿Qué es esencialmente un cuento? ¿Es acaso un manual de ciencias, un apéndice al estudio de la Geografía o una introducción al de la Historia? En absoluto. Un cuento es, ante todo y esencialmente, una obra de arte; y su función principal discurrirá por los caminos de lo artístico... Una bella narración está destinada a agradar lo mismo que una hermosa estatua o una pintura lograda. Su función en el proceso de la vida es la de proporcionar alegría... Comunicar alegría, nutrir y estimular el espíritu por medio de ella; ¿no es esta una función esencial del cuento en la educación?”¹

Un cuento es, ciertamente, una obra de arte. Pero el arte casi nunca es inocuo, inocente, neutro. Además de ensalzar la belleza, el arte cumple muchas veces una importantísima función social². A la luz de mi experiencia de catorce años contando cuentos en todo de tipo de lugares y circunstancias, ante públicos de todas las edades y condición social, quiero destacar algunas de estas funciones.

¹ BRYANT, Sara Cone.- op.cit.

² Aquí me refiero a las funciones sociales del acto de narrar, y no a las funciones estructurales que propone Vladimir Propp en su “Morfología del cuento”, donde propone una estructura universal del cuento maravilloso, compuesto de treinta y una funciones.



1. Los cuentos transmiten valores

Como cualquier obra de arte, el cuento encierra un aspecto estético que emociona, porque se sirve de la palabra que abarca poesía, capacidad de seducción y musicalidad; el cuento es bello, y habla también de los sentimientos y de las emociones, de los problemas y angustias del ser humano³.

Si hablamos de la educación como mera transmisión de conocimientos, los cuentos no son quizás la herramienta más adecuada para transmitir conocimientos de geografía, de matemáticas, o de historia. Sí, en cambio, es frecuente y exitosa la enseñanza de idiomas a través de la narración oral de cuentos en el idioma que se pretende enseñar⁴. Dependiendo de la habilidad del narrador, el público (alumnado, en este caso) se acaba “enganchando” a la historia, superando la barrera idiomática y siguiendo el relato como si el idioma de transmisión fuera el propio.

Pero si educar significa algo más que la simple transmisión de conocimientos intelectuales y el aprendizaje de nuevos idiomas, si educar implica la formación integral de la persona, en sus emociones, valores y espíritu, no nos queda más remedio que conceder a los cuentos un papel que va más allá de lo meramente artístico e instrumental.

En sí mismos y desde su origen, los cuentos cumplen una función primordialmente educativa, en su sentido más amplio. Para mí, el aspecto estético y lúdico de la narración de cuentos en la escuela no es más que un beneficio colateral. Los responsables educativos que con frecuencia nos invitan a contar cuentos en sus escuelas prefieren un tipo determinado de cuentos, como los cuentos africanos, o los cuentos del Quijote,

³ Varios autores pertenecientes a distintas disciplinas, desde la psicología a la antropología y la pedagogía, han tratado ampliamente la importancia de los cuentos de hadas en el desarrollo cognitivo y emocional de la persona. Se pueden consultar los escritos de Mircea Eliade, “Mito y realidad”, Rodolfo Gil, “Los cuentos de hadas: historia mágica del hombre”, Rudolf Steiner, “La sabiduría de los cuentos de hadas”.

⁴ A título de ejemplo, el dúo Tim Y Casilda, compuesto por el virtuoso narrador inglés y la no menos famosa narradora gallega, conocido en toda España por sus sesiones de cuentos a dos voces, en inglés y en castellano, llevan muchos años recorriendo las Escuelas de Idiomas y los Institutos de Enseñanza Secundaria, como método de enseñanza del inglés como lengua extranjera. Otros narradores como las tres componentes del grupo madrileño Trécola y yo mismo, utilizamos los cuentos como método de enseñanza del francés y del italiano.



o los que hablen de solidaridad o de amistad. Saben perfectamente, salvo alguna lamentable excepción, que no vamos allí a entretener simplemente a su alumnado.

En el África tradicional, como en casi todas las sociedades de tradición oral, los cuentos han jugado siempre el papel de educadores de la infancia y la juventud. Cuando un anciano es requerido para dar consejo a un joven inexperto e inmaduro, éste le responde contándole un cuento, una metáfora o un proverbio⁵.

En el inagotable corpus compuesto por las narraciones tradicionales de distintas culturas, desde los cuentos zen, sufíes, chinos, hasta los nórdicos o de cualquier otra tradición oral milenaria, podemos apreciar, tanto desde el punto de vista del simbolismo de los protagonistas como por los mensajes subliminales, cómo es una de las formas más eficaces y universales que los pueblos han tenido de transmitir los valores positivos a la juventud.

En el caso de las fábulas africanas, siempre veremos que sus versiones originales buscan enfatizar el valor de la solidaridad, de la amistad, el respeto a los mayores, la importancia de ser paciente en la vida. Poco importa si el final es feliz o no. De hecho la mayoría de los cuentos tradicionales africanos terminan mal, porque ellos aún no han pasado por el filtro de lo políticamente correcto.

Los cuentos tradicionales transmiten los valores propios de cada cultura. Pero las culturas cambian y sus valores también se van reelaborando. Por ejemplo, lo que representaba el valor supremo en el Siglo de Oro español, la honra, es hoy en día algo que resulta ridículo o incomprensible. Ya no existen caballeros dispuestos a batirse en duelo en la plaza pública para defender su honra. Así, podemos encontrar hoy en día, versiones tradicionales de algunos cuentos, que no corresponden con los valores que la sociedad actual pretende promover.

⁵ En sus terapias, el psiquiatra argentino Jorge Bucay ha recuperado esta vieja tradición de apoyarse en los cuentos tradicionales para "ayudar" a sus pacientes, y lo cuenta en sus numerosas recopilaciones y adaptaciones de cuentos que reflejan la inagotable sabiduría de los pueblos.



En ocasiones encontramos nuevas versiones, que tratan de "modernizar" los cuentos tradicionales, que nos proponen finales descarnados, donde los malos como el lobo, se convierten en buenos e inocentes animalitos y, la Caperucita Roja se convierte en una ardiente militante feminista y devoradora de lobos; aunque casi siempre al final, asistimos a una inesperada reconciliación.

2. Los cuentos fomentan la lectura

Cuando defiendo a ultranza el valor de la oralidad junto con otros autores, podría parecer que estamos defendiéndola en detrimento de la lectura. Nada más lejos de nuestra intención; la mayoría de los que nos dedicamos al oficio de contar cuentos pensamos que es uno de los caminos más directos que conducen a la lectura.

Está demostrado estadísticamente que el "Día del Cuento" en las bibliotecas públicas es precisamente el que más préstamos de libros se realizan. Federico Martín Nebras, maestro de maestros, el mejor narrador de cuentos que he oído, gran defensor de la oralidad y del folklore, y uno de los mejores expertos en literatura infantil, defiende la narración oral como uno de los métodos de fomento de la lectura. Desde hace más de una década, este personaje, que se ha convertido en una referencia en el ámbito iberoamericano, organiza unas Jornadas de Animación a la Lectura en Arena de San Pedro (Ávila), donde todos los meses de junio, libreros, editores, ilustradores, narradores orales, titiriteros, cantautores, escritores y maestros de todos los ciclos acuden para debatir sobre las estrategias para animar a la gente a leer. A título personal, y siguiendo las indicaciones del maestro Federico Martín Nebras, cada vez que termino una sesión de cuentos, siempre aprovecho para recomendar un libro al auditorio, relacionado con la temática de los cuentos narrados, y les animo a profundizar en la literatura, la historia o la política africanas. A veces, incluso, mientras cuento las historias, mantengo a la vista del auditorio el libro de donde las he sacado. El propio público siempre acaba pidiendo bibliografía sobre literatura africana. A los ado-



lescentes les recomiendo un libro indicándoles que no es apto para menores de dieciocho años; al hacerlo de esta manera, sé perfectamente que correrán a buscarlo y a leerlo, intrigados por descubrir su contenido presuntamente “prohibido”.

Creo que la lectura y audición de cuentos son dos actividades muy complementarias. Hay en toda España un numeroso grupo de niños, niñas y adultos esperando la publicación del cuento tradicional *El León malvado*, que llevo más de diez años contando y les gustaría leerlo, precisamente porque ya conocen perfectamente su argumento. La reiteración forma parte de las estrategias básicas de aprendizaje que utilizan los niños y niñas para aprehender su entorno, y en este caso, una historia.

Lo primero que oye cualquier niño al nacer e incluso antes, son las palabras. No entiende su significado, pero no importa, se deja mecer por su musicalidad y su melodía. Cuando la madre le canta canciones de cuna a su bebé, no pretende que éste comprenda el contenido de las mismas, sino simplemente comunicar la ternura y la música que encierran. Las palabras constituyen un poderoso sedante, además de contener un alto poder de seducción.

La mayoría de los grandes escritores escucharon cuentos de pequeños, familiarizándose con las palabras; más tarde los leyeron y algunos de ellos terminaron convirtiéndose en grandes lectores y escritores. Aunque no todos los grandes lectores se convierten necesariamente en grandes escritores, sí que podríamos establecer una relación de causa-efecto entre la costumbre de escuchar cuentos, la lectura y la escritura. Antonio Martínez Menchaca da fe de la importancia de oír cuentos para adquirir afición a la literatura, cuando sostiene:

“Mi afición por la literatura data de un tiempo en que yo aún no sabía leer. Siendo muy niño, mi madre me encantaba con cuentos que había tomado de boca de mi abuela quién, posiblemente, los había tomado de su propia madre. Más tarde me sorprendí al encontrar escritos, con ligeras variantes, aquellos cuentos que mi madre



*contaba... Si yo aún leo y, lo que es más grave, si aún escribo, es tan sólo en virtud de una incurable nostalgia: la de mi infancia perdida*⁶

En toda la historia de la literatura universal, no se conocen casos de escritores que reconozcan su poca afición primero por la oralidad, y más tarde a la lectura. De la lectura a la escritura, no hay más que un paso; el mismo que separa la audición de cuentos de la lectura de textos escritos. Ana Pelegrín expresa con bastante acierto la relación entre la escucha, la lectura y la escritura:

*"A través de caminos, trabajos, años, el narrador tradicional recibe la palabra. El que ha sabido ver y oír puede escribir en su memoria, continuar la cadena de transmisores. Pero también el que ha sabido leer, es el que puede decir; o el que puede contar lo leído es el que se ha dado cuenta, alimentado, de la lectura"*⁷

Los poetas y filósofos de la Grecia Antigua se nutrieron de mitos y leyendas que se transmitían oralmente por las distintas orillas del mediterráneo. La casi totalidad de los grandes escritores del África Negra han bebido de esta inagotable fuente de la tradición oral.

En mi caso, y salvando las diferencias históricas, la práctica de la oralidad entre los ancianos y la audición de cuentos sembraron en mí la semilla necesaria que, más tarde, germinaría en forma de lector voraz y apasionado. Los narradores de cuentos somos mediadores entre el libro y el público.

3. Los cuentos cumplen una función de comunicación

La cultura de la palabra hablada es más bien una contraposición a la cultura de la sofisticación hipertecnológica.

La palabra ha llegado a ser confiscada por grandes monopolios y otros poderes fácticos. Hay en el mundo millones de seres humanos que no

⁶ Citado por Ana Pelegrín, op.cit.

⁷ Ana Pelegrín, op.cit.



tienen voz, o si la tienen, ésta no tiene ningún peso específico. En cambio, existen minorías política y económicamente influyentes que se han hecho con el control absoluto de la palabra.

Sólo lo que dictan esos grupos tiene valor. Los grandes inventos del siglo XX en el ámbito de las telecomunicaciones y la distribución masiva de medios de comunicación han contribuido a este proceso de confiscación de la palabra, o concentración del poder mediático.

Por otra parte el desarrollo de Internet y la telefonía móvil, han facilitado las comunicaciones de larga distancia, convirtiendo al planeta en una aldea global, donde ya no importa la distancia geográfica. Hoy en día, gracias a ese tipo de inventos, ya no es necesario salir de casa para realizar actividades como hacer la compra, asistir a una reunión de empresa, etc. De forma virtual, se puede dar una conferencia o incluso encontrar una pareja. Jóvenes y mayores se pasan horas delante de la pantalla del ordenador “comunicando” con sus seres queridos, conocidos o por conocer, es decir amigos “virtuales”. Muchos son los que han encontrado en esas nuevas tecnologías una nueva forma de enamorarse de verdad. La emoción de la mirada y de la voz temblorosa, de las palabras inseguras, se está quedando arrinconada por esos avances tecnológicos. La palabra, incluso la escrita, ha adquirido nuevas formas. Se ha inventado un nuevo lenguaje basado en la economía narrativa, la deflación semántica y la mutilación verbal para comunicar a través del *chat* o de los mensajes cortos de los teléfonos móviles. Poco a poco, este tipo de lenguaje se ha generalizado entre los jóvenes, no sólo cuando comunican tecnológicamente, sino también cuando hablan en la calle, incluso, cuando escriben en la escuela.

El lenguaje verbal se ha empobrecido de forma inexorable, no sólo entre la juventud; las frases hechas y los lugares comunes se han adueñado de nuestras mentes. El gusto por la música de las palabras, la riqueza de nuestro lenguaje, el placer de escuchar al otro expresar de viva voz sus sentimientos, emociones y vivencias, mientras le miramos a los ojos, se ha quedado en un lujo reservado a unas minorías nostálgicas y bohemias. La palabra oral nunca ha vivido una crisis tan profunda. Los pro-



ductos audiovisuales, y sobre todo la televisión, han invadido hasta los espacios más íntimos de las familias. En cierta medida, podemos afirmar que la comunicación humana se ha empobrecido de forma trágica. Somos multitudes cada vez más solitarias, especialmente en las grandes urbes, donde escasean espacios dedicados a esta costumbre primaria del ser humano, que no es otra que la comunicación verbal.

Incluso la familia, que es la institución socializadora más básica en todas las culturas, se ha desintegrado. Los abuelos están arrinconados en deprimidas residencias de ancianos, y han perdido todo contacto con los más pequeños. Millones de niños pasan horas delante del televisor, a falta de un adulto que les cuente historias, permitiéndoles desarrollar su lenguaje. Se habla de la televisión-canguro. En Estados-Unidos, se acaba de lanzar un canal de televisión específicos para bebés menores de dos años.

Paralelamente a este movimiento de sofisticación tecnológica y de aislamiento social, o precisamente como respuesta a la necesidad del ser humano de comunicarse verbalmente con sus semejantes, han resurgido con fuerza las viejas formas de comunicación, como los cuentos. Es asombroso ver la lista de festivales de la oralidad que nacen unos tras otros en Europa y América. En las fiestas populares de los pueblos, desde los grandes hasta los más pequeños, se está recuperando la vieja tradición de los contadores de cuentos.

Los cuentos forman parte precisamente de lo que llamo "la cultura de la palabra". Su origen está en la cultura popular y tradicional, pero paradójicamente hoy en día se pueden considerar como una de las formas más vanguardistas de comunicar. Las sociedades más antiguas han tenido siempre su propia tradición oral, que forma un puente invisible pero sólido que nos une con nuestros orígenes, con nuestros ancestros.

Desde un punto de vista puramente lingüístico, contar cuentos es una de las maneras más eficaces de transmitir la lengua y la cultura. Ana Pelegrín lo ve con bastante claridad:

"Reconocer las construcciones del idioma, las formas de lo hablado, las entonaciones que dan color a la palabra, el cambio de signifi-



caciones según los sentimientos que expresan; la emoción y el aliento de la pausa, la estructura rítmica del período sintáctico, la apoyatura de lo sonoro, con la lengua como vehículo de expresión y comunicación”⁸



4. La palabra y los cuentos crean realidades

La palabra es una de las herramientas potencialmente más útiles de la que está dotada nuestra especie. Con las palabras, nombramos y creamos realidades. Con el simple hecho de nombrar las cosas o los fenómenos, éstos cobran en nuestra mente categoría de realidad. Algunos fenómenos muy cotidianos para algunas sociedades, nombrados por todos, lo que podríamos denominar la “realidad cotidiana”, puede que en otra cultura no se nombre, ni exista ese concepto, y por tanto no forme parte de su realidad.

Los proverbios, refranes, dichos populares, leyendas, mitos, epopeyas y fábulas que enriquecen nuestra tradición oral y que a mí me contaron desde pequeño, contribuyeron sin duda alguna a la formación de mi primera identidad cultural, precisamente porque eran portadores de unos contenidos, valores éticos, mensajes subliminales, todos ellos inherentes a la cultura que los produjeron, es decir de la cultura yambassa.

En una conferencia que pronunció el poeta Agustín García Calvo en las Escuelas Gençana de Valencia, sostenía que “la realidad es aquello de lo que se habla”. Como reza el viejo lema feminista, “aquello de lo que no se habla, lo que no se nombra, no existe”. En consecuencia, muchos fenómenos propios de mi cultura, que sólo son nombrados en mi lengua materna y por la gente de mi cultura, están condenados a desaparecer en cuanto desaparezca mi lengua, hecho inevitable según las previsiones de la Sociedad Internacional de Lingüística, porque dejarán de ser nombrados. En el sentido inverso, sólo se habla de lo que de alguna manera se conoce. Difícilmente existirán palabras y conceptos para referirse a un fenómeno totalmente ajeno para la cultura de referencia.

⁸ Ana Pelegrín, op.cit.



El fenómeno del tapeo, tan inherente a las costumbres españolas, difícilmente encontraría una traducción en una cultura del África árida y azotada por las grandes hambrunas, donde la inmensa mayoría de la gente tiene una única comida diaria y, aunque existiera esta realidad, no se permitirían el lujo de ir de tapas, por la sencilla razón de que no tendrían medios económicos para ello. Es decir, existen además condicionantes impuestos por una realidad social y cultural que determinan el universo del vocabulario en cada cultura.

La palabra tiene también un poder transformador; puede modificar la realidad ya existente. Desde finales del Siglo XX, varios movimientos feministas están luchando por modificar los usos del lenguaje en relación con las cuestiones de género. Según estos movimientos, el uso indiscriminado y generalizado del genérico masculino invisibiliza a la otra mitad de la población del mundo. Gracias a estas reivindicaciones, se va incorporando, poco a poco, en el lenguaje cotidiano, el uso del femenino al lado del masculino. Aunque en sí, sólo el cambio lingüístico no es suficiente para un cambio social, sí creo que puede contribuir a un cambio de mentalidad. Y los cambios de mentalidad son, precisamente, los que hacen posibles los cambios sociales.

La mediación y la tradición oral

En la narración oral, el narrador es ante todo un artesano de la palabra y de las técnicas narrativas. Hábil orador, se sirve del poder seductor, mágico —casi hipnótico— y sedante de la palabra para construir su historia, por muy inverosímil que pueda resultar. La narrativa ha de ser igual de elocuente y convincente que la de un mediador. Una buena historia resultaría absolutamente “descafeinada” si al narrador le faltaran palabras concisas, expresiones elocuentes y adjetivos contundentes para narrarla. Construir una historia, un discurso, una narrativa en mediación es similar al proceso que seguimos para contar la trama de un relato oral.

Al revés, con el uso de palabras bien seleccionadas, el narrador convencerá al oyente escéptico de la veracidad del relato más rocambolesco.



Un buen profesional de la narración oral, al igual que un buen mediador, ha de ser, ante todo, un apasionado amigo de las palabras bellas. En ambas disciplinas, el profesional debe cultivar ante todo el gusto por el lenguaje verbal, por la palabra, por la exquisitez y la precisión del discurso. Ambos oficios pertenecen al ámbito de la comunicación.

La escucha no es una actitud pasiva; al contrario, escuchar implica un gran esfuerzo de imaginación, de análisis y de asimilación del discurso. Por eso, la escucha es mucho más difícil que el simple consumo visual de imágenes, por ejemplo de la televisión. Sin la escucha, ni el mediador ni el narrador oral podrían desempeñar su labor con eficacia. Tanto en una sesión de mediación como en otra de cuentos, el profesional fundamenta toda su estrategia en que el público o las partes en conflicto le puedan escuchar. Los profesionales de la narración sabemos distinguir un público que sabe escuchar de los que no tienen esa costumbre. El oído grupal al que se refiere Ana Pelegrín no es algo que venga dado de forma automática: se cultiva y se entrena, individual y colectivamente. Un grupo de niños y niñas acostumbrados a oír cuentos, en una biblioteca o un aula de clase, “entrará” con más facilidad en cualquier aventura que suponga escuchar, ya sea cuentos, películas, teatro, e incluso las explicaciones del profesor de matemáticas o de ciencias naturales. La experiencia nos ha demostrado que los alumnos de colegios o los usuarios de bibliotecas públicas donde esta actividad está incorporada en la programación habitual, suelen mostrar altos niveles de escucha, y en general de atención, en su vida cotidiana, los mismos que muestran los niños a los que sus padres les cuentan cuentos por las noches.

Si entendemos la mediación, según la definición de Carlos Giménez, como una manera de “tender puentes” entre personas o comunidades, una estrategia para fortalecer el diálogo y la comunicación, una manera de vincular, entonces debemos ver también en la narración oral de cuentos una forma de mediación.

En primer lugar, si se trata de cuentos tradicionales procedentes de otro país, estamos permitiendo que a través de ellos, el público se acerque a la tradición oral, a la literatura y al patrimonio inmaterial y oral del país en cuestión. La literatura, el arte, la música, el cine, el baile, la gas-



tronomía, nos ayudan a acercarnos a la cultura de otros pueblos. Hasta la literatura más fantástica tiene rasgos de la sociedad que la crea. Por su carácter marcadamente simbólico, por su capacidad de condensar los mensajes y por su estrecha vinculación con el imaginario de los pueblos, los cuentos —sobre todo si hablamos de los cuentos tradicionales— constituyen una de las herramientas más eficaces para trabajar los valores propios de una sociedad multicultural, así como para transmitir otros valores como la paz, la amistad y el respeto a las personas mayores.

Cuando estamos contando cuentos a un grupo de niños y niñas por ejemplo, básicamente lo que estamos intentando es despertar y apelar a su imaginario individual y colectivo. Sabemos por otra parte que éste suele ser producto del entorno cultural en el que nos hemos criado y educado, de nuestras lecturas predilectas, de los mitos que nos han contado, de los héroes a los que admiramos, etc... Forma parte de este patrimonio inmaterial al que antes me refería. Pero a través del cuento, es posible ampliar los horizontes de la imaginación y del pensamiento: enriqueciendo el imaginario de las personas, podemos enriquecer su percepción del mundo. Gracias a las historias que recrean escenas de la vida cotidiana en una aldea africana, un niño español puede imaginar o ponerse en la piel de otro niño distinto a él, pero con las mismas necesidades. No existe una herramienta más eficaz que los cuentos para ayudar a niños y niñas a crear sus propios mundos, a la vez que descubren los mundos ya existentes.

En el imaginario colectivo de los niños y niñas occidentales, África es la tierra de los negritos pobres, que andan descalzos y hambrientos, rodeados por un enjambre de moscas. Las imágenes transmitidas por algunas agencias no gubernamentales y por la prensa, en su legítimo y voluntarioso empeño por despertar la sensibilidad popular, han contribuido, sin embargo, a la creación de imágenes fijas. En una ocasión, una niña de cinco años me preguntó cómo era posible que, viniendo de África, llevara zapatos y reloj. Después, me acusó de intentar engañarles, convencida de que yo era un Blanco europeo, disfrazado de africano.



Al hablar del imaginario, nos estamos refiriendo al alma misma de los pueblos, a su concepción del universo. No hay sueños ni fantasías posibles sin su intervención; tampoco existen personas ni pueblos a los que se les pueda negar el derecho de soñar libremente. Con los cuentos, ayudamos a niños y niñas a soñar y a construir estos mundos, potenciando, alimentando, diversificando y ampliando su capacidad de imaginación. En sí misma, constituye una de las máximas expresiones de la libertad del pensamiento.

Niños y niñas tienen otras herramientas para confrontarlas con lo que él pensaba o sabía previamente. Escuchando las fábulas africanas, es lógico y previsible que descubra o que acabe interrogando al narrador, acerca de la variada fauna de ese continente, los valores que simboliza cada animal, sobre la vida cotidiana de un niño africano, o sobre la situación de las escuelas en África.

Al inicio de una sesión de cuentos para niños, les suelo explicar que van a participar en una aventura. “¿Cuáles son los distintos medios de los que disponemos actualmente para viajar?”, les suelo preguntar. Entonces ellos me contestan en coro: el avión, el barco, el coche, andando, a caballo, etc... “Habéis olvidado la forma más bonita y barata de viajar: con la imaginación”, les contesto. Acto seguido, les ofrezco la posibilidad de viajar a África. Y ellos, siempre generosos y amantes de la aventura, se embarcan conmigo sin dudar. Quizás la forma más universal y libre de descubrir mundos nuevos, es a través de nuestra imaginación. A menudo, al término de las sesiones, los niños hacen preguntas que no guardan relación directa con las historias que acabo de narrar, sino con la realidad social y cultural del mundo africano. Algunos, mayores de entre nueve y doce años, me preguntan incluso si son verdad las historias que les acabo de narrar, porque llegan a interiorizar el relato hasta el punto de confundir la realidad con la ficción.

El gran reto al que se enfrentan la mayoría de los profesionales de la mediación y de la enseñanza en contextos educativos multiculturales es la escasez de recursos prácticos y útiles para trabajar la interculturalidad. Se han revelado poco eficaces los métodos tradicionales; resulta



poco práctico dar una conferencia a niños de seis años para hablarles de otras culturas. En cambio, gracias a herramientas lúdicas como los cuentos o el teatro, el niño aprende mientras se divierte. Mientras sigue la trama del relato, sufre o disfruta con las peripecias del héroe de la historia, no se da cuenta de que va asimilando mucha información acerca del entorno cultural donde se desarrolla la acción. Cuando termina la historia, es posible que haya descubierto por qué algunos niños no tienen la posibilidad de ir a la escuela, qué diferencias de trato hay entre niños y niñas en algunas culturas, cómo se celebran los matrimonios allí, o qué papel juegan los mayores en aquella sociedad. Puede descubrir que algunos personajes, como por ejemplo el de la bruja, son comunes; que los niños de otras tierras son igual de animistas que todos los niños del mundo ya que les otorgan vida y personalidad propia a los objetos inanimados. Descubrirá también que a todos y todas les gustan las canciones, los juegos tradicionales y que se sienten tristes cuando no están sus padres, en una palabra, que ser niño supone tener las mismas necesidades, independientemente del entorno cultural donde se críe.

El narrador de cuentos literarios es un mediador para la lectura, mediador entre el libro y el público: le acerca al público su propia lectura de la historia, poniendo más énfasis en aquellos aspectos que le hayan marcado, proyectando en la historia su sensibilidad personal, y haciendo que la historia resulte más viva y atractiva gracias a las técnicas propias de la oralidad. De este modo, está buscando motivar al oyente, para que él mismo la lea y obtenga su propia visión.

En definitiva, por el uso de herramientas comunes, la mediación intercultural y la narración oral son dos oficios muy relacionados entre sí. Por encima de todas las consideraciones técnicas o profesionales, ambas deben ser consideradas como dos modos de vida. Los pueblos más antiguos las han utilizado de una manera natural. La mediación es una filosofía de vida, una forma de regular los conflictos que han tenido la mayoría de los grupos humanos. En cualquier sociedad, siempre han surgido personas o métodos de resolución de conflictos basados en la mediación. Asimismo, la narración oral ha formado parte de la vida coti-



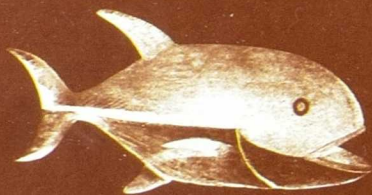
diana de los pueblos, porque gracias a ella, como lo subrayé anteriormente, se han mantenido los vínculos intergeneracionales.

Porque ayudan a acercar realidades desconocidas, porque no conocen fronteras ni barreras temporales, porque nos permiten descubrir que a pesar de las diferencias culturales, nos unen muchas cosas, los cuentos constituyen una de las formas más universales de tender puentes.



CAPÍTULO 4

América, los cuentos y otras magias





La renuncia definitiva al puesto de mediador intercultural me liberó física y mentalmente. Desde ese momento, no tenía más ataduras laborales ni geográficas para emprender nuevos caminos y disfrutar más plenamente de mi vocación de cuentacuentos. Por eso, pensé, el año 2005 se inauguraba bajo la propuesta de horizontes nuevos y lejanos. Fui invitado a participar en distintos festivales de cuentos por América durante casi dos meses, primero en Brasil y luego por cinco ciudades de Colombia. América, esta tierra hermanada con África por la Historia, y con la que siempre había soñado, este continente mágico y mestizo del que me enamoré leyendo *El canto general* de Pablo Neruda y toda la narrativa del realismo mágico, del neorrealismo peruano, esta América de la yuca, de la papa y del café, de los indios, negros y blancos, esta América tan soñada me estaba convocando.

En lo más profundo de mi conciencia tenía el presentimiento de que cualquier persona que quisiera dedicarse profesionalmente al oficio de narrar historias tenía la obligación de viajar y trabajar en América. Muchos compañeros españoles, que habían hecho ese viaje iniciático, me habían hablado de la importancia que tiene allí la narración oral, como manifestación artística y movimiento cultural. Y, finalmente, me había llegado esta oportunidad única de descubrirlo y vivirlo personalmente.

En el verano del 2005, con mis maletas repletas de cuentos, sueños y expectativas, emprendí la aventura americana.

Mientras esperaba en la sala de embarque del aeropuerto de Madrid, no podía dejar de pensar que los cuentos no sólo habían sido importantes



en la conformación de mi identidad cultural desde mi más tierna infancia; ahora, de mayor, ya convertido en un narrador profesional, también los cuentos estaban a punto de conducirme a mundos que de otra manera no sería fácil conocer, permitiéndome entrar en contacto con otros pueblos y “contaminarme” de otras culturas. ¿Quién me iba a decir veinticinco años antes, cuando recorría los senderos de mi aldea en compañía de mi ilustre padre, con una enorme calabaza de vino de palma en la cabeza, camino a las ceremonias de los ancianos, que algún día los cuentos me llevarían a lugares tan lejanos? ¿Qué pensaría mi primer maestro de escuela, Monsieur Kiki, si algún día le dijera que los cuentos tradicionales de mi pueblo me estaban llevando al otro lado del Atlántico? ¿Y mi padre? ¿Qué conclusión sacaría si yo le revelara que no sólo los Blancos de Europa son tan locos como para pagarme dinero para que les cuente cuentos, sino que existen en algún lugar del mundo pueblos más locos aún, que están dispuestos a comprarme un billete de avión, para volar durante diez horas, “sólo” para ir a contarles los cuentos que yo escuché de niño? Todos estos pensamientos me devolvieron por un instante al mundo de mi infancia.

Si la decisión de marcharme a Europa a los veintidós años de edad había marcado un importante hito en mi vida, si el abandono de un trabajo en una administración pública española fue una decisión valiente y arriesgada, el viaje a América suponía para mí una verdadera iniciación, a la vez que una confirmación de mi definitiva profesionalización. Era consciente de que acudía a una cita histórica, para dar y recibir, aprender y enseñar.

Me sentía con el espíritu abierto para observar y aprender, no sólo desde la perspectiva de la tradición oral. Mis ocho años de experiencia en el campo social me convertían en un observador privilegiado de la realidad sociocultural de los lugares a los que me llevaban los cuentos.

Brasil choca a cualquier visitante, y no sólo porque sus ciudades son muy extensas. Al llegar al aeropuerto de Río de Janeiro de madrugada, Guilherme, el amable conductor que me recogió, fue enseñándome las vastas “favelas” que rodean la ciudad, y que incluso están situadas detrás



de la “Prefeitura” (el ayuntamiento). Observé que Guilherme, amable y hospitalario, se saltaba sistemáticamente todos los semáforos en rojo.

—¿Qué pasa, Guilherme, aquí no se respetan los semáforos? Le interrogué.

—¡No podemos parar amigo! ¡Nos podrían asaltar! Aquí los carteristas han desaparecido, se han reconvertido en asaltadores.

Aunque no me dio más detalles de la situación, entendí desde ese primer momento que me hallaba en una ciudad donde las necesidades sociales y de supervivencia, el hambre y la miseria, empujaban a la gente a cometer ese tipo de actos. Las decenas de “favelas” que habíamos atravesado probablemente albergaban millones de brasileños y brasileñas hambrientos, que no tenían nada que perder salvo su propia vida. Al cruzar un oscuro túnel y entrar en el barrio de Copacabana me pareció que habíamos entrado en otra ciudad. Allí el conductor se detenía respetuosamente en todos los semáforos rojos, había policías y guardias privados apostados en todas las esquinas, y el tipo de urbanización y de gente que andaba por las calles me hizo sospechar que nos encontrábamos en un gueto para gente acomodada.

—¿Aquí es donde viven los ricos de Río de Janeiro? Le pregunté a mi amigo Guilherme.

—¡Qué va, amigo! Me contestó instantáneamente. Antes vivían los ricos aquí. Ahora Copacabana se ha quedado como un barrio vulgar; los verdaderos ricos se han ido más lejos, a Leblon. Los ricos siempre huyen de los pobres.

A mí, sin embargo, Copacabana no me pareció un barrio vulgar, en comparación con las numerosas “favelas” que habíamos atravesado desde el aeropuerto. Sus hoteles de lujo y sus enormes palacetes coloniales estaban todos amurallados y vigilados por personal armado hasta los dientes. Se respiraba un ambiente de máxima seguridad.

La quinta edición del Simposio Internacional de Contadores de Historias, fundado y dirigido por Benita Prieto, excelentísima narradora local con antecedentes gallegos, ese año se celebraba bajo el lema: “Minha terra



tem Historias”. Todo el festival transcurrió en un lujoso hotel de Copacabana y bajo estrictas medidas de seguridad. A lo largo de toda la semana acudieron miles de personas totalmente entregadas y dispuestas a escuchar historias en portugués y en español. Paralelamente, se impartieron cinco talleres sobre el arte de narrar historias y dos conferencias magistrales, con el aforo siempre completo. Pese al agradable trato de la organización y la proverbial hospitalidad de los brasileños, yo sentía una forma de frustración por no tener la oportunidad de conocer la realidad profunda de ese enorme país que es Brasil. Salvo una sesión de cuentos que celebramos en una residencia de ancianos en un pueblo situado a ochenta kilómetros de la ciudad, no hubo otro contacto con la cara menos amable de la ciudad, la más pobre y marginada. Me sentía encerrado en un gueto para unos cuantos ricos, que no me permitía apenas atisbar la profunda pobreza en la que viven otros millones de brasileños.

—Desde hace tres años es imposible entrar en las “favelas” de Río de Janeiro; incluso la policía entra allí siempre disparando—me explicaba una persona de la organización. Se han reorganizado las bandas y todas las organizaciones que hacían trabajo social con la gente de las favelas se han tenido que marchar. No tenemos interlocutores ahí. Y sin interlocutores que te lleven de la mano y garanticen tu seguridad, no puedes entrar en una favela. Sería un suicidio.

—Pero nosotros no somos policías ni delincuentes, —le contesté— somos contadores de historias, o sea gente de paz; no disparamos balas sino palabras y sueños, y creo que los muchachos de las favelas son los que más necesitan oír nuestros cuentos, y me imagino que estarían encantados de escucharnos y de soñar con nosotros un rato.

Como no me resignaba a marcharme de Brasil sin tener contacto con los niños de las “favelas”, pedí ayuda al medio centenar de participantes que asistieron al taller que impartí sobre “cuentos, interculturalidad y otros valores”.

—Yo te puedo llevar a una “favela” —me dijo un joven maestro de unos treinta años de edad. Trabajo con niños de la calle en una favela fuera



de la ciudad, a orillas de la carretera que lleva a Sao Paulo, y estarían muy contentos de conocerte y escuchar tus cuentos.

El día de la cita, a las siete de la mañana me despertó una intempestiva llamada telefónica que procedía de la recepción del hotel:

—¡Buenos días señor! Perdona que le despierte, hay un señor que le busca urgentemente en la recepción.

Bajé corriendo, intrigado por la urgencia que pudiera tener alguien que no me conocía. Al salir del ascensor, me encontré con la cara descompuesta de mi amigo el maestro que me iba a conducir a una favela. Llevaba en la mano un raquítico periódico de barrio, doblado en tres, y al entregármelo, me dijo desolado:

—No podemos ir a la favela. Ayer mismo asesinaron al cura de la favela, el barrio está tomado por la policía y los chicos no salen de sus casas.

Tras un momento de silencio incrédulo, y mientras contemplaba la portada del periódico donde salía la noticia, le pregunté a mi interlocutor:

—¿Puedo comprar este periódico en algún quiosco? acerté por fin a balbucear.

—No, no lo vas a encontrar en ningún sitio, a menos que vayas a la favela en cuestión. Yo te regalo este ejemplar. Estas noticias sólo salen en los periódicos de barrio.

—¿Por qué le han matado? Le pregunté al maestro.

—Aún no se sabe. La policía está investigando. Pero por lo que dicen los rumores en la favela, parece que ha sido un encargo. Seguramente los que han asesinado al cura no tenían nada personal contra él. Alguien los ha mandado.

Me marché de Río de Janeiro con una espina clavada, y mal sabor de boca, por no haber podido compartir mi arte con las personas que tal vez más lo necesitaban. Esta situación me hizo reflexionar sobre que el arte en general, y en particular el arte de contar cuentos, no debería ser sólo para el consumo de una élite minoritaria y privilegiada. Tratándose de



un arte que, además de ser una profesión digna y respetada, forma parte del patrimonio inmaterial de los pueblos. Como tal, debería ser más compartido y más democrático, es decir, alcanzar a las clases sociales más desfavorecidas y a las más populares, sobre todo en un país como Brasil, donde la herencia africana, marcada por la oralidad, se respira en la calle.

Dos mujeres negras que participaron en mi taller, ambas profesoras universitarias, de Historia de África y de Literatura Africana, me aseguraron que todo el público que había acudido al hotel a escuchar cuentos o a participar en los talleres pertenecía a la élite social o cultural de la ciudad. Me hablaron largo y tendido del sueño de África que aún pervive en el Brasil de hoy. Ambas mujeres, que procedían de Salvador de Bahía, parecían recién llegadas de alguna región yoruba de Nigeria, Benín o Togo; viendo mi enorme interés por la influencia de la cultura negra en su país, me prometieron llevarme a su región para enseñarme la fuerte vitalidad de la cultura negra.

Como profesional de la narración oral formado en las escuelas tradicionales, tales como el Consejo de Ancianos y el Árbol de la Palabra, siempre pensé que, además de contar historias, debo contribuir a tender puentes sociales y culturales entre los grupos humanos a los que me dirijo.

Por supuesto que nunca se me ocurriría pensar que el solo hecho de contar cuentos fuera capaz de transformar una realidad social marcada por la marginalidad y las desigualdades, como la de África o la de Brasil. Para esto existen otras herramientas, como el activismo político y la lucha de las ONG. Tampoco sería tan ingenuo como para creer que los cuentos pueden acabar con el hambre y las desigualdades que ni las políticas más ambiciosas como las del idealista Thomas Sankara¹, o las de Lula

¹ Thomas Sankara fue presidente de uno de los países más pobres del mundo, Burkina Faso, en los años 80. Era un joven capitán del ejército, y llegó al poder tras derrocar al régimen neocolonial apoyado por Francia. Instauró una revolución a la africana, que empezaba por devolver la dignidad y la autonomía a su pueblo y a toda África. Su país estaba rodeado de regímenes autocráticos y neocoloniales, como el de Houphouët Boigny de Costa de Marfil y el de Gnassingbé Eyadema de Togo. A la postre, con el apoyo de estos viejos dictadores y la complicidad de su amigo personal Blaise Compaoré, y del gobierno francés, Thomas Sankara fue derrocado y vilmente asesinado en 1986, poniendo fin a uno de los sueños más románticos de la política africana del siglo pasado.



Da Silva, pueden suprimir fácilmente. Ése, creo yo, no es el papel de los cuentos.

El papel de los cuentos se sitúa a un nivel más modesto, a escala micro. Actúan a nivel individual, casi de forma terapéutica y afectiva, o en grupos muy reducidos. Los cuentos ayudan a construir mundos imaginarios, a fortalecer nuestras identidades y a superar la adversidad de nuestra vida cotidiana. Por eso he comprobado a lo largo de mis más de diez años de experiencia que todo el mundo necesita oír cuentos: niños y adultos, pobres y ricos. Según Jean-Claude Carrière, la primera fuerza del cuento es la de trasladarnos de alguna manera a otro mundo, que luego construimos a nuestro antojo:

“...donde imaginamos las cosas en vez de sufrirlas, un mundo donde controlamos el espacio y el tiempo, donde damos vida a personajes imposibles, donde poblamos según nuestra voluntad otros planetas...un mundo sin límite y sin regla, en el que organizamos a nuestro antojo los encuentros, las peleas y las pasiones²”

Apenas me había instalado en mi asiento dentro de la nave que me llevaba a Medellín vía Bogotá, sobrevolando por primera vez los míticos Andes, se acercó un pasajero cuya mirada pareció iluminarse, signo de que me había reconocido:

—¡Usted es el cuentero! Exclamó. ¿Qué tal le han ido los cuentos en Río de Janeiro?

—Creo que me está confundiendo con otra persona, le contesté tímidamente al audaz pasajero.

—¡Claro que eres tú, el cuentero! Ayer mismo te estuve escuchando en un hotel en Copacabana, contaste una historia relacionada con el fuego... ¿No eras tú?

² Jean-Claude Carrière. *—Le cercle des menteurs. Contes philosophiques du monde entier.* —Paris: Editions du Plon.— 1998. Traducción libre del original en francés.



—¡Ah, sí!—, Le confesé. ¿Estuviste ahí? ¡Qué casualidad que coincidamos hoy en el avión, con lo grande que es Río de Janeiro!

—Yo soy colombiano, vivo en Bogotá pero vengo mucho a Río. Soy ingeniero de Avianca y me toca viajar aquí para trabajar con los aviones de la compañía.

—Mira, precisamente estoy viajando a Colombia para participar en cinco festivales de cuentos durante un mes y medio.

—¡Ah, sí! En Colombia hay mucha afición por los cuentos. Espera, voy a hablar con la jefa de cabina, y si hay sitio en preferente, nos sentamos ahí y conversamos más tranquilamente durante el vuelo.

Mi instantáneo amigo ingeniero desapareció detrás de las cortinas que separan la clase turista de la preferente, y unos minutos después volvió con paso acelerado y cara risueña:

—¡Listo! ¡Vámonos a preferente! Hay muchos asientos libres.

—Me llamo John Jairo, se presentó. Yo mismo, cuando era estudiante en la Javeriana solía contar cuentos, y con esta actividad conquisté a muchas chicas. En Colombia se venera la figura del cuentero; los que contábamos cuentos en la universidad triunfábamos con las mujeres; de hecho, como hay muchos controles policiales en los aeropuertos, te voy a dar un consejo: si tienes algún problema con la policía, diles que eres cuentero, y no te molestarán más.

Durante las cinco horas de vuelo, mi amigo no escatimó esfuerzos para que yo me sintiera como en casa; no sólo me aleccionó sobre la realidad social, política y cultural de su país, sino que me agasajó con bebidas y delicias gastronómicas que pedía continuamente a las azafatas. Al llegar al aeropuerto de Bogotá mi amigo se tomó la molestia de acompañarme en todos los trámites hasta verme embarcar en el vuelo que me llevaría hasta Medellín. A juzgar por la actitud de mi amigo, Colombia no parecía ser lo que yo había leído en la prensa internacional.

Apenas me encontré solo ante la policía colombiana, tuve la primera prueba de fuego:



—¡Lleva usted armas! Me dijo un oficial de seguridad de la policía colombiana que se encargaba de revisar las maletas de mano, en un tono entre interrogante y afirmativo. Me sonó casi como un reproche.

—¡No, señor! Le contesté indignado, y acordándome del consejo de mi amigo ingeniero, proseguí:

—Las únicas armas que llevo son las palabras. Yo soy cuentero, o sea un hombre de paz; vengo a participar en los festivales de cuenteros.

—¡Ah! Entonces puede seguir, me contestó el oficial en tono visiblemente más amable.

En el aeropuerto José María Córdoba de Medellín, me esperaba un voluntario de la organización del festival “Entre cuentos y flores”:

—Estoy esperando a un cuentero de Senegal, ¿no será usted? Me preguntó a quemarropa.

—Yo soy cuentero, pero no de Senegal, sino de Camerún.

—¡Es verdad! De Camerún. ¡Disculpe! ¡Bienvenido a Medellín, la Ciudad de la eterna primavera! De aquí en adelante le esperan sorpresas muy agradables. Todos los miembros de la corporación le esperan como si fuera una estrella de cine.

La ciudad de Medellín, o “Ciudad de la Eterna Primavera”, situada en un valle conocido como el Valle del Aburrá, estaba en plenas fiestas anuales, la Feria de las Flores. Anualmente, en esas fechas, se conmemora una vieja tradición según la cual, en tiempos pasados, los campesinos de los municipios circundantes bajaban a la ciudad para vender sus flores. Las montaban delicadamente en una especie de silletas que cargaban en la espalda; al margen de la penitencia física que suponía ese tipo de trabajo, las columnas de silleteros cargados de flores producían un efecto visual muy agradable para los habitantes de la ciudad.

La inauguración del festival “Entre cuentos y flores”, celebrada en el popular Parque Bolívar, pronto me confirmó las predicciones del voluntario que me había recibido en el aeropuerto. A las tres de la tarde, hora prevista para el inicio, cuando el eterno sol primaveral bañaba todo el



Valle del Aburrá, se reunieron en el parque unas trescientas personas para escuchar durante cuatro horas a los más de veinte cuenteros, entre invitados y cuenteros locales. No recordaba una multitud similar congregada en un espacio público “sólo” para escuchar cuentos. Actuando de maestro de ceremonia, Jota Villaza, excelente narrador paisa, hombre bueno y honesto, director del festival, iba presentando uno a uno a los cuenteros, que se subían al escenario para disfrutar de sus veinte minutos de gloria. Fue transcurriendo el tiempo y los cuentos. El público, lejos de cansarse, se mantenía curioso y entregado. En primera fila seguían las mismas caras, los mismos ojos, cada vez más hipnotizados, mientras la plaza seguía poblándose de nuevos oyentes.

—¿Cómo es posible que haya tanta gente en la plaza, y que además sea capaz de escuchar cuentos durante tanto tiempo? Le pregunté a Jota Villaza.

—A los colombianos nos gusta que nos echen cuentos, me contestó lapidario.

Desde el mismo día de la inauguración, quedé tan asombrado por el fervor popular que despierta el movimiento de la narración oral, que tuve el impulso de compartir esta experiencia con mis compañeros españoles que no habían tenido la oportunidad de vivirlo. Fue así cómo nacieron las “Crónicas colombianas”. Diariamente mandaba a una lista de correo electrónico a la que están inscritos la mayoría de los cuenteros españoles, las impresiones, sensaciones, novedades, que se producían durante la gira. Éste fue el capítulo de “Crónicas Colombianas. III”.

CRÓNICAS COLOMBIANAS. III

“Compañeros cuenteros:

Ayer, víspera del Día Grande de la Feria de las Flores, subí a una de las montañas que rodean el Valle del Aburrá, para contar en un corregimiento llamado Santa Elena. En España sería una pedanía. Precisamente en Santa Elena es donde los silleteros arman las silletas de flores que mañana transportarán durante el desfile. Cuentan por aquí que



se trata del espectáculo más bonito del mundo. En ese corregimiento nos tocaba contar a Jaime Escobar "Púrpura", de Bogotá y a mí. Lo hicimos de noche, en torno a una hoguera, en medio de un bosque frondoso al que llegamos tras media hora de camino a pie. El público estaba compuesto de una treintena de personas, entre hippies, naturistas, ecologistas, vegetarianos y practicantes de yoga. Casi todos habían subido desde la ciudad sólo para oír cuentos en ese entorno tan natural, emulando a nuestros antepasados que se reunían en torno al fuego para contar cuentos. A mí particularmente, esta velada de cuentos en torno al fuego, en medio del bosque y a mitad de la noche, me recordó aquellas veladas en las que yo aprendí a contar cuentos en mi aldea africana. Os aseguro que esta función formaba parte de la programación oficial de un festival internacional como el de Medellín. Hay una fuerza sobrenatural en el ser humano, que le empuja irresistiblemente a buscar sus orígenes. Durante la sesión de cuentos, como hacía bastante frío, estábamos a mil ochocientos metros de altitud, repartieron una bebida caliente que parecía té. A mí me ayudó a combatir el soroche, pero poco a poco, mientras contaba cuentos, empecé a trabarme la lengua, cosa que no me ocurría desde hace más de diez años. Fue entonces cuando me revelaron que la bebida caliente que estaba tomando no era otra cosa sino té de coca. Aquí hay una frase que dice: Dios inventó la coca, y los americanos inventaron la cocaína. Yo, en este caso debo dar gracias a Dios, porque con el té de coca no tuve soroche.

Ayer, Matías Tárraga contó en un bar popular, dentro de un barrio típico de la ciudad. El público estaba compuesto de jóvenes del barrio, que después de la sesión se quedaron bailando música reggae, salsa, e incluso música africana. Este país está empezando a sorprenderme gratamente. En Medellín, Ciudad de la Eterna Primavera, son las dieciocho horas y media, sopla una leve brisa y la temperatura es de veinte grados. Seguiré informando".

A diferencia de lo que había ocurrido en Río de Janeiro, aquí las funciones de cuentos se desarrollaban en todo tipo de espacios: teatros, bares populares, al aire libre, en centros culturales y en salas alternativas.



El Festival internacional de cuenteros de Alajuela (Colombia) "Ciudad de la Palabra" nos da la bienvenida.



Los habitantes de la región de Antioquia, cuya capital es Medellín, se llaman “paisas”. Son conocidos en toda Colombia por su gran espíritu emprendedor, su sagacidad e inteligencia. Pero yo los recuerdo por su ternura y hospitalidad. Durante los siete días que pasé en la ciudad, fui invitado diariamente a comer en distintas casas, a conocer la ciudad, etc...

Llegué a la conclusión de que la mayoría de los tópicos y estereotipos que circulan sobre algunos pueblos resultan ser visiones parciales, sesgadas y a veces interesadas de la realidad. Medellín, ciudad conocida en el mundo entero como violenta y peligrosa, se había revelado ante mis ojos como una ciudad abierta y cálida donde la gente regala sonrisa y generosidad. El árbol nunca debe impedirnos que veamos el bosque.

El mismo Día Grande de la Feria de las Flores, tras asistir en primera línea al desfile de los silleteros, los cinco cuenteros internacionales invitados a esta gira colombiana cogimos el vuelo que nos llevaría a Bucaramanga.

Conocida como la “Ciudad Bonita”, o también como “La Ciudad de los Parques”. Allí precisamente llevan diez años organizando un festival internacional de cuenteros llamado “Abrapalabra”, codirigido por la empresaria Sandra Fabiola Barrera, una mujer de armas tomar, y Francisco Pacho Centeno, un genial cuentero con fino sentido del humor.

Nada más instalarnos en nuestras habitaciones, y cuando nos disponíamos a descansar para recuperarnos de las fuertes emociones de Medellín, sonó el teléfono para convocarnos a una reunión de bienvenida en el salón del hotel. Allí, sentados en fila y vestidos con camisetas azules, estaban esperando una veintena de chicos y chicas que nos presentaron como el equipo de logística. Por turnos, fueron levantándose todos los chicos y chicas de logística para darnos la bienvenida y ofrecerse para “lo que quisiéramos”:

—¡Bienvenidos maestros! Me llamo fulano, durante los ocho días del festival les estaré acompañando en las presentaciones o aquí en el hotel, para que no les falte de nada. Para todo lo que necesiten, estaré encantado de atenderles.



Estaba claro que estábamos frente a un modelo de festival muy profesional. Desde el día de la acogida hasta la última función, todo transcurrió a la perfección: la organización era puntualísima en todo, no faltaba ningún detalle para que los cuenteros nos sintiéramos como reyes. Fuimos invitados a cenar todos los días a restaurantes diferentes; disfrutamos de SPA con baño y masaje antes de nuestra función.

Desde Bucaramanga, la Ciudad Bonita, envié esta crónica a España:

CRÓNICAS COLOMBIANAS. IV

Compañeros cuentistas:

Hace dos días que salimos de Medellín con rumbo a Bucaramanga, tras una semana de intensas emociones. Pero aún nos quedan otras muchas por vivir. Bucaramanga es la capital del departamento de Santander. Aquí la "cuentaría" es un fenómeno social de masas, casi una religión, y no exagero. El festival "Abrapalabra" que celebra la undécima edición cuenta con el patrocinio de todas las instituciones públicas, y de más de veinte empresas privadas. Se nota que cuentan con muchos medios económicos, porque la organización es muy profesional. El personal logístico, a diferencia de Medellín, está contratado; hay exactitud en todos los horarios previstos, etc...

Ayer conté en la UIS, en un auditorio al aire libre. En la función me acompañó Misael Torres, un cuentero y juglar de Bogotá con más de veinte años de experiencia. Nos escuchó un público compuesto exclusivamente de más de mil "PRIMÍPARAS". En el argot universitario de aquí llaman así a los estudiantes nuevos que están en pleno período de matrículas; luego pasan por una etapa que llaman "INDUCCIÓN", es decir, aclimatación a la vida y realidad universitarias. Los estudiantes antiguos siguen de vacaciones. Esta mañana me dijeron que iría a contar en un gimnasio a las ocho. Mientras recorriamos las calles de la ciudad camino del tal gimnasio pensaba que los cuentos no dejarían de darme sorpresas. Me imaginaba a hombres y mujeres sudando, después de levantar pesas o pedalear bicicletas, escuchando cuentos.



De todas formas, en España alguien me dijo alguna vez que terminaría contando cuentos en las iglesias, por la gran variedad de espacios donde lo había hecho. Y si puedo contar cuentos en una iglesia, ¿por qué no lo voy a hacer en un gimnasio? Mientras hacía estas reflexiones interiores, observé con sorpresa que ya estábamos saliendo de la ciudad. A unos cinco kilómetros, cogimos una bifurcación a la derecha; a la entrada de esta carretera asfaltada había un puesto de control que identificaba a todos los que entraban y salían. Supuse que se trataba de una carretera privada. Era muy empinada y tras dos kilómetros de subida llegamos a una enorme explanada que bien podría servir de pista de aterrizaje a un avión. En las instalaciones valladas se veían algunos muchachos en chándal y otros en uniforme azul.

—¿Esto es un colegio? Le pregunté al joven de logística que me acompañaba.

—¡Sí, maestro! Es el gimnasio donde usted va a contar hoy. Es un gimnasio del Opus Dei. Y aquí sólo estudian chicos; tienen también un internado, e incluso el profesorado es exclusivamente masculino.

En ese momento descubrí que, en Colombia, a algunos colegios les llaman gimnasios. Pues en este gimnasio, frente a un público de más de quinientos alumnos y profesores, conté cuentos durante hora y media, en español y en francés.

Dejando al margen el tema de los gimnasios, ayer contó en el auditorio principal de la UIS un cuentero de Bogotá llamado Gonzalo Valderrama.

Gonzalo Valderrama es el “Heavy metal” de la narración oral; escribe y cuenta sus propias historias basadas en la vida urbana y tiene un estilo totalmente propio e inimitable. Llenó el auditorio que tiene un aforo de más de mil butacas. Dos horas antes de la función, la cola para comprar entradas daba dos veces la vuelta al auditorio. Nos han contado que incluso es habitual la reventa de entradas. El abono para las seis funciones del auditorio cuesta ochenta mil pesos, unos treinta euros. Esto es bastante dinero para la economía de aquí. Todo lo que os cuento no hace más que confirmar el interés de esta gente por los cuentos. Seguiré informando”.



Reinaldo Ruiz, un cuentero del Caribe colombiano, y yo, nos desplazamos para contar cuentos a una localidad conocida como Barrancabermeja, situada a orillas del río Magdalena, en una zona muy montañosa a la que se accede por carreteras sinuosas llenas de hundimientos. Por ser zona petrolera, Barrancabermeja es una zona muy golpeada por la violencia del conflicto endémico que vive Colombia desde hace décadas. Está ocupada por militares y paramilitares, que recientemente han expulsado a la guerrilla. En este conflicto, al visitante le resulta harto difícil entender quién es quién. De vez en cuando se producen escaramuzas, retenes, toma de rehenes, etc...

En esta situación de tanto riesgo nos sorprendió la fuerte vitalidad de la tradición oral de los habitantes de Barrancabermeja. Nos recibió con todos los honores un excéntrico “grupo de amigos de la literatura”, compuesto por un filósofo medio loco, dos poetas románticos, un escritor costumbrista especializado en temas fúnebres, un político *hippy* que parecía recién salido de la Bohemia, y un maestro de escuela. Nos regalaron libros suyos editados de manera casera, revistas y recopilaciones de leyendas y tradiciones locales. La función se celebró en El Parque de la Vida, que no es otro que el antiguo cementerio municipal, rebautizado con ese paradójico nombre:

—¿Se habrán llevado a los muertos a otro lugar? Pregunté yo antes de iniciar la sesión.

—¡Claro que sí! Me tranquilizó uno de los miembros del club de amigos de la literatura, el más entendido en temas mortuorios.

A las seis de la tarde, hora prevista para el inicio de la función, se habían congregado más de mil personas, dispuestas a escuchar cuentos y evadirse de la violencia y la pobreza a las que les condena el estado de guerra. Empecé a observar que más de la mitad del público estaba compuesto de policías, militares y paramilitares. Entonces pregunté a la joven de logística que nos acompañaba:

—¿Estos militares están aquí para mantener el orden, o han venido a escuchar cuentos?



—Hay de todo. En los actos comunitarios de este tipo se suelen producir ataques de la guerrilla o toma de rehenes. Además de los que llevan uniforme, hay muchos policías secretas.

Nunca había tenido que contar cuentos en circunstancias semejantes, guardado por tantos militares. Con el miedo en el cuerpo, viendo cómo mi compañero Reinaldo Ruiz se reía de mí porque él estaba acostumbrado a este tipo de situaciones, empecé a contar. Para este ambiente tenso, elegí de mi repertorio aquellos cuentos susceptibles de crear distensión, humor y risa. Sobre todo dirigidos hacia mí mismo, que tenía la necesidad de relajarme y tranquilizarme. Poco a poco, observé que un nutrido grupo de militares escuchaban atentamente los relatos, algunos incluso se reían a carcajadas. Estaba claro que no sólo estaban allí para garantizar la seguridad. Entonces me acordé de mi amigo el ingeniero, aquel que conocí en el vuelo entre Río de Janeiro y Bogotá, que me dio este consejo: “Si tienes algún problema con la policía, diles que eres cuentero”.

Me acordé también de otras historias, como la que suele contar en primera persona Nicolás Buenaventura, uno de los grandes cuenteros colombianos, que relata la experiencia de un cuentero secuestrado por un grupo de sicarios y obligado a contar cuentos a su jefe durante horas. También me acordé de “El secuestro de la bibliotecaria”³, que relata la aventura de Ernestina Laburnum, una buena bibliotecaria secuestrada por unos bandidos y obligada a contarles cuentos y leerles libros en medio del bosque. Al final ella consigue sacar a relucir su lado humano, y convencerlos de que los libros y la lectura son muy importantes en la vida. Aunque los militares y policías de Barrancabermeja no eran comparables ni con los bandidos ni con los sicarios, aquella imagen de un grupo de soldados escuchando atentamente cuentos en el Parque de la Vida me resultó muy enternecedora.

Me intrigaba saber por qué los colombianos eran el pueblo que más escuchaba cuentos en el mundo; además quería saber por qué leen y

³ Margaret Mahy y Quentin Blake, *El secuestro de la bibliotecaria*. Madrid: Editorial Santillana. 1994.



escriben mucha poesía. Detrás de cada colombiano que yo me encontraba creía ver a un escritor real o potencial. Muchos fueron los que me regalaban sus propios libros, algunos auto-editados. A falta de explicaciones más racionales para esas dudas, se me ocurrió la teoría de que quizás los cuentos tengan un poder exorcista. En una sociedad tan acostumbrada a la violencia como la colombiana, escuchar cuentos puede ser una forma de refugiarse, huir de la realidad. Los colombianos deben ser conscientes de que mientras dure la sesión de cuentos no pasará nada. Toda la violencia, la maldición, el desamor, el odio, la tristeza o cualquier otro maleficio o desgracia que ocurre en los cuentos, siempre se quedará en los cuentos. Al final del cuento, siempre tendrás el consuelo de pensar: “no pasa nada, sólo ha sido un cuento”.

Empecé a pensar en la teoría del cuento como refugio. Los niños y niñas miedosas, acostumbrados a tener pesadillas nocturnas; a pesar de que tienen miedo a un determinado monstruo, bestia salvaje o personaje malvado, y así lo delatan sus reacciones físicas, ellos siempre te pedirán cuentos protagonizados precisamente por aquellos personajes que más miedo les causan. Mi experiencia en más de trescientos colegios me ha demostrado que a los niños y niñas, en general, les encantan los cuentos de miedo; se ponen a saltar cuando les anuncias un cuento de terror; necesitan sentir miedo; quizás en su actitud paradójica, como en la de los colombianos, hay una necesidad de exorcizar sus males. Los colombianos que acuden por millares a escuchar cuentos durante horas probablemente también buscan un asilo, una forma de refugio frente a la realidad cotidiana.

Pero también debo añadir que el público suele ser universitario, y que el movimiento de la “cuentoría” en Colombia se gesta en las universidades, lugares de gran ebullición cultural. La cantera está más que asegurada.

Al terminar el festival “Abrapalabra”, cogimos un autocar rumbo a Ibagué. En Colombia, debido al territorio accidentado, las distancias no se miden en kilómetros, sino en horas de viaje. Nadie consiguió decirme, ni siquiera con carácter aproximado, qué distancia había entre Medellín y Bogotá, entre Barranquilla y Medellín, o entre Bucaramanga e Ibagué.



Siempre me contestaban: “hay como doce horas de carretera”. Tras el agotador viaje que duró toda la noche, por carreteras sinuosas y en mal estado, llegamos a Ibagué a las seis de la mañana. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de los riesgos que habíamos atravesado, por las preguntas que nos hicieron los organizadores:

—¿No os ha pasado nada? ¿No habéis encontrado un retén de la guerrilla o de los paramilitares?

—¡No! Contestamos perplejos. Había un control policial en la zona de Caldas. Pero ni siquiera tuvimos que bajar del autocar.

Entonces nos explicaron los cambios que se habían producido con el nuevo presidente, Álvaro Uribe. Aunque no había unanimidad en cuanto a sus métodos, la mayoría de los colombianos reconocían que con el gobierno de Uribe había disminuido el índice de secuestros y muertos por la lucha política. El eslogan de su campaña fue “seguridad democrática”. Sus detractores cuestionaban precisamente los métodos que había utilizado, sacrificando algunos valores como la libertad. En todo el país se observaba una militarización generalizada. Había presencia policial y militar en todas las esquinas de las ciudades y en todas las carreteras.

Ibagué es la capital del departamento del Tolima, también conocida como la “capital musical” de Colombia. Aunque es una ciudad típicamente provinciana, tiene una vida cultural muy activa. El Teatro Tolima, donde se desarrollaba el festival, es uno de los más modernos y mejor equipados de todo el país. El festival de Ibagué era una franquicia de “Abrapalabra”, pero como suele ocurrir las franquicias éstas no funcionan como las matrices. En Ibagué, a diferencia de Bucaramanga, la organización brillaba por su ausencia. Desde el primer momento, los cuenteros que formábamos parte de la gira fuimos conscientes de la necesidad de autogestionarnos.

Si la organización era deficiente, el público respondió con un fervor que nunca habíamos imaginado. Todos los días, las mil butacas del Teatro estaban ocupadas por hombres y mujeres entregados a la magia de los cuentos. Era tal la entrega del público, que pedía “bises” en todas las



funciones. El director del teatro, que inicialmente se había desentendido de nosotros, hizo maniobras de acercamiento, y terminó dándonos todo el apoyo logístico que nos había faltado en un principio.

Al final de cada función, el público invadía el escenario para pedir autógrafos y retratarse con los cuenteros. En una ocasión, nos quedamos reflexionando los cuenteros extranjeros: aquí, se venera la figura del cuentero. Tiene reconocimiento social y profesional. Me acordaba de la pregunta que un día me hizo aquel funcionario del Ministerio de Trabajo español: “¿se puede vivir contando cuentos?”; tampoco me hicieron nunca la broma de mal gusto: “tú realmente vives del cuento”.

Al finalizar una de estas funciones multitudinarias, se me acercó un grupo de diez estudiantes, liderado por un joven audaz y soñador:

—¡Buenos días maestro! Me llamo Juan Felipe Godoy Zárata, estos son mis compañeros de clase. Somos alumnos de la Escuela Normal Superior de Ibagué, estamos en grado doce (segundo de bachillerato en España) y somos futuros maestros. Nuestro sueño es poder convertirnos en cuenteros. Nos han gustado mucho sus cuentos, y nos gustaría invitarle a un intercambio cultural en nuestra escuela, si no es mucho pedir.

La actitud de estos chicos y su espíritu e iniciativa me conmovieron.

—¡Vale, acepto vuestra invitación! Le contesté. ¿Cuándo queréis que vaya a vuestra escuela?

—Bueno, tenemos que hablar con la directora, para ver la fecha y otras condiciones. Todo el mundo se va a llevar una gran alegría. Hoy mismo le llamo al hotel y se lo confirmo.

A las dos horas ya tenía la confirmación por parte de Juan Felipe de que al día siguiente me esperaban en la Escuela Normal Superior de Ibagué para un intercambio cultural. Las cosas no podían ir mejor para las expectativas que tenía sobre mi gira colombiana. El aspecto de mi trabajo que más apasiona es tener intercambio con la juventud, dialogar con las personas que acuden a escuchar mis cuentos; estos diálogos que he venido manteniendo con gente de distintas regiones de España, con jóvenes de barrios marginales y de zonas acomodadas, con mujeres mal-



tratadas, o con otras personas que tienen síndrome de dawn, han ido enriqueciendo mi patrimonio inmaterial.

En la Escuela Normal Superior de Ibagué me recibió una representación del equipo directivo y del claustro, con la directora al frente. Tras las palabras de bienvenida, la jefa de estudio me invitó a visitar las instalaciones de la Escuela; bloque por bloque, fue presentándome las distintas dependencias y a sus *inquilinos*. Tras los actos protocolarios, fui conducido al salón donde se iba a celebrar el intercambio. Después de la sesión, de dos horas, me plantearon todo tipo de dudas relativas a la realidad de África y de España. Ellos me hablaron de la violencia política de su país, y también de sus sueños y de sus frustraciones. Al terminar el intercambio, se les veía muy emocionados, se quitaron objetos personales como pulseras y pañuelos, para regalármelos. Actuando de portavoz del grupo, Juan Felipe Godoy me hizo entrega de una enorme bandera de su país. Como colofón, una delegación de estudiantes me invitó a almorzar en un mercado popular, donde acuden los obreros a comer los platos más típicos del país, como el sancocho y las arepas de todo tipo.

En tan sólo cuatro días de estancia en la capital musical de Colombia, aún me quedaban más sorpresas y emociones por vivir. Lo reflejé en esta quinta crónica que mandé a los cuenteros españoles:

CRÓNICAS COLOMBIANAS. V

Compañeros de cuentistas:

Rápidamente os cuento las últimas novedades de mi corta estancia en Ibagué. Esta mañana, Juan Madrigal, cuentero costarricense, dos cuenteros locales y yo mismo hemos sido invitados a contar cuentos en un campamento de desplazados. Hasta hoy, no tenía yo idea de lo puede ser un campamento de desplazados; incluso tenía una imagen errónea del concepto de "desplazados".

El campamento al que hemos ido está situado a unos treinta kilómetros de la ciudad. En él viven desde hace más de diez años un grupo de cincuenta familias, todas ellas de campesinos procedentes de la costa pacífica.



Según me han contado, un día fueron violentamente expulsados de sus tierras por el terrateniente de turno, con la ayuda de los paramilitares. Una mañana, desembarcaron en sus casas y les dieron cuatro horas para abandonar las tierras donde siempre habían vivido, donde habían sembrado, y donde habían nacido sus hijos. Para colmo, cuentan que el terrateniente en cuestión era embajador de Bélgica en Colombia. Como mi mente no es capaz de entender cuestiones tan complicadas, ni me atreví a preguntarles qué pinta un embajador belga expulsando de sus tierras a los campesinos colombianos. Hay cuestiones de este país que nunca entenderé.

En el campamento, vigilado por el ejército, viven cincuenta familias que tienen un total de ciento noventa niños de todas las edades. El Estado le dio a cada familia cinco hectáreas de terreno árido, para cultivar. He mirado el entorno del campamento, y parece el mismísimo desierto del Sahara. Ésta, queridos compañeros, también es Colombia, la del dolor y las injusticias. Yo sentiría una vergüenza insuperable si me hubiera marchado de este país sin tener la oportunidad de compartir mi arte con los niños que viven en esas condiciones.

En alguna ocasión, en mis "crónicas colombianas" defendí la necesidad de que nuestro arte llegue a la gente más necesitada. Yo no soy capaz de describirlos la felicidad que se reflejaba en las caras de esos niños y niñas que lo han perdido todo; estuvieron sentados de forma disciplinada, cantaron con nosotros, escucharon nuestros cuentos sin pestañear durante hora y media. Os aseguro, sin ánimo de exagerar, que sólo por la satisfacción que me ha proporcionado el hecho de arrancar una sonrisa a estos niños, yo hubiera viajado a Colombia.

Esta noche tenemos la función de clausura. Nos han dicho que está todo vendido. Mañana a primera hora, salimos para Bogotá. Estoy empezando a ponerme nervioso. Dicen que es una ciudad enorme, hostil y peligrosa. Me decían lo mismo de Medellín y me encontré con una ciudad muy agradable, acogedora y tierna. En Ibagué, capital musical, son las seis de la tarde, y hace veintitrés grados.

Seguiré informando".



Bogotá nos recibió con lluvia, frío y mal humor generalizado. Situada a más de dos mil metros de altitud, es una de las grandes metrópolis de Latinoamérica. El ambiente que reina entre los cuenteros bogotanos me asustó desde el primer momento. En una función nocturna, un cuentero extranjero residente en la ciudad se dedicó a despotricar contra otros compañeros del oficio, delante del público. Afortunadamente, conozco a dos excelentes cuenteras locales, Carolina Rueda y Amalia Lu Poso, que aunque estaban al margen del festival en el que íbamos a participar, pudieron explicarme por qué había tanta tensión en el ambiente “cuenteril” bogotano.

—La mayoría de las vacas sagradas de la narración oral están aquí, me dijo Carolina Rueda. Aquí es donde se gestó hace unos veinte años todo este gran movimiento. Hay muchos intereses, muchas escuelas, mucho afán de protagonismo.

Con lo grande que es la ciudad de Bogotá... Habrá público y *mercado* suficientes para todos los cuenteros de la ciudad, pensaba yo ingenuamente. Siempre había creído que, en sí misma, contar historias es una de las actividades más amables que puede realizar una persona porque genera un espíritu positivo, no sólo entre el narrador y el público, sino también dentro del propio oficio; nunca me hubiera imaginado que algún día me encontraría con una atmósfera tan hostil.

Me acordé entonces de las sabias palabras de mi padre, en referencia a las disputas intestinas de los abuelos en las reuniones del árbol de la palabra, cuando me decía: “hijo mío, en cualquier actividad humana, donde exista roce entre las personas siempre se generarán conflictos. A veces será porque unos quieren ser más protagonistas, otras porque quieren llegar antes, comer más, o simplemente para que se les oiga más”.

También me acordé de un amigo economista de Móstoles, que me advertía: “en cuanto contar cuentos se convierta en una actividad que genere dinero, es decir, en cuanto el público esté dispuesto a pagar por ir a escuchar cuentos, ya verás que entrarán los grandes capitalistas y se harán con el negocio.”

Yo recordaba todo esto, mientras me seguía negando rotundamente a admitir que el éxito comercial y de público fuera responsable de la ten-



sión que reinaba entre los cuenteros de Bogotá. El público colombiano está dispuesto a pagar por escuchar cuentos, pero el espíritu que los empuja, igual que el que empuja a otros colombianos a convertirse en cuenteros, no es precisamente un espíritu mercantilista.

Nuestra estancia en Bogotá transcurrió sin pena ni gloria; todos los que formábamos parte de la gira nos contagiarnos del clima físico, ambiental, y psicológico, de tal manera que caímos en un fuerte bajón anímico; afortunadamente teníamos todas nuestras expectativas puestas en la última etapa de nuestra gira, el Caribe colombiano.

Tras una hora de vuelo, llegamos a Barranquilla, en la costa caribeña, a cincuenta kilómetros de Cartagena de Indias. Nos recibieron el calor húmedo y bochornoso, y los no menos cálidos barranquilleros. En esta zona del país hay mucha presencia negra y de la cultura afro. Los barranquilleros tienen un ritmo vital puramente caribeño. El tiempo del reloj es muy relativo para ellos; la inauguración del Festival “El Caribe cuenta” empezó con dos horas de retraso y a pesar de ello el público esperó pacientemente. Era un domingo por la tarde, en la explanada del principal campo de fútbol de la ciudad.

En un escenario de un metro de altura, iban desfilando los distintos cuenteros invitados, tanto locales, nacionales como extranjeros. Cuando me tocó el turno subí vestido como de costumbre, con las coloridas túnicas africanas, entonces todos los presentes descubrieron que yo no era un negro de Barranquilla; por las historias que conté en media hora, por mi acento, todos sabían que tenían enfrente a alguien que venía de África. Al bajarme del escenario me esperaba una veintena de jóvenes negros y mulatos que me rodearon y casi hipnotizados, me preguntaron:

—¿Tú eres de África?

—¡Sí! Les contesté.

—Pero ¿naciste ahí? Prosiguieron

—¡Sí, yo nací y me crié en África!



Boni con un grupo de cuenteros de todo el mundo en Costa Rica.





Se produjo instantáneamente un momento mágico de comunión entre los negros de Barranquilla y el negro venido directamente de África. El grupo se iba ampliando con nuevos curiosos, que me preguntaban si los cuentos que acababa de contar eran de África, si les podía hablar en algún idioma o cantar alguna canción de África. Parecía que habían estado esperando toda la vida el encuentro con sus raíces, con la tierra donde habían nacido sus antepasados. A medida que yo iba contestando a sus preguntas crecía la curiosidad entre mis admiradores; unos me regalaron discos con versiones originales de música africana y objetos personales como pulseras, otros me invitaron a sus locales de ocio. El encuentro con una persona negra que era capaz de hablarles de África en primera persona parecía haber producido una auténtica catarsis.

Al margen de las actividades propias del festival, mi estancia en Barranquilla transcurrió entre locales de ocio para negros y fiestas privadas de percusión afrocolombiana.

—La próxima vez, te llevaremos a San Basilio El Palenque, donde viven los negros, me aseguró una mujer líder de las comunidades negras.

Con esa promesa de visitar el feudo de los negros, y con el corazón repleto de emociones encontradas, me marché de Barranquilla y de Colombia. Un mes y medio de gira por los principales festivales de cuenteros de todo el país me había permitido descubrir la fortaleza y la vitalidad de la oralidad en un país desgarrado por todo tipo de violencias.

Mientras sobrevolaba el Atlántico de vuelta a España, pensaba en la necesidad de vivir en paz y armonía. Me preguntaba si era verdad o sueño todo lo que había vivido durante cuarenta y cinco días, los baños de multitudes, el calor del público, las vivencias amargas del campamento de desplazados en Ibagué, la inmensa ternura de la gente, etc... Necesitaba al menos otros tres meses para procesar toda la información y la emoción recibidas. ¿Era verdad que “sólo” los cuentos habían sido responsables de que yo viviera todas estas realidades? ¿Mi abuelo materno tuvo razón cuando le dije a mi madre que algún día yo no sería de nuestra aldea? ¿Entonces se refería a que los cuentos me iban a llevar tan lejos? Esta fue la última crónica que mandé a España desde Colombia:



CRÓNICAS COLOMBIANAS. FIN

Amigos de cuentistas:

Mi largo periplo por las tierras colombianas llega a su fin. Mañana cojo el avión para Madrid. Llega la hora de la despedida, de la nostalgia y del balance. He aprendido mucho en esta larga gira; la primera lección es que los colombianos tienen una extraordinaria capacidad de escucha. Por encima de todo, lo más grandioso de mi gira colombiana ha sido el público. Sin ir más lejos, esta mañana hemos improvisado una función en la universidad, al aire libre, con muy malas condiciones ambientales, y con más de cuarenta y cinco grados a la sombra. En menos de diez minutos se han congregado más de trescientos estudiantes para escucharnos durante hora y media.

La segunda lección es que la red de festivales de cuenteros que se ha puesto en marcha es un modelo de organización exportable. Sin embargo, habría que pulir aspectos como la coordinación entre un festival y otro, para que no parezcan una mera sucesión de festivales, sino una red.

La tercera lección que he aprendido es que Colombia es un país que hay que descubrir, porque está lleno de encanto y de magia; en muchas ocasiones, me ha roto los esquemas y los prejuicios. Para mí, el hecho de llegar a una ciudad como Barranquilla y encontrarme con la fuerte presencia negra ha sido una experiencia a la vez enriquecedora y dolorosa, porque me recuerda lo que terminó hace más de un siglo.

También os quiero confesar que la gira me ha parecido muy larga, porque antes de llegar a Colombia, ya estuve una semana en Brasil. La próxima semana quiero recuperar mi vida normal, si es que alguna vez la tuve, y compartir con mis amigos y familiares el sueño que los cuentos me han permitido vivir. En Barranquilla son las once de la noche, las calles están desiertas porque los barranquilleros duermen, y hace un calor sofocante.

Al poco tiempo de regresar a España volvía a hacer las maletas rumbo a América de nuevo. Esta vez, para conocer un país único en el mundo. Situado en Centroamérica, Costa Rica es uno de esos países pacíficos que



despiertan la envidia no sólo de sus vecinos, sino también de muchos países ricos.

Juan Rafael Madrigal, más conocido en el mundo de la narración como Juan Cuentacuentos, formaba parte de la gira colombiana. Juan es un niño metido en un cuerpo de adulto. Juguetón y mágico tanto con niños como con adultos, anda por el mundo con la guitarra al hombro, cantando y contando historias a niños y mayores. Es el pionero de este movimiento en su país, y lleva más de veinte años viviendo del oficio de cuentero, en un país donde la narración oral está en pañales. En cuanto me conoció en Medellín, me dijo:

—Boni, tú tienes que venir a Costa Rica, al festival que yo dirijo en Alajuela. Quiero que hables a los costarricenses, quiero que les hables del respeto que tenéis en África a las personas mayores. Quiero que conozcan tu experiencia, que sepan que fueron los mayores de tu pueblo los que te transmitieron este arte y esta sabiduría. En mi país estamos empezando a perder los valores de respeto hacia la gente mayor. Como la calidad de vida es buena, y la esperanza de vida está subiendo mucho, los mayores se están quedando solos en los asilos.

Con este desafío desembarcaba en el aeropuerto de San José en noviembre de 2005, para participar en la primera edición de FICU (Fiesta Internacional de Cuenteros de Alajuela). Alajuela es un municipio tranquilo situado a veinte kilómetros de la capital. Tiene una larga tradición de oralidad. En su parque central, es habitual encontrar a todas horas grupos de abuelos y jóvenes conversando. Los alajuelenses se sienten orgullosos de su ciudad, a la que han bautizado como “Ciudad palabra”. La inauguración del festival, a la que acudieron la viceministra de cultura y el alcalde de la ciudad, fue un acto muy emotivo. Coincidiendo con la celebración del Día Internacional de los Derechos del Niño, los protagonistas del acto fueron niños y niñas de seis a nueve años. Formados en el arte de contar historias por el propio Juan Madrigal, fueron subiendo al escenario para contar historias tradicionales o literarias, todo ante un nutrido público de más de trescientas personas. Por razones del aforo, más de la mitad del público se había quedado en la puerta. Si comparamos con



la afluencia de público en los festivales de Colombia, esta función inaugural de Alajuela resultaría casi familiar. Pero Costa Rica sólo tiene tres millones de habitantes, y ese era el primer festival de cuentos en la historia de todo el país. En todo mi recorrido como cuentero, no recuerdo haber visto a los niños y las niñas asumir tanto protagonismo en un festival internacional. Estos niños y niñas de Alajuela nos dieron a los cuenteros profesionales una lección sobre la naturalidad, la frescura y la sencillez a la hora de contar historias.

Esta fue la primera crónica costarricense:

CRÓNICAS COSTARRICENSES. I

Ayer me tocó una función casi “taurina” en Atenas, municipio de veinticinco mil habitantes perteneciente a la provincia de Alajuela. De Atenas se dice que tiene el mejor clima del mundo. Al lado hay otro municipio que se llama Grecia, a pesar de que Costa Rica no tuvo relaciones coloniales con los helenos. No vais a creer lo que os voy a contar, pero os ruego un esfuerzo de imaginación, porque vuestro oficio de cuenteros lo merece.

La función, compartida con dos jóvenes narradoras locales, se celebró en el salón de actos de la principal escuela pública. Al llegar al lugar, nos han comunicado que se esperaba la presencia de las autoridades, lo que obligaría a seguir un estricto protocolo. Acto seguido, me han urgido para que me vistiera, aunque faltaba casi una hora para el inicio del acto. La razón no era otra, según me explicó la maestra de ceremonia, que los “artistas” teníamos que hacer una entrada triunfal en la sala, para recibir el calor del público.

A las siete de la tarde, las autoridades locales compuestas por el alcalde, el cura y el director de la escuela estaban sentadas en primera fila. Los tres artistas y una niña del colegio que se había ganado el honor de acompañarnos en la función tras superar un difícil concurso, estábamos en la puerta principal del salón de actos. La situación me resultaba un tanto extraña, pero observé que mis acompañantes no tenían en sus miradas ni la más mínima expresión de extrañeza. Decidí actuar con



naturalidad y seguir el juego. Nos escoltaban dieciséis muchachos, todos ataviados con el uniforme de la escuela. Todo estaba listo para empezar la función. No sé porqué en ese momento sentí que el ambiente tenía unas connotaciones taurinas, los cuenteros éramos los toreros y los dieciséis muchachos formaban parte de nuestras cuadrillas.

Tras pronunciar un pomposo discurso en el que recalcó la magnitud del evento, la maestra de ceremonia, con el micrófono en la mano, empezó a leer nuestras biografías y a nombrarnos uno a uno. Al ser nombrado, cada cuentero atravesaba toda la sala desde el fondo, acompañado de su cuadrilla, bajo una atronadora ovación del público puesto en pie. Yo identifiqué esta fase con el paseillo.

La faena (para seguir con el símil taurino), empezó con el afortunadamente breve discurso del alcalde, siguió con la actuación de los teloneeros que eran niños del colegio, y terminó con la actuación de los tres cuenteros profesionales. No me negaréis que la gente de estas tierras tiene mucha inclinación al protocolo.

Por la noche, cuando estábamos cenando, se acercaron a nuestra mesa dos niñas, de seis y once años, a pedirnos un autógrafo. Al preguntarles si estaban solas a esas horas de la noche, me contestó una mujer de mediana edad que les esperaba a dos metros:

—Están conmigo. Yo soy su tía. No te imaginas la terapia que ha supuesto para estas niñas escuchar tus cuentos esta noche. Ayer mismo enteramos a su madre, que era mi hermana. No encontraba yo la forma de consolarlas, y con tus cuentos tú me acabas de ayudar.

Estaréis de acuerdo conmigo si afirmo que los cuentos tienen un valor terapéutico. En Alajuela, Costa Rica, son las nueve y media de la mañana. ¡Pura Vida!”

Cuando el festival alcanzaba su ecuador, con gran éxito de público en todas las funciones, corrió el rumor de que el presidente de la República había manifestado su deseo de recibir a la delegación de cuenteros que estaban participando en el Festival de cuentos de Alajuela. Tardó muy poco en confirmarse la noticia:



—Mañana nos recibirá el presidente de la República en la Casa Presidencial—nos anunció Juan Madrigal en medio del júbilo general. No existían antecedentes de lo que iba a ocurrir. Llegó el día, y a las doce del mediodía cuatro coches oficiales de la presidencia llegaron al hotel para recogerlos. En la delegación íbamos Juan Madrigal, director de FICU 05, Francisco Pacho Centeno, director del festival de cuenteros “Abrapalabra” de Bucaramanga, Colombia, Edgard Valeriano y Mariano Rodríguez, ambos del grupo Bambú de Honduras, el periodista encargado de prensa en el festival y yo mismo. Nunca había sospechado que entrar en un palacio presidencial fuera tan sencillo. Sólo identificaron a los conductores; en la puerta no había ni policías, ni militares. No en vano nos encontrábamos en uno de los pocos países del mundo que no tiene ejército. Aquí se dice popularmente que tienen un ejército, pero de maestros.

Durante la entrevista con el presidente, Don Abel Pacheco se mostró muy interesado por el fenómeno de los cuentos. Psiquiatra de profesión, él mismo tiene publicados varios libros de cuentos y conoce perfectamente el valor de este género que define de la siguiente manera:

—Para mí— nos confesó el presidente de Costa Rica— los cuentos son la mejor forma de transmitir sentimientos, emociones, valores. Rescatan lo más profundo e íntimo del ser humano. Tienen una estrecha relación con la poesía, en la forma y en los contenidos.

A petición del presidente, acabamos contando los mejores cuentos de nuestro repertorio durante más de media hora. Al día siguiente, la noticia apareció en la portada de varios periódicos nacionales. Este gesto, el encuentro de un presidente de la República con una delegación de cuenteros, significó un importante respaldo a nuestro oficio.

Nada más salir del palacio presidencial, me llegó un fax a la oficina del festival, que rezaba: “el Comité Cívico Cultural Negro de la provincia de Limón desea recibir al cuentero africano Boniface Ofogo Nkama. Nosotros corremos con todos los gastos”.

—¡Yo quiero conocer a los negros de Limón! Le dije al director del festival.



—¡Ni hablar! Me contestó vehemente. Si vas a Limón, los negros no te dejarán volver, y ¿qué hago yo con las funciones que te quedan? Ellos son muy orgullosos de sus raíces y ver a un africano como tú será todo un acontecimiento para ellos. Es mejor que vayas cuando termine el festival.

Ramiro Crawford, una especie de Denzel Washington del Caribe, director de una revista dedicada a la negritud, y Haydee Jiménez, una dinamizadora cultural del Ministerio de Cultura, fueron los encargados de conducirme al encuentro con los negros de la Costa. Aunque la distancia entre San José y Limón es de apenas doscientos kilómetros, el viaje duró más de cuatro horas. En la práctica totalidad de los pueblos de la provincia mis guías iban parando para presentarme a los líderes locales. Éstos, emocionados, me agasajaban con los productos y platos más típicos, entre ellos el famoso “rice and beans and coco”⁴.

Desde Madrid, redacté la última crónica de mi estancia en Costa Rica, teñida de reflexiones amargas:

CRÓNICAS COSTARRICENSES. (REFLEXIONES SOBRE LAS HUELLAS DE LA ESCLAVITUD)

La última crónica costarricense, la escribo desde Madrid, tras una estancia llena de enseñanzas entre los tikos⁵. Aunque escribo esta crónica desde España, en realidad es como si lo hiciera desde allá, y os explico por qué.

Los últimos dos días viajé a Limón por invitación del Comité Cívico Cultural Negro, una entidad que trabaja por la preservación del legado cultural africano. Limón es la provincia con mayor proporción de población negra; aproximadamente un cincuenta por ciento de la gente de aquí es negra o mestiza. Tienen mucha vinculación con Jamaica, de donde fueron traídos en el siglo XIX para construir el ferrocarril. De hecho casi todos los limonenses hablan inglés, sus apellidos son ingleses. Muchos

⁴ Plato típico común a los negros del Caribe, que se prepara con arroz, frijoles y coco rayado. A veces, lo acompañan con pollo asado.

⁵ Modo coloquial de referirse a los costarricenses.



jóvenes negros piensan incluso que sus raíces están en Jamaica; su música preferida es el reggae y el calipso.

Hoy el ferrocarril que construyeron ha sido abandonado a favor de la empresa de transportes de un ex-ministro. Limón se ha convertido en una zona marginada y pobre. El paro, la droga y la pobreza son la constante.

Mi visita a Limón coincidió con la despedida de un pastor reformista que se trasladaba a Panamá. Los negros de Costa Rica, como creo que en general lo son todos los negros del mundo, son muy religiosos. Aquí las religiones dominantes son de la rama protestante. Nada más llegar a Limón fui conducido a la Iglesia Reformista, donde cientos de fieles estaban despidiendo a su pastor. Mi visita había sido anunciada con bombo y platillo. Igual que en Jamaica, en Haití, o en Cuba, el sueño africano de los negros costarricenses sigue vivo. Tras improvisar el pertinente discurso en el que les transmití el saludo de África, fui conducido a otras dos iglesias, en las que se repitió el mismo ritual.

Por la tarde, celebré un encuentro-función en el Centro Cultural Marcus Garvey, construido en 1888 por el mismísimo líder negro jamaicano, y restaurado en 1990 por el gobierno de Óscar Arias. Es un centro que, a pesar de su carácter vetusto, mantiene viva la memoria del pasado. Los niños, niñas y adultos escucharon con gran interés los cuentos que venían directamente de África, de la tierra de sus antepasados. Una mujer de mediana edad salió espontáneamente a contar cuentos de Brother Ananzy, (Hermano Araña), que muchos de los jóvenes limonenses consideraban como cuentos norteamericanos o ingleses. Me costó convencerles de que los cuentos que tenían como protagonista a la astuta araña procedían del África Occidental, concretamente de las regiones yoruba, como Benín y Nigeria. De estas regiones salieron precisamente la mayoría de los esclavos que llegaron a América.

Me marché de Limón con una sensación de dolor por el recuerdo de aquellos crímenes cometidos por las potencias europeas en las prácticas de la esclavitud. Hace casi tres siglos, los antepasados de esta gente fueron violentamente arrancados de sus aldeas y posteriormente tratados como simple ganado, obligados a realizar los trabajos más inhumanos. Más de



dos siglos después, la situación de los descendientes de aquellos esclavos sigue siendo de desarraigo. Por ejemplo, hasta mediados de los años 60, los negros costarricenses confinados en la provincia de Limón, no podían abandonarla sino con un permiso especial. Hoy en día, tienen libertad de movimiento por todo el país; pero Limón se ha convertido en la región más pobre de Costa Rica, a pesar de que cuenta con el principal puerto marítimo. Quien haya visitado el pueblo limonense de Puerto Viejo, el gueto colombiano de San Basilio, Salvador de Bahía en Brasil, Nueva Orleans en Estados Unidos, por no hablar de países enteros como Haití, llegará a la conclusión de que, para muchas comunidades negras de América, el tiempo parece haberse detenido. Martha Johnson, una líder local del movimiento cultural negro, mujer con conciencia política y memoria histórica, fue la primera mujer negra que ocupó un cargo público en Costa Rica, como gobernadora de la provincia de Limón. Esta mujer autocrítica con la actitud conformista y autodestructiva de muchos negros de Limón me confió:

“Los negros hemos sido víctimas de la mayor ofensa que puede sufrir un ser humano, incluso peor que el holocausto. Después de tres siglos de humillación, la esclavitud fue abolida, pero ¿quién se ha preocupado de enseñarnos a superar esos traumas? ¿Quién nos ha enseñado a vivir en libertad, después de muchos siglos privados de ella? Los judíos han sido rehabilitados, aunque sea a nivel de reconocimiento y con la creación de un Estado, pero nosotros no. Nadie se atreve a plantear la reparación de las pérdidas causadas por la esclavitud. La verdadera esclavitud, la esclavitud mental, sigue instalada en nosotros”.

Pero no todo fue amargura en mi estancia limonense. El encuentro con los negros de la diáspora produjo una catarsis tanto en mí como en ellos. Instantáneamente, descubrimos que entre ellos y yo nos necesitábamos mutuamente. Ellos me necesitan a mí, porque en mí ven la huella de su pasado. Yo los necesito a ellos porque, desde pequeño, siempre me preguntaba qué había sido de aquellos hermanos que habían sido vendidos a los negreros. Siempre me preguntaba si habían sido capaces de conservar los elementos fundamentales de su identidad cultural, como, por ejemplo, la rica tradición oral. En Limón tuve la sensación de que la



identidad cultural de los negros era difusa, confusa y sin rumbo. Su memoria histórica sigue viva; pero necesitan un apoyo para fortalecer sus identidades culturales. En vista de todo lo anterior, el Comité Cívico Cultural Negro y yo llegamos a la conclusión de que hacen falta puentes que permitan a ambos mundos conocerse y enriquecerse. Como primer paso de este puente cultural, el Comité me invita a realizar en Limón una gira en el transcurso del año 2006, en la que no sólo les contaré cuentos a los niños limonenses; también tendré reuniones con los más viejos, sesiones de trabajo con jóvenes, intercambios culturales con los colegios.

Por mi parte, la próxima gira en Limón me permitirá estudiar a la diáspora limonense desde el punto de vista del fenómeno de la oralidad. Analizando las leyendas, mitos, fábulas, cantos y otras tradiciones orales, pretendo descubrir de qué zonas de África proceden, y qué cambios se han producido con el paso del tiempo y el contacto con otras comunidades.

Una vida de cuento da para mucho: para aprender, enseñar, descubrir, transmitir, emocionar, vivir y ganarse la vida; también sirve para tender puentes entre las comunidades y fortalecer las identidades culturales.

Reflexiones Capítulo 4

La transmisión oral entre
los afrodescendientes
latinoamericanos y
su referente africano

1. El valor de la memoria

Entre los siglos XVI y XVIII, más de veinte millones de africanos llegaron esclavizados a distintas costas de las Américas, en un comercio inhumano que supuso la mayor humillación que haya sufrido jamás nuestra especie. Por razones de cercanía geográfica, la inmensa mayoría de estos esclavos procedían de la costa occidental de África, desde las orillas de Senegal hasta la costa de la actual Angola, pues los negreros tenían miedo de adentrarse en la jungla del corazón de África. Esto significa que la mayoría de los esclavos eran súbditos de los grandes imperios precoloniales tales como el Imperio Mandinga, el Reino Yoruba, el Reino Ashanti, o el Grandioso Imperio Bakongo, todos ellos cunas de las civilizaciones más antiguas del continente, con la más variada e inagotable tradición oral africana y a la vez, formados por sociedades de castas que vivían bajo el liderazgo espiritual del Consejo de Ancianos.

Los negros y las negras capturados por la fuerza, o vendidos por los reyes locales a los negreros europeos, llevaban consigo un rico patrimonio oral e inmaterial, es decir, uno de los patrimonios más volátiles que tenemos los seres humanos: muchos sabían cantar, contar cuentos y recitar epopeyas, porque formaban parte de la casta de griots; otros, como el terrible Benkos Bioho, libertador y fundador de San Basilio del Palenque, Colombia (es decir el primer pueblo de esclavos que conquistaron por la fuerza su libertad, del que hablaré más adelante), pertenecían a la casta de guerreros. Todos ellos procedían de sociedades de oralidad primaria,



pues al no conocer la escritura, toda la transmisión de historias, leyendas, epopeyas, mitos, proverbios, conocimientos medicinales, e incluso de la propia Historia de sus tribus, la habían recibido oralmente desde siglos atrás, de bocas de los mayores de la tribu.

En una palabra, los negros que la codicia y la infamia de los europeos arrancaron de sus tierras eran hombres y mujeres libres, impregnados del espíritu innato de nobleza de los Negros, que de repente se vieron metidos en barcos negreros, hacinados y humillados, para emprender una travesía sin retorno que duraba meses. En el mejor de los casos no alcanzaban las costas americanas, porque se suicidaban, morían de inanición o simplemente eran ejecutados por provocar rebeliones a bordo.

Una vez en América fueron obligados a perderlo todo, empezando por su propio nombre. Jóvenes guerreros o adolescentes púberes que antes se llamaban Traoré, Kouyaté, Sidibé, o Mandangui, eran golpeados repetidamente hasta que atendían a los apellidos de sus amos y a sus nuevos nombres cristianos: García, Fernández o incluso Crawford. También eran forzados a renunciar a sus religiones ancestrales, porque el cristianismo se convirtió en su nueva religión.

Este intento de expolio y de aculturación no impidió, sin embargo, que los esclavos siguieran realizando sus ritos ancestrales en la clandestinidad, o en la oscuridad de la noche, ni que se sentaran a cantar su soledad y su tragedia en los únicos momentos en los que descansaban. Estos cantos de dolor y de libertad más tarde se convirtieron en el Blues y el Jazz, y asimismo el ritmo de los tambores africanos tuvo una influencia decisiva en los actuales ritmos latinos, como el son, la guachacha, el bolero, el merengue, la samba, la lambada, la cumbia, el vallenato, o el mapalé. Cuando fueron teniendo hijos, o cuando tenían que cuidar a los hijos de sus amos, las mujeres negras nunca dejaron de cantarles las nanas africanas, llenas de poesía y de ternura, porque nadie mejor que una mujer africana sabe transmitir ternura a través del canto.

La prueba de que nunca renunciaron a las religiones ancestrales es la vigencia y reconocimiento oficial de la santería, el vudú, el candomblé



y el sincretismo religioso que se observa hoy en día en la mayoría de las comunidades negras latinoamericanas, desde el Caribe hasta Uruguay.

Gracias a estos esclavos y esclavas heroicos sobrevivieron hasta hoy en día los cuentos, las nanas, los mitos, las leyendas, las epopeyas, o también las prácticas religiosas como el vudú y la santería, o personajes míticos como el “babalao” en Cuba o los “paes” y “maes” de Santo en Brasil. Mientras los negros esclavizados eran sometidos a los trabajos más duros y a la falta de libertad, el único refugio que encontraban era precisamente esa riqueza oral e inmaterial que traían consigo. Gracias al sacrificio de estos esclavos, a su rebeldía silenciosa, América tiene hoy una herencia africana viva e inagotable. Gracias a la fuerza de la transmisión oral que hicieron estos negros, América es considerada hoy como el único continente realmente mestizo, racial y culturalmente.

El valor y la fortaleza de la memoria oral de los esclavos desafiaron con notable éxito obstáculos tales como el paso del tiempo, la mezcla de negros étnicamente diferentes, el aislamiento social y cultural (los esclavos no tenían derecho a juntarse con otros esclavos para evitar cualquier atisbo de revuelta), o la pérdida paulatina del idioma original.

En la transmisión oral, en la oralidad primaria de la que ellos procedían, el idioma original juega un papel fundamental, si cabe más incluso que en la transmisión escrita, donde las traducciones y la permanencia de los textos mantienen físicamente la “cadena de transmisión”. En la transmisión oral, las palabras se las puede llevar fácilmente el viento, mientras que en la transmisión escrita siempre quedará un testimonio textual, físico, para los estudiosos o las nuevas generaciones.

Si nos atenemos a la definición que da el poeta Agustín García Calvo de la realidad, para quien “la realidad es aquello de lo que se habla”, debemos pensar que, al perderse sus idiomas africanos, los esclavos estaban condenados a perder también la realidad social y cultural que siempre habían expresado a través de esos idiomas, pues no sería posible seguir hablando de ella sin el soporte de comunicación que representa el idioma. Esta definición es cierta, si tenemos en cuenta que un idioma es mucho más que un soporte, un medio para comunicarse. Si lo fuera, nos



bastaría con uno solo idioma para comunicarnos entre todos los seres humanos de la tierra. Seríamos mucho más uniformes, mucho más pobres. Sin embargo, un idioma refleja la visión del mundo, la cosmogonía y la idiosincrasia de la gente que lo habla. Por tanto, la desaparición de un idioma supondría la muerte de una cultura.

Pero en el caso de los afrodescendientes, la realidad histórica demuestra todo lo contrario: al perderse la mayoría de los idiomas africanos —hay excepciones que confirman la regla— no sólo no desapareció la conciencia de la realidad cultural en la que los esclavos negros se habían educado, sino que, al contrario, supieron reformularla en el idioma del amo, su idioma de adopción, conservando tal cual algunos conceptos claves, para transmitirlos a las nuevas generaciones. El español y el portugués de Latinoamérica son idiomas mestizos, porque están plagados de toponímicos, nombres de plantas, comidas, instrumentos musicales y ritmos, todos ellos de precedencia africana e indígena, y refieren realidades del legado cultural afro e indio, que en otro idioma sería difícil nombrar con la misma eficacia semántica.

Hoy en día, únicamente a través del legado oral, compuesto por las más variadas expresiones de la oralidad (cantos, nanas, cuentos, leyendas, mitos, epopeyas y proverbios), con la simple tipología y la temática de estos cuentos y leyendas, con los residuos lingüísticos afro, gracias al estudio de sus nombres y apellidos, y a pesar de que los primeros esclavos fueron mezclados en el proceso de comercialización, es posible establecer paralelismos con sus zonas de procedencia, e incluso sería posible establecer de qué imperio, reino, tribu o región procedían los esclavos en cuestión¹.

Gracias al uso común de residuos del idioma yoruba, gracias a la adoración común de los mismos Orishas, los antropólogos, lingüistas e historiadores del siglo XX pudieron determinar que algunas comunidades negras de Brasil y de Cuba estaban étnicamente emparentadas, porque procedían del reino Yoruba. Fueron todos capturados por negreros portugueses, y posteriormente algunos fueron vendidos a los españoles.

¹ Se pueden consultar al respecto los trabajos de Manuel Zapata Olivilla, "Visión sociocultural del negro en Colombia", Bogotá, Centro para la Investigación de la Cultura Negra en Colombia, 1986, y de Nina S. de Friedmann, "De sol a sol", Bogotá, Ed. Planeta, 1986.



¿Cuáles son los mecanismos por los que se ha operado la transmisión oral entre distintas generaciones de las comunidades negras latinoamericanas? ¿Qué similitudes y diferencias podemos establecer con los mecanismos de transmisión oral seguidos en África? Dar respuestas a estas inquietudes personales es el objeto de un ambicioso proyecto iniciado desde hace un año, por el que haremos estudios de campo en distintas zonas de concentración de la población negra, y estudios comparativos en algunos países de la costa oeste de África. Lo que aquí expongo no son sino las conclusiones provisionales extraídas de los tres viajes exploratorios, realizados desde el 2005 a Brasil, Colombia y Costa Rica.

Mis reflexiones no responden a ninguna motivación académica. Responden más bien a una inquietud personal, la que siento desde la adolescencia, desde que en el instituto los profesores me hablaron del “Comercio Triangular” por el que millones de hermanos africanos fueron sometidos a la esclavitud. Antes de final del presente año, tengo programados otros tantos viajes a la provincia costarricense de Limón, a Cuba y a Burkina Faso, aprovechando siempre la oportunidad que me ofrece la invitación a distintos festivales de narración oral.

2. El mito del retorno o la idealización de África

En el imaginario colectivo de muchas comunidades negras de América Latina, sigue operando un fuerte mecanismo de añoranza del paraíso perdido. Esto es así desde el punto de vista político, religioso y cultural. Según testimonios recogidos en la costa atlántica colombiana, África es para los negros un verdadero sueño. Mientras para la mayoría de los colombianos España es la madre patria, para los afrocolombianos, lo es África.

El fervor de los negros de Barranquilla al conocerme, la experiencia vivida tanto en el Palenque, como en la provincia costarricense de Limón y



en Brasil, me ha demostrado cómo el sueño africano permanece vivo en el imaginario colectivo de los afrodescendientes, y se ha ido transmitiendo oralmente de padres a hijos. Pero este sueño, el África con la que ellos sueñan, a veces no se corresponde con la realidad.

En el campo de la transmisión oral, algunos rasgos, personajes y ritos propios de la oralidad que pude observar entre los negros latinoamericanos tienen sus equivalentes en África, aunque han sufrido la actualización, la transformación y el reacomodo pertinentes debido a la cristianización, al contacto con las culturas de los indígenas, y al paso del tiempo.

1. *El papel de los mayores en la transmisión oral*, a través del “Consejo de Ancianos”. Los abuelos juegan un papel troncal en la transmisión y conservación de la memoria colectiva. Si en África, paraíso de la oralidad primaria, “un anciano que muere es una biblioteca que se quema”, entre los negros de la diáspora esta figura mantiene su papel pese a que ellos viven en un contexto de oralidad secundaria. En El Palenque de San Basilio, donde la organización social se compone de grupos de edad, el grupo de edad compuesto por los mayores juega el rol de transmisor de las costumbres, leyendas e Historia del pueblo afrocolombiano. Por ejemplo, ellos son los que se niegan a que el pueblo sea llamado Palenque de San Basilio, porque argumentan con datos históricos que el Santo es del pueblo, y no el pueblo del santo.

Entre los negros de la provincia de Limón (Costa Rica) cuya memoria colectiva pierde su rastro por Jamaica, los abuelos son los que mantienen vivo el vínculo con la tradición oral africana. Llegaron a Costa Rica procedentes de Jamaica a finales del siglo XIX, para construir el ferrocarril que une San José con la costa atlántica, y muchos jóvenes afro descendientes no son conscientes de que Jamaica no fue para ellos sino una etapa en su largo periplo, y lo consideran como su paraíso perdido; piensan que allá están sus raíces. Como forma de protesta se niegan a hablar español y sólo hablan inglés (como los jamaicanos), llevan apellidos ingleses (como los jamaicanos), bailan calipso (como los jamaicanos), comen “rice and beans” (como los jamaicanos), cuentan historias de un



tal astuto “Brother Ananzy” (“Hermano Araña”, como los jamaicanos), y sueñan con Jamaica. Muchos de ellos piensan que este tipo de cuentos tiene un origen inglés, pero los abuelos saben que son cuentos de origen africano, porque los escucharon de boca de sus propios padres, algunos de los cuales habían sido esclavos e hijos de esclavos. Mientras para los abuelos la madre patria es África, para los jóvenes la madre patria es Jamaica.

En una velada de cuentos en la que participé en el Black Star Line, sede del Centro Cultural Marcus Garvey, en Limón, durante la que algunas abuelas octogenarias de la comunidad negra contaron cuentos del “Hermano Araña” que ellas mismas habían escuchado de boca de sus padres esclavizados, los jóvenes se quedaron atónitos cuando les revelé que todos aquellos cuentos que hablaban del “Hermano Araña” (“Ananzy”) eran de origen africano, concretamente yoruba:

—¿Esto quiere decir que estos cuentos no los escribió el hombre blanco? Me preguntó un joven de treinta años.

Entonces yo le expliqué que seguramente *algún* blanco los habrá recopilado pero que son cuentos que todavía hoy en día se siguen contando en las veladas de cuentos en Benín, Nigeria o Togo, y que eran sus antepasados los que los habían llevado a América.

2. *La importancia de la mujer en la transmisión oral.* En África como en América, la mujer negra juega un papel importante en la transmisión oral, a través de los cantos, las nanas y los cuentos. El primer contacto que tiene el niño con la palabra oral es a través de las nanas que le canta su madre; la ternura de las mujeres negras hacia sus bebés se manifiesta a través de estas nanas, que les cantan mientras los tienen atados a la espalda, y sin parar de cultivar la tierra o de moler el cereal en el mortero; generalmente, las madres y las abuelas negras son las que cantan y cuentan diariamente los cuentos a sus hijos y nietos, a pesar de que institucionalmente, existen otras figuras que deberían asumir esta competencia, como el griot. Muchos niños criollos y blancos latinoamericanos han crecido con la ternura de las nanas negras que los cuidaban.

3. *La existencia de un personaje que encarna la sabiduría* y establece el contacto con los dioses, como “el babalao”. Un “babalao” es un sacerdote



del culto a Orula, dios orisha de la adivinación en la religión yoruba. “Babalao” significa padre sabio. Es una figura muy presente y respetada en Cuba, y no sólo entre los santeros. Su palabra es sagrada y, además, es un excelente contador de leyendas (“patakis” en yoruba). Cuando una persona va a pedirle al “babalao” que le lea el oráculo de Ifá, el babalao le narra una leyenda que la persona debe interpretar y aplicar a la situación que está atravesando en ese momento.

En casi todas las zonas del África Negra, este personaje existe y adopta distintos nombres según las tribus. En Senegal y otros países influenciados por el Islam son los “morabitos”, “modibo” en Camerún, personas que además de ser los mejores intérpretes del Corán, mediadores entre los mortales y Alá, encarnan la sabiduría. En las regiones más animistas y menos influenciadas por las religiones importadas, como los Yambasa de Camerún o los Ewe de Togo, el personaje equivalente es el “brujo”, el que lo sabe todo, lo adivina todo, y también es un maestro de la palabra. Se sirve de una poderosa capacidad de narrar, y a veces utiliza amuletos, tótems y fetiches.

En Brasil, el equivalente del “babalao” es el “pae” o “mae” de Santo (santero al fin y al cabo).

4. *La existencia de un personaje que es el que mejor conoce y sabe transmitir las historias*, como el “griot”. “Griot” es una palabra woloff que significa “pájaro volador”. Es un maestro de la palabra, el depositario de la memoria colectiva de la tribu. El “griot” conoce a la perfección la Historia del pueblo, la biografía de sus habitantes más ilustres, y las mejores leyendas y cuentos populares. El “griot” encarna de alguna manera la “biblioteca oral” del pueblo. Se trata de un personaje que sigue vigente en la mayoría de las comunidades del África Occidental. Entre los negros de Latinoamérica, esta figura se fundió con otras figuras como el “babalao”.

Pero las influencias externas, como la religión, el contacto intercultural y la mezcla racial, provocaron una evolución distinta de los dos procesos de transmisión oral. En el caso de África, fueron la colonización y la cristianización posteriores a la esclavitud las que tuvieron más impacto



en parte de la transmisión oral, la que tenía que ver con las prácticas rituales. (Un poco de historia: las dos conferencias de Berlín se celebran en 1881 y 1884; allí las potencias coloniales europeas trazan las fronteras del continente y se reparten África como si de un pastel se tratase. Se da entonces el pistoletazo para el saqueo de los recursos naturales de África, después del saqueo de sus recursos humanos. En aquellas fechas, la esclavitud ya ha sido abolida en todos los imperios coloniales, salvo en el imperio portugués, donde sería abolida en 1888).

Con la colonización llegó el cristianismo, para el cual todas las prácticas religiosas de los africanos eran “fetichismo” e “idolatría”. La principal labor evangelizadora de aquellos primeros misioneros se fundamentó en erradicar de las costumbres africanas el fetichismo y la idolatría. No lo consiguieron nunca, porque aunque el africano se convirtió al cristianismo, siguió practicando en secreto el culto a los muertos y a los seres inanimados. También con la colonización llegó la escritura, aunque algunos pueblos nativos ya habían desarrollado su propio sistema de escritura, como los etíopes. Las primeras recopilaciones de cuentos populares africanos son de autores pertenecientes al clero; en ese tipo de recopilaciones también es perceptible el espíritu cristiano de los autores. A principios del siglo XX, el poeta surrealista francés Blaise Cendrars descubre los cuentos africanos, y queda fascinado por su estructura cubista; publica la recopilación *Cuentos negros para niños blancos*, que causó una verdadera sensación en los círculos culturales parisinos.

En el caso de los negros de la diáspora, además de por el cristianismo, la transmisión oral también se vio afectada por la represión del régimen esclavista, la falta de vida comunitaria y, posteriormente a la liberación, la desigualdad social y racial, las migraciones y el contacto con otras culturas de América. Por la falta de vida comunitaria, las instituciones africanas dedicadas a la oralidad, donde tradicionalmente el pueblo se reúne para parlamentar, como “el árbol de la palabra”, desaparecieron del panorama de la diáspora.

Debido a la adversidad y a las circunstancias de la represión, la diáspora africana supo sin embargo replegarse en sí misma, a modo de refugio,



y preservar milagrosamente el rico patrimonio inmaterial traído de África desde siglos atrás. Gracias al cimarronaje² y a las rebeliones de algunos esclavos, hoy en día los habitantes de algunas regiones de África necesitarían realizar peregrinaciones a América para recuperar algunas manifestaciones de su oralidad perdida.

3. San Basilio de Palenque, patrimonio inmaterial de la humanidad

San Basilio del Palenque es el emblema de la libertad para los afrodescendientes colombianos, e incluso para los afrodescendientes de toda Latinoamérica. Es un corregimiento —pedanía en términos peninsulares— de la municipalidad de Mahates, departamento de Bolívar. Allí viven unos tres mil quinientos negros, libres desde el siglo XVII, es decir dos siglos antes de la abolición de la esclavitud.

Fue fundada en el siglo XVI por los esclavos que, hartos de soportar los malos tratos de sus amos, se fugaron en los palenques de la costa norte. En la época de la esclavitud, un palenque era cualquier lugar poblado por cimarrones y esclavos fugados. San Basilio del Palenque debe su fama a que es el único palenque de aquella época que permanece intacto, y sigue librando batalla por la preservación de sus señas de identidad.

Los negros de San Basilio del Palenque conservan una conciencia étnica que les permite entenderse como pueblo, gracias al idioma palenquero, la única lengua criolla con base léxica española en todo el continente americano.

Cuentan las crónicas de la época y las leyendas populares de los palenqueros, que el llamado BENKOS BIOHO, DOMINGO BIOHO para los españoles, era un esclavo negro de origen bantú que llegó a Cartagena de Indias en 1599. Criado en África bajo el espíritu de la guerra, Benkos Bioho organizó

² Cimarrón es cualquier animal doméstico que escapa de sus amos y se asilvestra. Como extensión el término fue usado en la América colonial para describir a los esclavos que escapaban de su cautiverio (esclavo cimarrón).



una fuga colectiva junto con otros esclavos, con los que fundaría el Palenque de San Basilio. A ese propósito, escribe Fray Pedro Simón:

“Y en esos tiempos (1599) comenzó un alzamiento y retiro de ciertos negros cimarrones en aquella ciudad de Cartagena de Indias, cuyos primeros pasos fueron que un Juan Gómez, vecino de ella, haciendo malos tratamientos a algunos de los que tenía, había entre ellos uno que se llamaba Domingo Bioho, tan brioso, valiente y atrevido, que tuvo alientos para huirse de casa de su amo, y llevar consigo a otros cuatro negros, a su mujer y tres negras, todas de su ama, que con otros que hicieron lo mismo, esclavos de Juan de Palacios, vecinos de la misma ciudad, se retiraron, siendo todos hasta treinta, al arcabuco y ciénagas de Matuna, que están a la parte del sur...”

Durante cinco años, Benkos Bioho y el resto de cimarrones fugados organizan un batallón con el que se enfrentan a la Corona española. Sus únicas reivindicaciones se basan en la libertad, en la autonomía de gobierno y en la demarcación del territorio. Ante la imposibilidad de reducirlo, y debido a la dificultad del terreno y la tenacidad de los cimarrones, Benkos logró finalmente ante la Corona una serie de fueros para él y los suyos, como la libertad de circulación por toda la zona, incluida Cartagena, el derecho de portar armas, y el de ser tratado con respeto dentro y fuera de su pueblo.

Fray Pedro Simón dice de él:

“...darles licencia para que entrasen en la ciudad y saliesen de ella con su capitán Dominguito, como lo hacían a todas horas, y el Bioho andaba con tanta arrogancia que además de andar bien vestido a la española con espada y daga dorada, trataba su persona como un gran caballero”.

La paz conquistada por Benkos duró 16 años, hasta que el 6 de marzo de 1621 fue capturado a traición y condenado a la horca. En una carta dirigida al rey el 28 de marzo de 1621, el nuevo gobernador de Cartagena,



D. García Girón, justifica esta pena capital por la creciente popularidad de Benkos:

“de las cosas más dignas de remediar fue el alzamiento que había habido en una ciudad de unos negros cuyo caudillo y capitán fue un negro llamado Domingo Bioho, negro tan belicoso y valiente que con sus embustes y encantos se llevaba tras de sí a todas las naciones de Guinea que había en esta ciudad... y sin poder castigarle ni a él ni a los negros alzados que traía consigo, se tomó con él un medio muy desigual y se le consintió que viniese a poblar a veinte leguas de aquí, con todos sus soldados, los cuales todos hicieron y fundaron un pueblo que se llamó Matuna, sitio fuerte entre ciénagas, y caños de agua y fortificándose en él con muchos palenques nunca consintió Domingo Bioho que ningún español entrase armado en su pueblo...”.

Tras un siglo de lucha, de destrucción y reconstrucción de su pueblo, los palenqueros lograron por fin la paz definitiva en 1713, con la firma de la “entente cordiale”, gracias a la mediación del obispo de Cartagena, Antonio María Casiani. El pueblo fue reconstruido según el modelo ideado por el mártir Benkos Bioho.

Desde entonces, es frecuente encontrar su nombre en los relatos épicos de los abuelos, en los cuentos que cuentan los niños, en las canciones populares, y sobre todo, en la Historia de Palenque contada por los palenqueros.

En Palenque, se habla el palenquero, o bantú para los mayores del pueblo. Se trata de un idioma desarrollado y transmitido paulatinamente de manera oral y ágrafa, y que mezcla palabras de origen africano, concretamente bantú, con una base léxica española (porque sus amos eran españoles) e incluso portuguesa (porque eran los negreros portugueses los que los capturaban o compraban en distintas regiones de la costa de África, y los reagrupaban en las Islas de Cabo Verde para posteriormente venderlos a los españoles en la propia Península Ibérica. Es sabido que muchos esclavos permanecían años allí, durante los cuales aprendían ciertas palabras



del portugués antes de ser vendidos). Gracias a ese idioma criollo se ha podido establecer que los negros de Palenque procedían de distintas zonas bantú. Palabras claves de las lenguas bantú, como “moná” (niño), “mot” (hombre), “ngombe” (ganado), el marcador del plural “ma”, o “ba”, presentes en el palenquero y comunes a todos los idiomas bantú africanos, desde el centro de Camerún hasta Sudáfrica, indican con claridad la ascendencia bantú de los negros de Palenque. Los pronombres posesivos, al igual que en las lenguas bantú, se posponen al nombre.

Carlos Patiño Roselli (1983) muestra en su descripción detallada de la gramática palenquera que la lengua criolla del Palenque atestigua la impronta de muchos elementos de “idiomas del Congo y Angola”, en definitiva de países reconocidos científicamente como pertenecientes al área lingüística bantú. Al mantener vivo el idioma de sus antepasados, enriqueciéndolo con los idiomas circunstanciales, los afrodescendientes de San Basilio del Palenque demostraron que la conservación de un idioma no depende forzosamente de una cultura escrita, sino más bien de la transmisión oral que se opera entre los miembros del grupo. Nora Marks Dauenhauer, investigadora de la oralidad y de las tradiciones de su pueblo, los tlingít de Alaska, sostiene precisamente que la transmisión de un idioma depende más de las personas que de los libros:

“Conservar es lo que hacemos poniendo las guindas en tarros de mermelada o enlatando salmón. Los libros y las grabaciones pueden conservar las lenguas, pero sólo la gente y las comunidades pueden mantenerlas vivas”

Las costumbres palenqueras, las tradiciones heredadas de los primeros esclavos, los saberes tradicionales en medicina, el idioma, han sido transmitidos básicamente por vía oral. Los abuelos del Palenque, igual que ocurre en África, constituyen la columna vertebral de esta transmisión. Ellos se sienten orgullosos de la historia cimarrona de su pueblo y transmiten a sus descendientes el sueño de África, su madre patria.

La sociedad palenquera está articulada en torno a los grupos de edad, conocidos como “kuagros”. Los “kuagros” son el equivalente de las “quintas”



o generaciones, en la península. El “kuagro” de los mayores es el más importante y respetado, y equivale al Consejo de Ancianos en África. Son los mayores los que realmente deciden sobre las cuestiones que afectan a la comunidad entera, o aquellas que tienen que ver con la orientación espiritual de la comunidad. Porque se les supone un profundo conocimiento de la historia de Palenque, a ellos se les reconoce el derecho de tomar la palabra en público y de sentar cátedra en esta materia. Es la sublimación misma de la oralidad.

El “lumbalú”, que designa los complejos rituales fúnebres, se celebra durante nueve días, período en el que todos los familiares y allegados del fallecido, igual que en África, interrumpen sus actividades cotidianas y, si se encuentran fuera, deben regresar al pueblo para el velorio. Al muerto se le acompaña con sonidos de tambores durante todo el ritual, porque se entiende que le facilitan el tránsito hacia el más allá.

En la escuela del pueblo, que cuenta con un millar de alumnos de todos los ciclos, una de las asignaturas troncales es la “etnoeducación”, en la que se enseña por una parte la historia afro americana, y por otra, la historia del pueblo; en esta última rama, se da especial relevancia a la tradición oral de los mayores, a los ritos ancestrales, y a la gramática de la lengua palenquera.

En los últimos años, este proceso de transmisión se ha visto amenazado por la discriminación racial, la migración forzada, la aculturación y la falta de apoyo institucional para crear planes sólidos de transmisión cultural.

Hace un año, la UNESCO declaró el espacio cultural de San Basilio del Palenque, Obra Maestra y Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad. Este reconocimiento, que entra en vigor en el presente año, ayudará sin duda alguna en la elaboración de programas educativos, así como de proyectos de investigación y dinamización que fortalezcan la identidad cultural y los lazos que unen a los negros de Palenque con sus orígenes africanos y cimarrones.

Los afrodescendientes americanos tienen derecho a la preservación de la memoria, a conservar el patrimonio intangible heredado de sus ancestros que llegaron a América esclavizados. Es una de las formas de no



olvidar lo que pasó. También tienen derecho a conocer la realidad social y cultural de África, y no sólo a imaginarla. Por eso es necesario establecer puentes culturales que permitan a los afrodescendientes conocer la tierra de sus ancestros, y a los africanos saber qué fue de aquellos hermanos que siglos atrás fueron vendidos como esclavos. Algunos mecanismos de intercambio informal han surgido desde la música (entre músicos cubanos y africanos). Iniciativas como la visita esporádica de un cuentacuentos no son suficientes.

Necesitamos que nuestros Estados latinoamericanos y africanos dejen de mirar exclusivamente hacia los países poderosos, con una visión muy economicista (África mira hacia Europa y Latinoamérica hacia EE.UU), para establecer mecanismos que permitan el flujo de información y de tendencias culturales entre nuestros respectivos pueblos. La oralidad de uno y otro lado del Atlántico deben reencontrarse. Lo necesitamos porque la propia historia, aunque de manera infame, nos unió hace cinco siglos. Nuestros Estados deben transformar el comercio triangular del oro y los esclavos durante los siglos XV a XVIII, en una relación de mutuo enriquecimiento cultural. En nombre de la memoria de los pueblos, debemos tejer estos lazos. Sería una manera de reparar la ofensa que se perpetró.

Reflexiones finales

Los cuentos:
un espacio para
la ternura



Los cuentos despiertan en las personas que los escuchan y también en las que los cuentan, un profundo sentimiento de ternura, una "corriente de simpatía" en palabras de Sara Bryant. La ternura es uno de los sentimientos más necesarios en las relaciones humanas; es quizás el sentimiento más primario, el más desinteresado y espontáneo, el más universal, sin el cual ni los sentimientos más grandiosos como el amor podrían desarrollarse. Se interroga Ortega y Gasset sobre la ternura:

"¿Habéis analizado alguna vez esta emoción que llamamos ternura? ¿Es alegre, es triste la ternura? ¿No parece más bien la ternura una semilla de sonrisa que da el fruto de una lágrima?"

Tierna es la sonrisa con la que me recompensó un grupo de niños y niñas en el campamento de desplazados en Colombia, que tras escuchar mis cuentos, y a pesar de que habían sido desposeídos de todo, aún conservaban algo inalienable que dar a cambio: las miradas de aquellos niños y niñas, llenas de ternura y felicidad, se me quedarán grabadas en el corazón para siempre. Enternecedora fue la reacción del grupo de estudiantes de La Escuela Normal Superior de Ibagué (Colombia), cuando, emocionados por la sesión de cuentos que les acababa de "regalar", se despojaron espontáneamente de todo lo que llevaban encima, relojes, pulseras, pañuelos, banderas, como una forma de decirme sin palabras: "No tenemos nada para darte, pero por favor acepta estos objetos personales, que tienen el valor simbólico de ser la expresión de nuestra emoción". Tierna fue la reacción de aquella señora de Bogotá que, tras escuchar emocionada los cuentos más infantiles de mi repertorio, se subió al



escenario y ante la atónita mirada del resto del público, me “recompensó” con un cálido abrazo, diciéndome simplemente: “¡gracias!”. También recuerdo toda la ternura que contenía la reacción instantánea de los niños y niñas de Valjunquera, pueblo de quinientos habitantes de la provincia de Teruel, que decidieron escoltarme hasta la salida del pueblo, según ellos “para que no me perdiera”.

Sobre todo, fue tierna la reacción instantánea y desinteresada de una universitaria madrileña que tras escuchar mis cuentos en un curso de postgrado, me hizo llegar el testimonio de lo que había sentido. Entre sus palabras me decía:

“La primera vez que escuché a Boni, mi rumbo acababa de cambiar.

Durante años había vivido una vida que no me llenaba, marcada por lo previsible, y por lo que yo misma buscaba, de acuerdo con el estatus social de alguien nacido en mi entorno, época y familia. Pero las señales se sucedían, y cada vez más claras: aquel no era mi sitio. El mundo del marketing empresarial, tan lucrativo y sin rostros humanos, no era para mí.

Poco a poco fui descubriendo que el trabajo supone algo más que “ganarse el pan” –o el status social en este caso-. Tu dedicación profesional es parte fundamental de tu identidad, de tu desarrollo como persona, de tu Vida. Entonces, ¿qué es lo que realmente me motivaba? ¿A qué quería dedicar mi energía y tiempo?

Desde luego mi sensibilidad para percibir el mundo no encajaba con lo que estaba haciendo. Comprendí que era necesario mantener una coherencia con mis ansias personales, mis sueños. Mi realización sólo llegaría con la ayuda a los demás.

Era el momento de intentarlo. Casi a ciegas y muerta de miedo, tomé la decisión. El sendero: la cooperación al desarrollo. El primer paso: el Master de Cooperación Internacional, impartido por la Universidad Comillas de Madrid.

A los pocos meses de asistir a las clases, se organizaron unas jornadas sobre la realidad africana “Africa sí importa”. Las conferencias se fueron



sucedido durante el día y, llegado el momento, a mitad de la tarde, nos presentaron a "Boni, el cuenta cuentos camerunés".

Un hombre grande, corpulento, de cara amable y ojos iluminados, vestido con ropas tradicionales africanas, apareció en el escenario.

Entonces, comenzó el viaje.

Empezó a narrar sus historias, con tanta dulzura como sentido del humor. Aunque nos lo habían presentado como filólogo, sorprendía escuchar a alguien emplear el lenguaje castellano con tanta soltura y dominio. Jugaba con las palabras, combinando los giros y expresiones del idioma con el exotismo del acento africano.

Todos, cautivados, reíamos, cantábamos y nos emocionábamos al ritmo de sus cuentos. Entregados a vivir en la piel del "hombre que partió en busca de la mujer perfecta" o del "Hombre y el cocodrilo". Bailando en sus palabras. Colores, ritmos y filosofía de vida.

Desde la ternura del cuento, poco a poco, se iba ampliando y matizando la visión de otra cultura, desde una nueva percepción. El aprendizaje desde las diferencias a las similitudes, inspirando respeto y frescura.

Durante una hora, se abrió de par en par una ventana hacia nuestro vecino continente, y vivimos en sus historias, voladas de generación en generación, hasta nosotros. Una forma distinta de conocer África, de sentirla a través de la tradición de sus cuentos, una sabiduría ancestral que contiene lecciones de vida y una manera de entender las cosas muy distinta.

Aquella tarde llegaba en el momento adecuado. Como un guiño, me indicaba que el rumbo elegido era el adecuado. Que merece la pena luchar por encontrarse a uno mismo. Que cada uno tenemos nuestro camino único que recorrer, si sabemos escucharnos. Y que, sin duda, conocerse te lleva a sentir la unión con los demás. De otra forma, como con los cuentos: nueva, sincera y auténtica.



Desde aquel día he visto a Boni contando aquí y allá, para niños y adultos. Siempre distinto, siempre especial. Cuando los cuentos te acarician el alma”¹.

Los cuentos se cuentan con ternura, y lo que se hace con ternura, despierta ternura. En su “Declaración Universal de los Derechos de los Niños a Escuchar Cuentos”, la Asociación Colombiana del Libro Infantil dice en su artículo 3:

“Todo niño o niña que por una u otra razón no tenga a nadie que le cuente cuentos, tiene absoluto derecho a pedir al adulto de su preferencia que se los cuente, siempre y cuando éste demuestre que lo hace con amor y ternura, que es cómo se cuentan los cuentos”

Siempre he creído que la ilusión es la que mueve nuestras vidas. Es necesario contarnos cuentos a nosotros mismos y a nuestros seres queridos para hacer más llevadera nuestra existencia. Vivimos en un mundo demasiado materialista, en el que sólo tiene valor lo tangible; los únicos valores que importan realmente son los de la bolsa; los valores morales y espirituales atraviesan la peor crisis de la historia. Lo que impera actualmente son los negocios, los beneficios económicos, la carrera desaforada hacia la ganancia máxima, la competitividad. Siempre estamos huyendo de los horrores; horrores provocados por las guerras, las injusticias, las desigualdades, el hambre y la soledad. La velocidad y las prisas se han apoderado de nuestras vidas; apenas disponemos de tiempo para nosotros mismos, para examinar nuestros sentimientos.

Creo que es necesario más que nunca, reivindicar un espacio para los sueños, para la ilusión y para la ternura. Desde la vida cotidiana, los narradores de cuentos construimos la magia y renovamos las ganas de sobrevivir en medio del caos. El espacio creado por los cuentos es un tiempo que en el reloj no importa, ni nos importa si nos va a llamar el jefe para hacernos un nuevo encargo, o el esposo para reclamar la cena. Es un espacio íntimo y colectivo a la vez. Un momento en el que nos

¹ Publico este texto por autorización expresa de su autora.



despojamos de todos nuestros agobios, y sólo pensamos en pasarlo bien. Es un regalo para nuestras emociones.

Por eso pienso que contar cuentos es mucho más que una profesión liberal, digna, respetada y cada vez más reconocida socialmente; es una forma de ser, un modo de vida. Como el mago que vive de las ilusiones, el narrador oral vive de los sueños, de lo irreal. En ocasiones, he tenido el sentimiento de que el acto de contar cuentos debería formar parte de las profesiones médicas, por los numerosos testimonios de personas que afirman haber recibido una terapia en forma de cuentos.

Al igual que aquella estudiante madrileña de Empresariales, que descubrió que el mundo empresarial no era su mundo, yo descubrí un día que el mundo de la mediación desde una oficina municipal, el “funcionariado” encorsetado en normas y procedimientos arcaicos y deshumanizantes, donde importan más los números que las caras humanas, no era mi mundo. Opté libre y voluntariamente por colmar mis sueños y los sueños de los demás, construir la magia, y repartir la ternura.

Contar cuentos me hace feliz a mí mismo, porque es un oficio que he elegido libremente, porque hago feliz a la gente y porque comparto con la gente una herencia recibida por generaciones pasadas.

Quisiera terminar dedicando unas palabras a lo que ha supuesto para mí, el tránsito de la oralidad a la escritura. En mi entorno social y cultural no había gente que supiera leer ni escribir. Al escribir este libro, sé perfectamente cuál es el mecanismo de transmisión que opera en la mente de una persona que vive al margen de la escritura. No en vano mis padres y muchos de mis hermanos jamás podrán leer este libro. La lectura de textos escritos me ha abierto los horizontes de mis conocimientos literarios. Me he acercado a las literaturas europeas y latinoamericanas, siempre buscando un contraste con la literatura oral que marcó mi infancia.

La llegada tardía a la escritura ha supuesto toda una catarsis para mí. El proceso de escritura de este libro peculiar, en el que mezclo autobiografía y reflexión teórica, me ha supuesto un verdadero viaje interior.



He podido resucitar recuerdos de infancia que creía olvidados; he removido viejos traumas infantiles que creía superados. En una palabra, la escritura de este libro ha supuesto el retorno al paraíso perdido, el de una infancia marcada por los cuentos, la vida sencilla y la ternura de los mayores. Con la escritura de este libro, he cumplido el freudiano mito del retorno a la infancia.



“E n esa pequeña aldea de agricultores amantes de la palabra y gente humilde, nací a mediados de los años sesenta, en una familia de grandes sabios y hábiles oradores. Como es tradición entre algunas tribus bantú, mi familia enterró mi cordón umbilical bajo un viejo baobab situado detrás de la casa familiar; ese será siempre mi punto de referencia, mi centro del mundo. Viva donde viva, viaje donde viaje, mi cordón umbilical, enterrado a la sombra del viejo baobab, me unirá con la tierra de mis ancestros y con las tradiciones y enseñanzas que de ellos recibí”.

Este libro, narrado en primera persona, rescata la importancia de la tradición oral como otra forma de conocimiento, como elemento fundamental para crear y recrear identidades colectivas, y como medio para tender puentes entre personas y culturas. El propio autor a lo largo de su vida transita desde un mundo exclusivamente oral hasta otros donde la palabra escrita gana total autoridad. Y paradójicamente el autor, el cuentacuentos, se vuelve escritor y así la palabra escrita y hablada se dan la mano para llevarnos por caminos que abren mentes.

